

HUMBERTO TABARES MIEDOS

Humberto Tabares



Image not found.

Capítulo 1

r.

Antonio Muñoz Molina De lo que tengo miedo es de tú miedo.

William Shakespeare Hay dos maneras de llegar al desastre: Una, pedir lo imposible; otra, retrasar lo inevitable.

Francesc Cambó Introducción La realidad en ocasiones; sin que seamos conscientes de ello, se disfraza y difumina en los humores de quienes la percibimos, en el complicado y eterno juego de la seducción.

Hasta el momento estoy convencido, que muy pocas almas han podido librarse a tal encanto. Y en el mejor de los casos, al parecer, solo se dejan arrastrar por esos otros laberintos que cada uno de nosotros llevamos dentro. En lo interno de cada cual, palpitan esas otras realidades; propias como las huellas dactilares, o la imagen de la retina de cada individuo.

Solo que matizadas por ese efecto tan sui géneris, como pu-diera ocurrir en las lentes poco pulidas de los artefactos ópti-cos. En aquellos como en estos casos, se tiende a desfigurar un tanto la imagen que en un momento determinado tuvimos delante. De ésta manera, aparece esa otra mirada, ese otro matiz tan personal, que al final termina por hechizarnos, y hacernos cómplice de ocasión de un suceso determinado, y con las consecuencias que ello pudiera implicar, ante los demás que también han pasado por el mismo proceso de creación. Lla-mémosle así, aunque solo nos estemos refiriendo al encanto mismo, o al reflejo físico de ese atisbo único, que ha que-dado prendido en nuestro aliento. Todo esto, sin que además se vaya a renunciar bajo ningún concepto, y mucho menos que sea éste de fuerza, o de las otras maneras de coerción que existen. A esa verdad incuestionable, de encontrarnos frente a esa realidad, la nuestra por supuesto. Esa por la que pugnamos a brazo partido, y que en ocasiones define el destino mucho mejor que los signos zodiacales, o el tarot, por solo tomar dos ejemplos de los más comunes, y en los que no pretendemos caer bajo ninguna circunstancia en este texto.

Un hecho trascendente, puede ser asimilado de acuerdo a los recursos que seamos capaces de desplegar, en el instante smo en que está aconteciendo, y como tal quedar grabado en nuestro ánimo. Para después ser contado bajo el matiz de una subjetividad inconsciente o no, pero efectiva. La historia que presentamos a continuación, intenta entre otras cuestio-nes; comentar, sacar a colación, hacer vívido este tipo de es-piritualidad colectiva. En ningún caso erigirse como suceso real; aunque muchos de los aspectos que son tratados en la misma, hayan sido sacados de los acontecimientos mismos.

Por tanto estamos ante una realidad vista desde el amplio ángulo de la ficción, o una parábola, que pretende abarcar la manera de comportarse de sus personajes, encerrándolos en el estricto marco de un periodo histórico cambiante de por sí; como es el transcurrir de los días, el suceder de los hechos, lo cotidiano, que en ocasiones se nos disuelve ante nuestras miradas sin que seamos consciente de ello. Pretendemos que esta sea la historia misma ante nuestros ojos. La realidad sin lo relativo,

aunque pudiéramos o no alcanzar dichos objetivos. No somos Dios, ni pretendemos erigirnos con la verdad absoluta, cuestión que además no creemos que pueda existir.

En el mejor de los casos, siempre detrás de las acciones se esconden fantasmas, páginas que nunca han salido a la luz, y pudiera que nunca constituyan titulares en los diarios, y es nuestro olfato de lectores, quienes nos vislumbran o nos difuminan tales interpretaciones. Nadie pudiera vaticinar tales cuestiones, solo el tiempo en un momento determinado, puede confirmarnos o no nuestras premoniciones, entonces puede que nos creamos Dios, o lo contrario, todo puede suceder. Nos encontramos abiertos a críticas, sugerencias, y todo tipo de comentarios, no importa el lugar de donde estos procedan, siempre la diversidad enriquece, y cuando nos referimos a ese nosotros, que en ocasiones nos convertimos, la mirada se aguza a medida que es más plural. Esas personas que aquí presentamos, en el mejor de los casos, pudieran ser individuos que en esos precisos momentos, deambulasen por nuestra ciudad, y con los que incluso hubiésemos tenido la oportunidad de haber interactuado en cualquier esquina, mén, que pudiéramos vernos reflejados en algunas de sus acciones, tal si se tratase de cualquier cubano más. La visita de su Santidad Benedictus XVI a Cuba, creó sobre todo en los meses previos, un sinfín de especulaciones; expectativas de toda índole, y que venían de los lugares más equidistantes posibles. Para después que el avión de Air Italia remontase las nubes, de cierta manera eclipsarse, quitarse de las mentes de las multitudes. Tal como si hubiera sido borrada del panorama, por la lluvia que en los últimos momentos de la visita del Papa, se dejó caer sobre la Capital de la República, quien sabe si a exprofeso. Después de esto muy poco se ha co-mentado del tema, sobre todo a lo interior de la nación.

Aunque en este caso, cualquier perspicaz y en cualquier región del planeta, pueda encontrar vínculos con acontecimientos posteriores, que también han tenido una resonancia inédita en estos últimos quinientos años. De cualquier manera, esta obra, solo pretende rendir culto a La Cuba, que se vivió en los primeros tres meses del dos mil doce, quizás un tanto antes, pudiera ser; pero nunca después de este espacio de tiempo. Eso en el mejor de los casos constituiría otra historia, la que quizás y nunca llegue a contarse. Constituiría en todo caso, eso que pudiera intuirse, y que de una forma u otra, caería de lleno en el campo de las especulaciones. Ese territorio, al que los cubanos en estas últimas décadas, nos hemos acostumbrado de manera muy especial.

La memoria a veces, nos juega una mala pasada, los hechos pueden confundirse con el curso de los años. Y por encima de todo, no queremos que se nos juzgue como una sociedad envejecida, al estilo de los países más desarrollados del planeta, como viejos de mierda, a los que haya que sacar al sol de la mano para desempolvarlos, quitarles el moho, o simplemente decirles donde ponerse para que no estorben. Es hora de que nadie se halle con el derecho de decirnos, donde debemos estar, y las horas de sol que debemos tomar, por muy longeva que se torne la colectividad en que vivimos, y y desmemoriada que parezca en un

momento deter-minado. Eso sí, por encima de todo y a expensas de cuanto pudiera ocurrir, debemos seguir la luz que está delante de la mirada de cada uno de nosotros; ese es el verdadero camino y el único. Nadie puede afrontar lo que nos pertenece por derecho, ya sea en el ámbito personal como social. Todos los que nacimos en esta Isla, somos cubanos y para todos existe un espacio. No es el momento de segregar, sino el de unir. Leamos el texto sin prejuicios, sin tendencias, y dé-monos nosotros mismos el lugar que nos corresponde por derecho. Cada uno es dueño de su realidad, y no la que nadie pretenda imponer por distintos métodos, que no por gastados se hacen novedosos, cada cierto periodo de la historia. Esa misma verdad, que nos pertenece como cualquier otro órga-no de nuestro cuerpo, y no como el aire que también necesi-tamos para mantenernos vivos, el que sí es de todos y está al alcance de cualquier nariz. El esfuerzo puede que en un principio sea grande, todos los comienzos pudieran parecer difíciles, pero es necesario, y tan natural, que a algunos les resulte obvio. Enfrentemos esta obra con el mismo hálito que de ella emana, y demos gracias por vivir en un momento tan interesante de la historia.

LA HABANA, MARZO DE 2013. 8} Mariana levantó la cabeza, y las figuras a su alrededor amena-zaron con perderse en la oscuridad de la madrugada. El mar estaba en calma, estado que a ella a pesar de las píldoras y co-cimientos tragados, le costaba trabajo alcanzar. Los incidentes narrados por quienes la rodeaban en esos momentos, se repetían con eco incluido. Y como presas al acecho, se confundían con sueños a medio hacer, pensamientos truncados, y palabras suel-tas al viento; que de momento, sin que otra razón interviniese, tomaban forma de frases, y estas de chismes, que iban y venían de su conciencia al entorno, y de este, de nuevo como la ser-piente que se muerde la cola, a lo más interno de sus disquisi-ciones. Desde la incómoda postura en que seguía sentada, estos fantasmas no le daban un minuto de sosiego. Alargando el tiempo, estirándolo y haciéndolo retroceder. Era un entramado difícil de explicar, difícil de reconocer en uno u otro estado, y difícil de contar una vez que habían acontecido, fuera y dentro de su raciocinio. Aquellas historias, sin la menor reverencia, se encaprichaban en recordarle los momentos más difíciles de su existencia. No era lo mismo dormir en casa, soñar en la cama de siempre, que en un sofá improvisado en el propio Muro del Ma-lecón, tan duro como la realidad que la circunscribía en esos instantes. A expensas del frío, la niebla, y la lluvia, que en estos meses del supuesto invierno en la isla, es tan sorpresiva, e in-tempestiva, como pudiera ser la llegada de algún que otro im-bécil, que viniera a joderle la noche. Una situación semejante parecía acaecer con respecto a los acontecimientos que se les venía encima, pero a mayor escala. Cuántos como ellos no esta-rían dispersos por la ciudad, a la expectativa de lo que se pre-veía en el panorama social. De los hechos en sí, no tenía un exacto sentido de información. Solo referencias, dictámenes de los jefes; consideraciones de los demás que la acompañaban. En fin; una situación abstracta como pocas había tenido que so-portar en la vida. Sin embargo, allí estaba, junto a aquellas otras

personas que apenas conocía, pasando sus mismas vicisitudes, y aguardando las mismas incongruencias que hasta ahora era lo único concreto que daba como hecho. 9} Días atrás, y de acuerdo a orientaciones bien precisas de los mandos superiores. Se habían escogido algunos militantes del Partido Comunista de Cuba, por centros de trabajo. Ella tuvo que dar el paso al frente. Así que nada de selección, ni elección de los mejores y más confiables, como decía el papel, que con solemnidad le habían entregado esos mismos jefes. Los demás se hicieron los chivos con tontera y tuvo que asumir la responsabilidad. Ella es la Secretaria General del núcleo del partido, y si los otros no querían dar el paso al frente, tenía que asumir la situación. Para eso era la máxima responsable en cuanto a política se refiere, en el cafetín en que trabaja. Solo una cuestión entre tantas amarguras la reconfortaba, alejando fantasmas y recobrando terreno en la difícil tarea de vivir. Desde hacía mucho tiempo, no se daba el lujo de contemplar las estrellas, y le gustaba hacerlo, como otras tantas cosas que con el paso del tiempo, había abandonado en medio de sus obligaciones diarias.

De repente tomó conciencia que todavía conservaba el deseo de reconocer lo hermoso, y eso de cierto modo, la reconfortó. La noche estaba hermosa, y a pesar de los inconvenientes, soñaba.

Eso nadie podía arrancarlo de su alma, aunque en determinado momento, estas mismas ensoñaciones podían trastocarse en terribles pesadillas, que la sacudían, y la arrastraban hacia los lugares más insospechados de la razón y el desafuero, como había sucedido minutos antes. Advirtiéndole de las aprensiones, las repugnancias y los miedos que permanecían guardados, quien sabe en qué recoveco de su cerebro. Y que en momentos semejantes la acosaban, recordándole en el punto exacto donde estaba y quien había sido hasta entonces. En ésta oportunidad lo único piadoso, era aquel respaldo de piedra, de aquellas mismas piedras que primero formaron parte de la Muralla, y que después que esta se vino abajo, como en un constante peregrinar habían ido a parar a los más recónditos resquicios de la ciudad, quizás y con el ánimo de excomulgar sus culpas. En este momento y en este lugar, la sostenían en una postura álgida, aunque un respaldar muy duro y tosco, así como habrían de ser las herramientas 10} con las que fueron moldeadas aquellas piedras, muchos años atrás. Cuando todavía quedaban personas esclavizadas en la isla, a los que se les encomendaban estas rudas tareas. Al menos así aparecía en los documentos de la época; era legal tener esclavos, y hasta venderlos. Ahora era solo su muro, el respaldo, que la aliviaba de una postura más incómoda. En decenas de metros, no había otro pilote como aquel, así que debía considerarse afortunada. No era lo mismo estar recostada, que con la espalda al aire.

No lo soportaría igual su maltrecha columna vertebral, tantas veces llevada al límite en sus cuarenta y ocho años de existencia.

Le parecía mentira que el tiempo hubiese pasado tan de prisa, y que nunca antes hubiese sacado un lugar para reflexionar al respecto, y darse cuenta que era una más entre el conglomerado de personas que la acompañaban en el día a día. Y lo que resultaba aún más interesante, de

esta misma manera había trascurrido quizás lo más interesante de su existencia.

En estos momentos, por lo tanto, no se consideraba una mujer seductora, pero quedaba algo en sus bien torneados muslos y senos, que la hacían particular, de eso estaba convencida. Las miradas de los hombres en éste sentido; aún las percibía; si bien de un tiempo a esta parte no les hacía el menor caso. Nadie le interesaba, como había ocurrido apenas unos años atrás. Estaría en ese periodo en que las mujeres dejan de serlo para convertirse en abuelas y tías de los demás. Pudiera estar ocurriendo de esta manera, y debió haber sido algo muy solapado, para no darse cuenta hasta estos precisos instantes. No le había sido fácil vivir, y en esta ocasión en particular, no iba a resultar la excepción.

Llevaba dos noches acuartelada frente al mismo Muro del Malecón, cuidándolo no se sabe de qué, y esperando quién sabe qué cosa. Pero ella siempre había sido disciplinada con las responsabilidades, y más ahora, que el nuevo jefe quería despedirla del trabajo. Nada menos que para poner a un sobrino que había traído del campo unos meses atrás. Si no fuera porque ella es la Secretaria General de Núcleo del Partido, por las agallas que se ha visto necesitada de desplegar, y porque no le daba la gana ¹¹ que los demás la manipulasen de esa manera; a estas alturas estuviera en su apartamento, lavándole los calzoncillos al desvergonzado de Saúl, como cualquier ama de casa de este país. Y que entre otras cosas, de ahora en adelante fuese él quien se hiciera cargo de llevar el peso de la casa sobre los hombros. Sin embargo y muy a pesar suyo, asumía algo en contra, que la paralizaba como las mismas inquietudes de segundos antes. Estaba demasiado acostumbrada a esa, su faena diaria; para ahora perderla así como así, sin al menos dar la batalla. Quien tenía que cuidarse en todo caso era el mequetrefe ese, que llegó al cargo el otro día, y aún no conoce el muy atrevido dónde sitúa los pies. Ella es, y seguirá siendo Mariana, aunque este raspando la quinta década, y ay de quien se atreva a presentarle batalla. Si hasta ahora todos los que le habían antecedido al dichoso calvito la habían respetado. Ese pelado de José, igual que los otros, tendría que hacerlo, a las buenas o las malas. Ese era el pensamiento predominante, el sueño, o la pesadilla que padecía en disímiles versiones, y que se confundía con las historias, que los otros que la rodeaban, se encargaban de esparcir. De difuminar a los cuatro vientos en un espacio público, tan privado como es el Muro del Malecón, para cualquier habanero.

El porqué de tantas historias, tantos acontecimientos y chismes echados al aire por sus compañeros de noche, no estaba del todo esclarecido. Podría esto tan solo tratarse, de hacer más grata la espera, un tanto más pasable una nueva madrugada, en el mismo lugar, y no pensar demasiado en lo que en realidad estaban haciendo. Siempre con la expectativa de no se sabe qué, y a la espera de lo no imaginado. A ella solo le habían dicho que unos grupos de gusanos estaban al asecho, y esperando la visita del Papa, para hacer de las suyas. Para causar revuelos, y para que ella pasara más trabajo del que le tocaba por la cuota.

En su desequilibrio, esas gentes se habían querido adueñar de las Iglesias, y ahora pretendían reunirse en oraciones para armar pugilato. Salir a las plazas públicas, para que la prensa extranjera los sacase como héroes. Qué comemierdas eran todos, imaginarán que esas pataletas, iban de alguna manera a perjudicar al gobierno, que llevaba tantos años lidiando con fenómenos de este tipo, e incluso peores. Eso era lo que no entendía bien. Si eran unos don nadie, unos sin tierras, esos degenerados. Porque ese miedo que en ocasiones percibía en quienes la dirigían. Le temerían a un grupito de gentes protestando en las calles. A ella le parecía que no, pero la incongruencia no lograba descifrarla, o al menos no entendía el asunto en todas sus partes. Esto no hay quien lo tumbe, no hay quien lo arregle por supuesto, pero tampoco quien lo tumbe. Lo único que no podía entender, era el por qué se le daba tanta importancia a esa gentuza, si de sobra se conocía como pensaban y que a la larga eran unos timoratos, que lo menos que tenían era cojones para revertir la situación del país. Porque tendrían que sacarla del trabajo que realizaba, que sí era productivo, para hacerse cargo de una vigilancia tan disparatada.

Una vez más, le vino a la mente Lazarito, el hijo de su finada hermana. Las ideas de éste, que unas veces parecían absurdas y otras revolucionarias. Era ésta otra de las cuestiones que su intelecto, quizás no tuviera capacidad para descifrar. En ocasiones era miedo lo que profesaba, cuando el muchacho se atrevía a contarle algunas de esas barbaridades, que sí consideraba excesos. Lo había hablado con Liborio su ex cuñado, pero al parecer había resultado en vano. Si la hermana estuviera viva, se volvería a morir. Nunca fue mujer de enfrentarse a nada, y menos al estado de cosas que había perdurado por décadas, y que a ella, a Mariana, le parecía inamovible.

Habían pasado siete años de su muerte, y todavía no se acostumbraba a la idea. Era la más chiquita de sus hermanos, ¿Por qué a ella?; la vida es una mierda, y como tal debía tomarla. Estas eran unas palabras que no se cansaba de repetir, pero que a la vez nunca llegaba a asimilar en su verdadero sentido. ¿No estaría madura aún, a pesar de estar doblando ya la curva de su existencia?, podría ser esa una explicación, o quizás fuese porque no había vivido lo suficiente. Encerrada por diversos motivos, desde que comenzó a trabajar en el Restaurant. Siempre frente al fogón, sin apenas tiempo de leer un libro, o ver la televisión como el resto de las mortales. Arrugas le habían salido del constante calor; las manos, ahora llenas de callos, no eran ni por casualidad las de antes. Llegaba a casa por las tardes y caía desfallecida, sin apenas interés en la novela que pasaban por la televisión, y mucho menos en Saúl. Por eso quizás prefería acostarse primero, sentirse sola unos instantes. Entonces sí dormía como Dios manda, y soñaba incluso como cualquier otra mujer, con cuestiones normales, tan cotidianas como su vida misma. No como ahora tirada en el muro del Malecón, con esas pesadillas dándole vueltas. Y donde en ocasiones juzgaba que los susurros de los compañeros que la rodeaban; se convertían en historias, peripecias que incorporaba a sus

sueños, en una maraña muy rara de sobresaltos, que le hacían la noche más larga, y los pro-pósitos de la misión más inconcebibles.

La noche estaba algo fría, quizás unos diecisiete grados, sin tener en cuenta la brisa, que siempre aumenta la sensación de frialdad. No era mucho, pero aspectos como estos los había aprendido Mariana con los militares. Y siempre que los sacaba a colación, observaba como los demás se quedaban pasmados, bo-quiabiertos al advertir la supuesta preparación de su interlo-cutora. Eran tretas que con el tiempo, había aprendido a des-plegar. No ahora que era una vieja, antes, cuando sí le hizo falta. Sobre todo ante personas importantes, y de más talante que el que ella era capaz de suponer, por las propias limitaciones de su oficio y el entorno. Ahora mismo, sin considerarse superior, podía definir sin temor a equivocarse, que la luna, por el aspecto debía estar en cuarto creciente. Antesala natural de los grandes acontecimientos sobrenaturales. Y no es que fuese a aparecer un hombre lobo en la ciudad, ni cosa por el estilo. Era algo más profundo, que quizás el aire presagiaba, o el propio fantasma de los que antes caminaron por estas mismas avenidas. Si su tata-14} rabuelo y su hijo, en este caso el abuelo paterno, volviesen a estos lares, se quedarían boquiabiertos, pasmados, ante tanto irres-peto y tanta desidia de los de esta época.

Para empezar, no soportarían el nivel de ruido y mucho menos las aglomeraciones de personas. El roce de los cuerpos, y hasta el apretujamiento en los ómnibus. Por eso siempre había pensa-do que las grandes ciudades, de cierta manera, poseían per-sonalidad propia. Bastaría con mirarlas desde lo alto para com-prenderlo. Es una cuestión inherente al aura que dispersan, to-dos y cada uno de sus moradores, por la misma acción de vivir, de habitarla, y no por nada del otro mundo. Aunque no pocos pudieran pensar que es debido al hedor de vida que las rodea, que de esa misma manera las enmarca y las subdivide por cate-gorías. Sin embargo, estos parámetros nunca han sido compara-dos, ni medidos por nadie. Pudiera ser posible además, que de cierta forma influyeran los colores y las texturas de las edifica-ciones, que se dispersan en todas direcciones. Y que en el su-puesto caso de no ser absorbidos y digeridos como es debido, pudieran dar lugar al caos y la descomposición. Varias veces, la policromía misma, da un valor un tanto más exacto, de la ma-nera de ser de las grandes multitudes en disímiles regiones del planeta. Además de esto, y sin temor a equivocarme, me atreve-ría a asegurar que diversos sonidos, a lo mejor conformen una manera de razonar, una forma distinta de concebir el contexto.

O puede que sea verdad que la temperatura en su ir y venir, fuese la responsable de la identidad de una región, y por lo tanto de la manera de ser de sus habitantes. Todo puede suceder, cuando nos encontramos como es el caso, en esta urbe que exha-la sus vapores más allá y hacia lo interno de un Malecón, que pretende aprisionarla, comprimirla hacia lo íntimo de sí, deján-dole pocos recursos para expandirse. Vetándole el cruce al Nor-te, lugar misterioso, que como por encanto siempre ha atraído a los que aquí viven.

Por otra parte, está la presencia de la bahía, que para equiparar las acciones, la deja escapar hacia barrios periféricos. Nunca 15} exentos del mismo olor y sabor que el mismo Centro. Debe ser eso que algunos tratan de explicar, cuando aducen los términos de caribeños, de isleños, y otros tantos, que nunca serían capaces de dar una expresión exacta de cómo sé es, en esta parte específica del planeta; a pesar de las disímiles teorías que en el de curso del tiempo han surgido.

La Habana, sin lugar a dudas, tiene su propia personalidad, y su propio encanto a la vez. Y no ahora que es grande y vieja, sino incluso desde sus propios albores, en que unos extranjeros equi-vocados pretendieron acorralarla entre piedras, levantadas a fuerza de látigo y sudor de los más desposeídos. Es de consi-derar, que cuando al fin se les pudo llamar Murallas, a aquella cárcel, hubo que tirarlas abajo. Fue como si la muchacha, recién venida al mundo, se negase a ser encerrada; enclaustrada en castillos dorados, con el único afán de protegerla contra los avatares, de una existencia que por más le pertenecía. Y de la que siempre debió haberse sentido protagonista. A partir de esta forma de observar la vida, tan particular en estos lares, ya fuese por el sol, el calor, los colores y las texturas del ambiente. Aquí siempre se ha sido muy particular, de eso tengo numerosas evidencias. El cubano es único, en su manera de abordar la rea-lidad, digerirla y ofrecerla a los demás, que siempre lo han ob-servado con ese interés propio de encontrarse ante un fenómeno extraño, una rareza, como pudieran ser los automóviles que circulan por sus calles con más de cinco o seis décadas de explotación. Sin embargo, hay aspectos que todavía al parecer no son entendidos en su exacta magnitud, ya sea por el des-barajuste a que han sido sometidos, como a la interpretación misma que los demás hacemos de la realidad que nos circunda.

En este caso en particular, ¿cómo podría entender Mariana el porqué de su situación junto al Muro del Malecón? 16} Junior, se estremeció y se volteó de lado, la posición le re-ultaba incomoda a pesar del cansancio, que al igual que un virus maligno se iba apoderando de cada centímetro de su cuerpo.

Echó un vistazo al reloj, y la exhalación hizo que Milagros, se moviera en la pendiente, una vez inclinado el colchón hacia su lado. Se puso en pie al final del esfuerzo, y la observo unos se-gundos. Anoche, apenas se acostó, había tenido que inventar otro dolor de cabeza, para que lo dejara tranquilo. El esfuerzo fue doble, además del cansancio que produce una noche sin dormir, estaba por medio lo de Adelaida. Cada día que pasaba, la tipa iba ganando terreno; la muy endemoniada, y esto lo tomaba por sorpresa, a pesar de haber sido advertido por más de uno de sus compañeros. Pero es que a la vez, la muy hija de la gran madre, poseía la virtud de trasportarlo a una nueva dimensión. Si bien muchas veces no fuese consciente de ello, o se dejase llevar como quien asumiese otra vida y no la propia.

Eran las dos y treinta y cinco minutos de una madrugada, que en realidad estaba apacible; como casi siempre ocurre en el mes de marzo en La Habana. Éste no es un mes de grandes tormentas, e incluso grandes

cambios de tiempo como los anteriores. Pero este año del dos mil doce, las cosas parecían presagiar otros de-rrroteros.

Desde que anunciaron la visita del Papa, se auguraba que las tormentas iban a venir en otro sentido, con otras variantes. De eso daba constancia su cuerpo, que varias noches tuvo que pasar lejos del cuarto, la cama, y su mujer; si bien esta última cuestión fuese la menos importante de las tres. Al amanecer, debía estar en el Puesto de Mando de nuevo. Advertir los mismos rostros, y escuchar las mismas frases con los mismos acentos, cual si fuese un androide programado para digerir siempre la misma realidad. Añoraba la rutina de apenas un mes atrás, pero estas de ahora eran circunstancias especiales. No por gusto estaban en estado de alerta, o activados, como también les gustaba decir a otros, sobre todo a los jefes. Quienes llevaban la voz cantante en cuanto se refiriese a la Iglesia, la religión, y a todo lo que 17} pudiera relacionarse con la visita del jefe del Vaticano, sin lugar a dudas la moda de estos momentos.

En estas circunstancias, no se podía estar en la calle todo el tiempo, sin que nadie pudiera controlarlo a uno, y sin el pérfido de José, detrás de cuanto se hacía o se dejaba de hacer. Debía admitir que encontrarse en la oficina, también era parte del tra-bajo que le correspondía hacer, si bien lo estresara, y lo dejara como un guiñapo. Estas eran temporadas que por cuestiones similares, de una forma u otra, no había manera de sortear. Se era, o no se era dirigente, lo bueno y lo malo en este caso se da-ban la mano, pero siempre su elección fue seguir donde estaba, a fin de cuentas donde estaría mejor. Debía joderse, igual a como disfrutaba en los días, cuando la situación estaba en cal-ma, y podía perderse el día entero haciendo lo que le diera la gana, gastando la gasolina que le daban gratis, y sin rendir cuentas a nadie. Se observó de arriba abajo restregándose los ojos, negándose a admitir que el sueño se le hubiese acabado así tan de repente; cuando el cansancio apenas le daba una tregua, para seguirlo martillando, recordándole el estado en que habían quedado después de tantas horas de faena. Sus piernas, la co-lumna, todo le molestaba. Debía ser el estrés, las cuatro paredes de la oficina, sus gentes, los partes, el dichoso teléfono que el día entero no paraba de sonar.

De seguro le esperaba otro día de perros, soportando las mal-criadeces y los histrionismos de los demás; esos que si gustaban destacarse, cuando había como en este, un escenario excep-cional. A medida que la situación avanzaba se iba complicando el panorama; comenzaban a aparecer fantasmas por todos lados, y eso se iba de sus manos, y de las de los otros que le acom-pañaban. Le aguardaban veinticuatro horas atado a un des-pacho, siempre a la espera de los informes que los demás debían darles, y por los que debía responder ante el jefe. Este siempre lo aguardaba con esa expresión de incertidumbre, que tanto lo molestaba, y de la que no podía escapar a pesar de habérselo 18} propuesto en disímiles ocasiones, y con las más diferentes maneras de enfrentamiento posibles. Desafiaba a diario, cuestio-nes banales, y en ocasiones hasta absurdas. La de noticias que a él llegaban, nadie podía imaginarlas. Incluso el escritor de la saga más increíble, estaría en condiciones de imaginar, apenas un diez por cierto de lo que acopiaban a diario en el

equipo de que formaba parte. Algunas de por sí pasaban el techo de lo imaginable, y caían en ese otro ámbito que en ocasiones no podía entender cómo las iba a catalogar, sí absurdas, sui géneris, o tan triviales, que de hecho dejaban de ser noticias. No por gusto, estaban en la misma Ciudad de las columnas, que años atrás describiera Alejo Carpentier, aunque hubiesen cambiado los olores y el contexto mismo del Siglo de las luces. En estas cuestiones, nadie se le podía comparar, por muy latinoameri-cano que después resultase el término acuñado por críticos y estudiosos del tema. Lo que sí era una lástima que no pudiera llevarlas al papel de otra manera, a como estaba acostumbrado a hacer, desde que llegó al cargo. Lo que creaba no era nada literario, pero a la vez sí; la cuestión dependía de la mirada con que se escrutara lo que hacían esos otros, que para alguno de ellos constituían algo interesante.

No había un individuo que se moviera en la ciudad de manera sospechosa, que él no se enterase al instante. Por supuesto, en ocasiones se sobredimensionaban los sucesos; acaso sería que se aplicaba el eslogan del jefe de manera exagerada, o que los de-más tampoco poseían el término exacto, para que aquellas cues-tiones resultasen creíbles, sin que fuesen desfiguradas después de un tratamiento retórico, tan arcaico como ellos le daban. Lo cierto es que conocía todo, desde las infidelidades de la mujer más encumbrada, hasta el alboroto de unos artistas trasnocha-dos, que buscaban unos dólares en los parques de la capital. Era una pesadilla todo aquello, y a la vez el precio que le corres-pondía pagar por ser funcionario del nivel en que estaba.

19} En ocasiones, cuando la turbación llegaba a límites que no podía asimilar, se retorció entre sus propias incertidumbres, y la vida le daba vueltas. En esos momentos prefería vender fritas en cualquier cafetín, o andar por las calles pregonando como ha-cían otros, pero para eso había que tener condiciones también.

Debía joderse, asumir tanto la parte buena, como la mala del tra-bajo, y sin protestar, pues de nada le iba a valer. La adicción que tenía a la gasolina era quien lo mantenía esclavo, de eso era bien consiente, y a pesar de considerarlo un defecto, era su vicio.

Otro igual al del cigarro, como el de vacilar una buena hembra, o tomarse una botella de ron. No imaginaba la vida, sin la inde-pendencia que le proporcionaba el automóvil. Por el dichoso carromato, incluso estaba dispuesto a hacer los sacrificios más grandes, y las concesiones más absurdas, que quizás en otro momento de su vida no se hubiese atrevido. Dentro de cuatro meses cumpliría treinta y dos años. Y por su-puesto la vida tomaba nuevos matices. De seguro se abrirían nuevas expectativas, aunque otras permaneciesen inmutables, como debía ocurrir en la vida de cualquiera. Montarse en un ómnibus abarrotado de personas era una de sus fobias, y las veces que había tenido que hacerlo, uno de los más grandes holocaustos de su vida. Al parecer era un trauma que arrastraría hasta la tumba. Por eso de estudiante, siempre prefirió becar-se, incluso ya en el último periodo, cuando apenas lo separaba una decena de kilómetros de la casa. Era otra época y otras cir-cunstancias, se dijo a sí mismo levantando un tanto la voz, por lo que la frase le resultó audible.

Se viró para el otro lado al tiempo que se levantaba y calzaba las chancletas. El frío que entraba por la ventana del pasillo, le dio de lleno en la cara.

Miró a lo alto, la Estrella Polar le indicaba siempre al mismo territorio. Respiró un tanto más fuerte, ahora que no tenía a la esposa al lado, necesitaba de momentos como este. Estar solo, conversar con sus espíritus, decirse cosas que en otros escenarios le resultaban imposibles. Todo el día se lo pasaba acompañado de personas, que en muchos casos no le resultaban para nada agradables.

Así como también prefería dormir en estas noches de un verano por llegar, o un invierno por terminar, sin el dichoso aire acondicionado. La temperatura estaba agradable, y además el fresco de la madrugada le hacía bien. Pero en escasas ocasiones lograba convencer a Milagros, solo cuando las crisis de asma, o cuando la embobecía con sus artimañas, que de un tiempo a esta parte, parecían que iban quedando en el pasado. No podía ser la misma que conoció dieciséis años atrás, como tampoco él podría serlo. Ahora estaba un tanto más gordo, no como ella que estaba al borde de la obesidad, se notaba un poquito más calvo también, cuestión que lo ponía tenso siempre que pensaba en ello.

Su hijo, se dijo, sin poder determinar de dónde había surgido la imagen; y puede que esto además lo reconfortara un tanto.

Los deseos de fumar lo torturaban, no aguantaba estar mucho tiempo sin el humo, sobre todo en la oficina. Siguió casi sin apoyar los pies en la superficie, hasta situarse frente a la puerta del refrigerador. Si tomaba jugo después debía cepillarse los dientes. Volteó la jarra, espaciando el gesto, y bebió mirando al techo. Pasaron por su pensamiento un "seremillar" de situaciones, y comprobó que estaba desvelado, que por más que hiciese, no podría pegar un ojo en lo que quedaba de noche.

Aunque esta vez no había estornudado, ni se sentía con una de esas malas digestiones, de las que en ocasiones padecía. La madrugada del día anterior allá en el trabajo, había sido monótona y un tanto más cargada que las anteriores. Y puede que esto, todavía estuviera influyendo en su psiquis.

Desde que el Arzobispo de Santiago de Cuba, había hablado para la televisión, al parecer algo se había removido en el ambiente, alguna ficha se había salido de su lugar, y hasta que no estuviese de nuevo en su sitio, las cosas no iban a retornar a la normalidad. Si esto era allá, a más de mil kilómetros de distancia, que quedaría para cuando el desafío fuese en estos mismos predios. Quizás su cuerpo, de alguna manera, se estuviese preparando para cuando estuviera el Papa en la ciudad, y con su correspondiente comitiva, lo cierto era que el estrés no podía ser mayor. Por otro lado, al jefe no siempre lo entendía, y mucho menos cuando se ponía a hablar como si el mismo fuera el jefe de los jefes.

Esa misma impresión tal vez tenían de él sus subordinados.

Podría ser esa una posibilidad, aunque no se creía tan come-mierda a los ojos de los demás, como para que fueran a tener esa opinión de él. La cadena se repite, y en este caso, los absurdos pueden ser los mismos en

los distintos niveles de mando. Solo hay que cambiar los contextos, y los personajes, por supuesto, para tener los distintos escenarios.

El muy cabrón de José, ignorará que conozco más de él que lo que se figura. Que no tiene que andarse con esas escenas de pa-triota conmigo, que lo único que hace en este caso es el ridículo.

Hasta Yaumara la secretaria se burla, si bien la muy puta se esté tirando al viejo. Aquí hay de todo, como en la viña del señor.

Para disimular, a veces me dice que se va del trabajo, que está cansada. Y otras que lo que no resiste de verdad, es la peste a ta-baco del jefe. Ella se ha acostumbrado también al jueguito. No tiene marido, al menos de manera oficial. Pero siempre está montada en carro con gasolina estatal, de día y de noche, dándose de gran señora.

Vive mejor que yo la muy condenada, de eso estoy seguro. Las veces que he tenido que callarme la boca en su presencia, aun teniendo la razón.

Ella es sagrada, y en ocasiones es preferible asumir alguna que otra culpilla sin importancia que declararse enemigo suyo; me consta que es de armas tomar la chiquita.

Recuerdo cuando empecé en la oficina, y quise seducirla. En-seguida los demás me advirtieron, sobre todo Roberto, que entre todos es el que parece mejor persona. El menos prefabricado, 22} pudiera decirse, para buscar el término adecuado. En aquel lugar al que muestre su verdadero rostro tiene que pagar por el atre-vimiento, de eso no me queda la más mínima duda.

Mejor me siento en el balcón, si regreso y despierto a Mili, voy a tener que echármela de nuevo. Es difícil asumir que ya no me guste como antes.

Que de un tiempo a esta parte la esquive, cuando antes resultaba todo lo contrario. Está gorda, pero no es las libras de más lo que choca. Sino que no lo hace igual que antes, o igual que Adela. Esa pudiera ser una posibilidad que no he valorado en su totalidad. Esa muchacha si es otra cosa, aunque tampoco las tenga todas conmigo. Lo que sí no dejo de entender, es que me ha ayudado mucho, o quizás la he utilizado, pudiera ser eso también. El hecho de ser una de las secretarias del jefe de mi jefe, me pone un tanto en ventaja, y ya me he habituado a la situación. En realidad, ni yo mismo concibo lo que sucede con Adela. Enamorado no debo estar, sin embargo no sé. Las veces que lo hemos hecho en la oficina, han resultado paradisiacas. Quizás la situación me traiga a cuando tenía unos años menos. Eso del miedo es algo que sin dudas excita más de lo que en realidad puedo asumir.

El miedo y siempre el miedo, por supuesto nunca igual a esos otros. El miedo en el sexo es disfrute, desasosiego, adrenalina, que en ocasiones se convierte en éxtasis. La misma hormona del miedo que en otras circunstancias debe hacer el efecto contrario.

Así seguro que le ocurre al cabrón de mi jefe, y al jefe, o los jefes de este, que deben ser varios. Sufrirán estos tipos el mismo resquemor, cuando se trate de manifestaciones, de carteles, per-sonas en las calles, y esas otras barbaridades, al que siento con Adela, cuando lo hacemos escondidos.

Algunos perspicaces en ocasiones, han hecho alusiones al respecto, pero nunca he podi-do captar el mensaje, por las claras. Quizás ella no esté

conmigo nada más, pero tampoco puedo presionarla. Cada vez que tiento el tema, me recuerda el acuerdo, de cuando empezamos. Es mucha mujer para mí, en eso estoy de acuerdo con Roberto, 23} pero es un vicio. A la larga no quiero dejar mi mujer. Y tam-poco es porque Mili tenga los padres en Miami, con todo lo que esto pueda significar en este contexto. He pensado en dejar el trabajo, pero las veces que le he insinuado, que le diga al padre que le mande dinero, para com-prarnos un almendrón y ponerme a botear, se ha insultado; quizás el viejo no esté allá como ella dice. Esa es una posibi-lidad y mucho más creíble, que el hecho de que ella no quiera que me independice. Las mujeres son del carajo, allá de quien las entienda, y de quien les haga caso. De lo que sí estoy claro, es que en estos momentos debo poner los pies sobre la tierra, y no perder lo poco que tengo. Hay un dicho que reza, vale más pájaro en mano que mil volando. A lo que sí nunca me voy a adaptar es a esto de estar jugando al poder, como mi jefe José.

No se dará cuenta ese viejo estúpido, que lo que somos todos es un hato de comemierdas, de mi pá´ abajo y pá´ arriba también.

Por supuesto, todo hasta un límite, no es lo mismo ser amateur, que estar en las grandes ligas, de donde llegan comentarios de toda índole, con esto de lo del Papa. Se habla de presiones de to-do tipo, con tal de evitar situaciones molestas, y esto de la toma de las iglesias es el ejemplo más visible, aunque no el único.

Mi jefe se cree el gran jefe, y se expresa como tal. Quisiera ver-lo en casa cuando tenga que explicarle a la mujer que no consi-guió resolver esto o aquello; y que el salario no le alcanzó, a ver si es tan patriota como pregona. Aunque por supuesto, conozco que él llega a donde yo no puedo ni soñar. La última carta tampoco la muestra, al menos conmigo eso nunca ha sucedido.

En realidad debe ser así, y no lo censuro; en boca cerrada nunca han entrado moscas. Así debe ser el jefe que le sigue y por ahí la escalera de mando. Son cuestiones que suceden en cualquier lugar del mundo, en cuanto a jerarquías se refiere.

El camino del sillón al pasillo, y al balcón de nuevo, va hacién-dose un trillo que ha recorrido en varias ocasiones. Los 24} pensamientos van quedando colgados en el trayecto de donde son vueltos a retomar, cada vez que vuelve sobre sus pasos. Es Irremediable, Junior no tiene sueño, lo ha perdido cavilando, rememorando y adivinando lo que pueda estar por venir, y lo que debe estarse cocinando en las más altas esferas. No importa que se fume una cajetilla de cigarros, ni que se ponga a ver películas porno. Lo que sucede lo lleva en la mente, y de seguro, mientras ésta no quiera, no va a conciliar el sueño. A la sazón, va para el baño y se observa ante el espejo. Esta patilludo, de-macrado y con un exceso tremendo de preocupaciones encima.

Baja un poco la vista, y las masas de la barriga le recuerdan que continúa poniéndose gordo, incluso la pija le parece más peque-ña en esta ocasión. Una brisa hace mover las cortinas de la ventana, dándole la impresión al desvelado de que él mismo, se mueve por fin, que respira de nuevo. El aire se filtra entre los recovecos de la tela, llenando la atmósfera de un

olor a lluvia, a tierra mojada, que por momentos parece traerle el sueño de nuevo. Sale al balcón, por el mismo sendero de antes, y solo como en las otras oportunidades, cuidándose de no ser visto. La oscuridad lo ampara, la altura también. Después de fumarse el último cigarrillo, observa desconsolado como los primeros albores anuncian el amanecer. 25} Lazarito despierta sobresaltado, volvió a quedarse dormido.

Tendrá que soportar la charla y la mala cara de Amarilis, amén de la del profesor de turno. En este caso el de Filosofía. Un tipo áspero y con ínfulas, pero eso es lo de menos. Hace varias noches que no puede dormir bien; tampoco consigue concentrarse en el aula, por más esfuerzo que haga. Desde que Miguelito, su antiguo condiscípulo, le hablara del tema, es como si las hormigas le corrieran por el cuerpo. Si bien por supuesto, asume su propia opinión al respecto. Tampoco es cosa de hacerse pasar por lo que no es, para hacer lo que siempre ha estado esperando.

Termina de lavarse la boca y de pronto, los deseos de ir al aula son sustituidos por los de encontrarse con el amigo. Tiene el número de su móvil anotado, aunque no mucho dinero, y se encuentran en lugares equidistantes el uno del otro, tendrá que dejarlo para otra oportunidad. El Migue siempre quiso estudiar derecho, y de hecho terminó en la CUJAE, para hacerse ingeniero en telecomunicaciones. Las ambigüedades siempre han sido fatales, ¿qué tiene que ver que su primo, el que vive en España, haya estudiado eso mismo? Si de verdad sintiera vocación por el derecho, no lo hubiera dejado por nada. Aunque después se muera de hambre aquí en Cuba, o tenga que condenar lo incondenable. Cuestión que también pudiera suceder, al menos en teoría.

En mi caso estoy decidido a asumir el desafío, y por lo tanto las consecuencias. Lo primero es graduarme y después vamos a ver. Tampoco es que vaya a hacer cosas en contra de mis principios, antes que eso, me pongo a vender churros en la calle. Tengo cincuenta y tres pesos, todo un millonario si los sé administrar.

Eso sin contar lo que tía Mariana me da los fines de mes, y a escondidas de mi padre, que si se entera arma la perreta. Con ella siempre esta cuestión ha sido diferente, y fue por ella que en realidad me enteré de lo complicado que se muestra el panorama en estos días que se nos vienen encima. Pero por nada del mundo me atrevo a contarle nada al respecto, imagino que sepa 26} como pienso, con eso debe ser suficiente. Y no es por miedo, de ella nunca podría esperar eso, es que no sé, no me encuentro cómodo ni para decirle algo a favor. Debe ser el respeto, miedo como tal no me suena. Será que hasta la veo como cuando tenía diez años menos, o cuando me iba a buscar al círculo infantil, en los días que papi estaba complicado.

De los hermanos de mi madre, ella siempre fue la más apegada a nosotros. Papi la quiere también, siempre reprochándole esa manera tan dura en que trabaja, parece querer protegerla. Cada cosa tiene sus ventajas y desventajas; es cierto que por lo menos la comida para la casa no le falta. Sin embargo, no dejo de comprender que es una labor un tanto dura para una mujer. También a sus años debe ser más difícil

todavía. Esas madrugadas de todos los días del mundo, destruyen a las personas, aunque por el mismo carácter diario y monótono del caso no se eche a ver.

No obstante, siempre tiene buen carácter, le aguanta las pesa-deces y las borracheras al marido, y yo diría que además lo mantiene. El trabajo de él siempre es una incógnita. Aparece por el norte un día y el otro por el oeste, de veras que no entiendo nada. Fue combatiente de la clandestinidad, revolucionario de los de verdad, como aquí se acostumbra a decir, aunque por la edad que tiene, no me parece que pueda haber hecho algo muy trascendente, pero de eso nadie vive a no ser que tenga buenas influencias. El tipo es una incógnita, y lo que sí parece más creíble, es que sea hijo de uno de los de verdad. En todo caso si ellos dos se enterasen de las ideas que tengo, no sé lo que pu-diera suceder, pero la realidad, es que no estoy en nada con-creto. Disentir no es ponerse del otro bando precisamente.

Los extremos en ocasiones llegan a tocarse, y eso quizás sea lo que muchos aquí no entiendan, comenzando por tía Mariana, que en ocasiones parece no percibir otra realidad ante sus nari-ces, aunque esta no le permita avanzar. Siempre he pensado que entre nosotros dos existe ese muro virtual, del que ambos ha-cemos lo imposible por ignorar.

Comprendo además, que en su 27} generación, estas cuestiones tomaron otros matices, pero lo que más me duele es que asuma la realidad de hoy como si no hu-biesen pasado más de cincuenta años. Del asunto como tal, solo hemos hablado entre nosotros, Amarilis, Miguelito y algunos de los del pre, siempre con limitaciones tanteando el tema, cual si se tratase de un campo minado. El día que deje de percibirse esta sensación, ganaremos todos, de eso no me queda la menor duda.

Hay que reconocer, que algunas cuestiones se dicen en el aula, pero estas en la mayoría de las ocasiones, son situaciones de menos trascendencia, cuestiones normales entre personas que padecen la realidad en el día a día, matices que en dependencia del ángulo en que se observen, pudieran resultar o no compro-metedoras. De eso a lo otro, hay un trecho inmenso, y lo menos que asumo, es en hacerlo a cara descubierta. No están las con-diciones creadas todavía para tomar tales destinos. Sin embargo, es verdad también que estas cosas que están ocurriendo, aunque no conduzcan a nada de inmediato, para después van a ser importantes. Se me fue con tía, pero se lo dije, y se quedó pasmada, al menos esa fue la impresión que llevé en ese momento. Su gesto en ese instante, se ha quedado grabado como un óleo en mi cerebro.

Miedo le dije, eso es miedo lo que tienen; sino para qué los ponen a ustedes en todas las esquinas, a vigilar a los demás.

Los dos sentimos miedo en ese instante, esa es la verdad. Cada cual a su modo, y de cuestiones puede que diferentes, pero miedo al fin. Por supuesto que no es igual cuando converso con Amarilis, o con Miguelito, pero en el fondo es el mismo sobre-salto, el mismo peso en el estómago. En cada lugar deben ser sensaciones diferentes, y en esto debe tener mucha influencia, el contexto.

El otro día estaba mirando en el televisor, a los estudiantes en Chile. Bastantes irreverentes por cierto con la autoridad, que les 28} caían a porrazos, y les daban de verdad, no parecían golpes de película, ni nada por el estilo. Por Telesur, también escuché, que eran manifestaciones no autorizadas, ¿Qué sucedería entonces, si el gobierno las hiciera legales, si cada cual pudiera expresarse sin tanto alarde de violencia? El respeto a los demás es una de las cuestiones más importantes en las sociedades. Sean cuales fueran estas, y en el lugar del planeta en que se encuentren. Cada día la tecnología nos acerca más en este sentido. Nos en-teramos de lo que acontece en el otro extremo del mundo, en ocasiones de inmediato. Si bien, para conocer lo que ocurre en la esquina más próxima a nuestra casa, a veces tengamos que re-currir a esa misma tecnología, o lo que es peor, al chisme de bo-ca en boca, que nunca se sabe cuándo se exagera, si se va para un lado o para el otro. Después del Congreso del partido se quedó en que la prensa debía ser más inmediata, vamos a ver qué sucede de ahora en adelante. Todos esperamos más, los que quieren que esto siga igual, así como los que quieren cambios.

Debe ser una cuestión consensuada para que al final no sea trau-mática. Del tipo aquel que salió el video, hace ya casi cuatro años en la UCI, jamás se ha sabido nada más, solo comentarios, en ocasio-nes y en los pasillos. No sería mejor que se le dé su espacio a cada cual. Es una opinión la que se divulgó, y al parecer por lo que se veía, no la de él solo, pero así son las cosas. Por eso vivimos de esta manera y hacemos estas cosas. Un día vendrá, en que todo esto sea solo pasado, como lo fueron los desapare-cidos en Latinoamérica. En ese momento vamos a ser mejores, de eso no me cabe la menor duda, por cierto, pensándolo mejor, me voy a ir para la escuela, al Migue, lo veo por la noche en su casa; de seguro que tiene algunas nuevas. Allá hay un sinfín de gentes que tienen el cable, o por lo menos comentan más que aquí; si bien he llegado a pensar que en cada lugar hay círculos, y lo que pasa es que el nuestro, por estar junto a la escalinata es 29} demasiado estrecho, demasiado compacto. Es lo más parecido a un hueco que he conocido, pero bien, qué vamos a hacer.

Son las ocho y diecisiete, en lo que llego al aula, pierdo el pri-mer turno, entro al segundo, y tal vez, si me pongo de suerte el tipo me pone la asistencia al primero; siempre hay la posibilidad de inventar un cuento chino. Estuvo lloviznando por la madru-gada, seguro es para más frio y eso podría ser una buena excusa, para un tipo como yo; asmático, como otra buena cantidad de cubanos. El hecho de vivir rodeados de mar y tener este clima tan caluroso pudiera ser la causa. Aquí todo se echa a perder con demasiada rapidez, y mucho más si lo dejamos a la intemperie.

En este susto perene vivimos los cubanos. Siempre a la expec-tativa de que las cosas se jodan, de que empeoren, en el mejor de los casos. Al parecer atraemos las desgracias con esos pensa-mientos, y esto a su vez, puede estar condicionado por el miedo.

Cuestión de la que pudiéramos estar hablando por horas como lo hemos hecho en ocasiones en nuestro círculo cerrado; con el grupo disminuido;

por supuesto que todos no nos merecemos la misma confianza. En este estado, es cierto también que en ocasiones se nos puede distorsionar la realidad. Todo depende de donde se observen los asuntos y el grado de ensimismamiento que tengamos en ese instante. Así como Sigmund Freud estableció su teoría, pudiera existir otra afiliada a esa otra sensación que también llevamos dentro, mas ahora en estas sociedades donde las cuestiones se mueven a una velocidad que no conoció el científico austríaco.

Otra cosa por supuesto es en el Polo Norte, donde el otro día escuché por la radio, que los pingüinos padecían de una conducta que algunos estudiosos consideraban anómala. El hecho es que algunas hembras muertas, y que por supuesto permanecían congeladas en una posición al parecer atrayente. Los machos les hacían el amor, imagino que cuando sientan eso tan frío, se retiren por muy necrófilos que sean, cuestión que quizás y hubiese interesado al sicólogo de marras. Lo cierto es, que cada 30} cosa y en cada momento, pueden tomar significados diferentes, por eso la importancia de la pluralidad en cuanto a criterios se refiere. El tiempo de las razones unánimes me parece que pasó de largo, como han pasado también tantas cuestiones, que en su momento fueron importantes, y que luego pasaron al basurero de la historia; recordándoselas en el mejor de los casos como historia y nada más. Por supuesto que no me refiero a las teorías del científico checo, para ajustarlo al lugar en que nació, y fíjen-se que coincidencia, esta es otra paradoja de la vida. Muchas veces ni con nosotros mismos podemos aplicar en un cien por ciento de los temas, los dogmas a que nos habitúan ciertas sociedades. Como es cierto también, que perduran aquellos conceptos que sin dejar de ser una verdad absoluta, tienen valides en diferentes épocas y momentos históricos, y en las más disímiles latitudes.

Todavía al parecer, seguimos actuando bajo las teorías de Freud, aunque aquí en esta Isla, otras emociones tengan un papel preponderante también. Y aunque no se vean a los necrófilos por ningún lado, al menos en la realidad a la que estamos acostumbrados, el temor a vernos en una situación semejante, pudiera paralizarnos. En ocasiones yo mismo he sentido miedo, y me he tocado la picha más fría que la de cualquier pingüino. 31} Mariana abrió los parpados, y se dio la vuelta del otro lado. Sería la claridad, o lo que fuese, había algo que la extrañaba.

Desperezándose se dio cuenta que Saúl, no estaba a su lado. Hi-zo intención de taparse la cara con la sábana, pero al final se levantó, y calzándose las chancletas avanzó hacia el baño. Eran nada menos que las once de la mañana. A esta hora, en condiciones normales, estuviese dándole los últimos toques a la comida, allá en el trabajo. No entendía cómo cada día necesitaba más de aquella rutina. El llegar a la casa por las tardes extenuada, bañarse, comer, ver la novela, cuando el sueño se lo permitía; y después dormir a pata suelta hasta que el despertador la sacase de la inconsciencia. Estas cuestiones, al parecer intrascendentes, se habían convertido en parte esencial de sus placeres. Ahora que podía estar en la cama lo que quisiese, no lo deseaba. Abo-rrecía todo lo que le

permitiese pensar, y ahora le sobraba tiempo para esto y para otras cuestiones a las que ya no estaba acostumbrada. A lo mejor, y sin apenas darse cuenta, habría llegado a esa edad en que duele la vida.

Pudiera ser además, teniendo en cuenta el contexto, la forma en que el esposo la trataba. La lejanía del único hijo, al que hacía años que no veía, los problemas en el trabajo. Existía a su alrededor todo un "seremillar" de causantes a las que podía culpar por las sensaciones que estaba pasando. Se miró al espejo después de lavarse la boca, y le repugnó la imagen reflejada. Estaba hinchada, las arrugas del lado de los ojos, más grandes. Las canas una vez más amenazaban con salirle por las sienes, recordándole que era sábado, día en el que se teñía el pelo.

En lo más íntimo de sus pensamientos, sintió deseos de desaparecer. Irse con el hijo a otro lugar, y olvidarse del cabrón calvo que le estaba haciendo la vida imposible en el trabajo, y solo para que ella dejara el puesto de cocinera, en el que había laborado en estos últimos doce años. Olvidarse de la visita del Papa, y de que era la Secretaria General del núcleo del Partido Comunista, en el trabajo. Quería dejarlo todo, olvidarse del 32} mundo, pero le faltaba el lugar donde refugiarse. Por qué tendría que preocuparse tanto de asuntos que solo la abrumaban, y no le dejaban espacio para dedicarse a sí misma. A tratar de recuperar, si es que fuese posible, lo que quedaba del matrimonio.

De un tiempo a esta parte, apreciaba que Saúl, se iba desprendiendo cada día de lo que antes había sido un hogar. Pensar que hace unos años, había preferido al esposo que a su propio hijo, era una carga tremendamente pesada, que en ocasiones no la dejaban levantar los pies.

Y mira con lo que paga el muy hijo de putas, debería de castrarlo, como hizo aquella mujer en la película mexicana, se lo merecía el muy cabrón. Se cree que lo tiene todo controlado, y no sabe que conozco incluso los detalles. Mira que ir a meterse en casa de Aurelia. Películas y todo me ha traído de lo que hace el muy asqueroso. Nunca imaginé que pudiera tener la mente tan corrompida, debo sacar fuerzas y desterrarlo, aunque me quedé más sola que un cactus en medio del desierto. Por otro lado, esta gente haciendo reuniones a toda hora, para chequear lo de la venida del Papa, que si hay que cuidar las calles, que estas son de los revolucionarios, que se informe pronto de cualquier grupito, que si ayer habló el Cardenal de Santiago de Cuba. Coño, por qué lo sacan por televisión entonces, si no quieren que se escuché lo que el clérigo tiene que decir, que hagan mutis como ha sido hasta ahora. Incluso celulares nuevos nos han dado para el recorrido por el dichoso Malecón.

Tengo unas ganas enormes de que el Papa acabe de llegar, y se vaya a ver si la dejan a una trabajar en paz. Ahora mismo me han destrozado la jornada. No estoy acostumbrada a levantar-me a las once de la mañana, no sé qué desayunar. No tengo apetito para almorzar, es un rollo lo que tengo arriba. Y encima de todo tener en cuenta que pasado mañana tengo que volver al dichoso muro, ¿y a hacer qué?, a comer mierda. Como dijeron en la reunión, "compañeros esta es una tarea de suma importancia. Vital para la sobrevivencia de la revolución, y como tal 33} debe

ser cumplida” .Más tarde y en un tono un tanto más íntimo añadieron.
“Necesitamos discreción, pues en cualquier ciuda-dano, puede haber un enemigo en potencia”.

Es una manera de comer mierda increíble, total no podemos hacer nada por nuestra cuenta, como dijo el tipo que casi no habló y que estaba en la tribuna. “Su función es informar com-pañeros de cualquier anormalidad y esperar, siempre esperar a que se tomen las decisiones. Nunca se debe tomar la iniciativa, pues puede que caigan en una trampa del enemigo que asecha con cámaras y reporteros, cualquier acción de los grupúsculos internos”.

No entiendo para qué tanta gastadera de dinero. Si al final no queremos que el Papa venga, para qué lo invitaron entonces, es solo para machacarnos a nosotros, para ponérsela más difícil.

Adelita dice que eso allá en la provincia está que arde, y le creo, si a nosotros que somos una Cafetería de mala muerte, nos tienen de patas para arriba, imagino cómo deben ser las cosas a ese nivel. Pero ella sí que no coge lucha. Me comentó que está pasando unas noches de maravillas, que se había empatado con un mango ahí, y que la madrugada entera se la pasan en eso. Esta vecina mía es de armas tomar, tiene juventud y eso es lo importante, que disfrute mientras que pueda, para que después no le queden cargos de conciencia. Mejor me pon-go a preparar algo de almuerzo, que ahorita me entra hambre.

Ayer no traje nada del trabajo, así que tengo que batirme con la cocina como cualquier cubana.

Sus ojos vuelven abajo, al quemador que con la llama azulada, le recuerda que debe alejar los dedos, pues puede quemarse.

Escucha cerrarse la puerta, y pasos que se acercan. Trata de mirar para el lado opuesto, no puede, algo la traiciona. Al fin se da la vuelta y pregunta:

— ¿Dónde estabas? 34}

—Salí a comer algo, el refrigerador esta pelaó

— ¿Y dónde fuiste, si es que se puede saber?

—Últimamente, estás un tanto suspicaz, fui a la paladar de la esquina.

Ayer me saqué dos mil setecientos pesos...

— ¿En la bolita?

—Pues claro... en qué otra cosa...

—Eso es una buena noticia... ¿Me vas a invitar a algún sitio?

—Debía mil quinientos...

—Eso se supone, pero te queda dinero todavía ¿no?

—Mañana veremos, hoy tengo un negocito ahí...

— ¿Te vas de nuevo...? ya me extrañaba a mí que hubieras regresado tan rápido.

—Tengo un negocio...

— ¿Con una muchacha?

— ¿De qué hablas chica...?

—Cuidado y no sean menores de edad...

— ¿De dónde sacas eso? No jodas...

—Dedícame más tiempo, o puedes perder la gallina de los huevos de oro.

— ¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

—Nadie..., son corazonadas de mujer...

—Mejor me voy, antes que me jodas el día.

—Es lo mejor que haces, recuerda que esta casa es mía, y si quiero... Salió dándole un tirón a la puerta, que debió haberse escuchado en la otra cuadra. Mariana, se paró en la ventana, y distinguió entre los transeúntes y el humo, cómo en la avenida se montaba en un carro. En un gesto que parecía más maquinal que otra cosa, se buscó los ojos con los dedos de la mano izquierda, y ahí se quedó sembrada como una estatua. 35} La oficina a estas horas permanecía desierta, y lo más interesante, Junior, sabía por qué. Ante todo no se amilanó, terminó de garabatear el papel que sostenía en frente con unos trazos que a medida que se alargaban se hacían más difusos, inclinó la cabeza sobre el despacho, cerró los ojos y dejó caer el lápiz de entre los dedos.

La digestión como mejor se ha hecho siempre, es con una buena siesta. Después estaría nuevo, listo para el combate. Ahora, que representaba la máxima autoridad ante los demás, debía asumir-se como tal, nunca se había creído tal cosa, y no dejaba de comportarse igual que cuando era el subordinado de José. Esto en varias ocasiones le había creado fricciones, desavenencias y hasta intrigas, de algún que otro con peo de jefe, que no era su caso por supuesto. Pero estaba preparado, inmunizado para cuestiones tan normales en el medio en que se desempeñaba, que apenas percibía cuando ocurrían. Era capaz de asumirlas como se asume el respirar, o hacer la digestión después de almorzar; como en este momento, y para esto constaba con el piloto automático, como acostumbraba a llamar al alter ego que lo protegía. Su jefe José, todavía no había aparecido, pero así era mejor, era el dueño de la situación, el máximo responsable.

Entre otras cosas le gustaba que lo adularan y lo tuvieran en cuenta, sobre todo en presencia de Adelaida, que había aparecido aquella mañana con una falda elástica ceñida al cuerpo, que lo mantenían al borde del infarto. Con los años que apaleaba y nunca había supuesto que hubiese una mujer con esos poderes sobre su persona. Parecía aquello sacado de un libro, algo sobre natural y para películas, no para un lugar tan común como este en que se encontraba. Aquella piel tan sedosa y en extremo caliente al tacto, y que un primer instante fue quien lo hizo caer en la trampa, apenas ahora era nada, comparado con lo demás que habían experimentado juntos. Era una delicia ir la descubriendo de a poco, ver como se erizaba, cómo los bellos se le ponían de puntas y encontrar en aquellos ojos pardos, el deseo 36} multiplicado. Levantó el brazo, se pasó la mano por la frente, le sudaba, y el aire acondicionado estaba al máximo. Los cuadros que suspendidos en las paredes hasta esos momentos habían permanecido estáticos, comenzaron a moverse, no porque cambiaban de lugar, sino que sus formas se iban transformando de retratos, en paisajes, retratos de nuevo. Pudiera ser el viento que los hacía vibrar, o las mismas sombras que proyectaban al cambiar de posición, además la intensidad de la luz aumentaba por breves espacios

de tiempo, en que le parecía escuchar murmullos, bostezos, frases a medio terminar, o a medio comenzar.

Levantó un tanto la cabeza del lado derecho, y la humedad que salió por la comisura de los labios, hasta ahora entumecidos, le hizo volver de momento al mundo de los vivos. El brazo sobre el que la tenía apoyada se le había entumecido; al parecer por el mismo peso que debía soportar en tales trances. Volvió a secarse el sudor que se le acumulaba en la frente, esta vez sin que apenas fuese consciente de ello. Las manos le pesaban, los dedos siquiera le respondían; era la pereza en persona quien se le presentaba delante. De nuevo las paredes comenzaron a girar en una danza, que en sus fueros más internos conocía demasiado, y no por esto la impresión extraña de sentirse en otro cuerpo.

La otredad, siempre lo había impresionado al máximo, aunque hasta ese preciso momento no fuese consciente del todo del significado de esa nueva visión, pero su cerebro se encogía sobre sí mismo y se negaba a pensar. De pronto, un aire frío entró por las ventanas, inundando el ambiente con un olor a mar, a salitre putrefacto que le recordó otros ámbitos menos apacibles; hizo intención de abrir los ojos, pero los parpados se lo impidieron el tiempo necesario para irse acostumbrando al corrosivo olor. Ese, que quizás fuese constante en fondos oceánicos; allí donde su-ponía y fueran a depositarse las inmundicias, y los metabolitos terminales que son capaces de generar los seres humanos, en su continuo peregrinar por la vida. 37} Descubrió de momento que estaba desnudo, igual que ella, igual a los demás, que en un alarde de histeria colectiva, gritaban, reían, tocándose las partes más íntimas, y moviéndose sin cesar.

Por doquier había otras personas, todas de pelo corto, y que aunque no hacían lo mismo, sí estaban en semejante situación, en primera instancia ellos no le interesaban para nada, aunque no dejaban de estar allí. Solo los jefes le tiraban de vez en cuando algunas miradas, solo eso; es como si no quisieran verlos tampoco, como si el humo no los dejara observar. No tuvo tiempo para más, de pronto Adelaida, se le escapa, le hace un guiño con la boca y se pega al jefe con total desfachatez; no al jefe suyo, sino al jefe del jefe. Este la toma por la cintura, tira el tabaco bien lejos y comienza a pasarle sus genitales por los de ella, que para estar a coro con los demás gritaba como una condenada. Se revuelve encima de él, y le dice algo que no se entiende; no puede pensar nada coherente en aquel remolino. De momento también se da cuenta que ahora su cara no aparentaba placer, pareciese lo contrario, y por más que lo intenta no puede separarlos, su cuerpo, sus manos resbalan entre sus dedos, cual si fueran puro sudor, pura secreción.

La desea, el instinto le asegura que la desea ahora más que nunca y la busca, sin poder satisfacerse. De pronto, aparece un grupo al final de la calle con carteles en las manos, y restregándose de frente, de costado, parecen tener picazón. Están sudados, muy sudados también, y se revuelven en círculos los unos contra los otros. Los de la oficina se le unen, comienzan a hacer lo mismo, Junior, no sabe qué hacer, por momentos se encuentra fuera y en otros dentro de la vorágine. Quisiera

tomar a Adelai-da, por la mano y escapar, antes que venga la policía, pero ésta sigue resbalándole entre los dedos, apareciendo y desapareciendo a intervalos. Busca al jefe en el molote, no lo encuentra, sin embargo el rostro, su rostro parece estar en todos los lugares, y en todos los que le cruzan por el lado.

38} Los demás agitan carteles, carteles inmensos, gritan, gritan hasta desgañitarse, aquellas palabras que desde siempre, habían estado escondidas en las gargantas de todos, pero que hasta ese instante, nadie se había atrevido a sacar de las cavernas del cromañón, que en mayor o menor medida llevamos dentro. Sal-tan, levantándose del suelo y vuelven a caer, cual si no pesasen, igual a si estuvieran muertos y fueran sus espectros los que continuaran el jolgorio.

Los policías que llegaron por detrás se han unido al bullicio, y se van adueñando de las hembras, quitándoselas a los otros. No ve a Adelaida por ningún lugar, quizás y se encuentre entre los uniformados. Pero como va a saberlo si todos están desnudos, ¿será que ellos son los que no llevan carteles, los que no ríen? No puede saberlo, el olor a sexo, a semen, se confunde con el de las botas de los policías. Al final, en uno de los recovecos más apartados, y donde el bullicio apenas llega, encuentra a Adelai-da, que se bate a la vez con tres de ellos. Tiene los cabellos revueltos y cambiándoles de color a cada momento, y en cada una de las contorsiones que la retuercen, y que ahora parecen interminables. No es posible; parece feliz, le brillan las pupilas igual a cuando lo hacemos, será puta, la muy puta. Se retuerce igual y grita como una condenada, empapando a los tipos con el calor de su piel, su sudor, su saliva. Junior sin pensarlo dos veces, la toma por el brazo y la arrastra, pero sin conseguir moverla un centímetro. Ella se resiste, se retuerce; es mía cabrón, gritó al imbécil que la sujetaba, al punto de parecer un mismo cuerpo los dos.

Está en el fondo del océano, y no sabe de dónde va a sacar el próximo oxígeno para respirar. Retrocede, y vuelve de nuevo a la carga, halándola con ambos brazos. No parece querer desprenderse, parece adherida a esos cabrones, que por sus gestos pudiera estarle faltando el oxígeno también. Encuentra un bastón en el piso, uno de esos que lleva la policía para dar golpes, y lo sacude, lo mueve en todas direcciones. 39} Junior se revuelve con la cabeza aún pegada a la mesa, tira manotazos y de pronto abre los ojos. Está pálido, con los ojos que se le quieren salir de las orbitas, y sudado a más no poder. En frente Adelaida, que con las dos manos se le abalanza y trata de detenerlo. Roberto había acabado de llegar y se había metido en la oficina, sin decirle una palabra a nadie. Las manos de ambos se van conteniendo, ella acercando la boca a su oído le dice:

— ¿Qué te pasa hombre?

—Nada...nada, ¿Qué hora es?

—La una y veintisiete, espabílate, pareces un zombi...

—Cojones... ¿Y José no ha estado por aquí?

—No lo he visto....estaba pasando un informe allá al lado. La secretaria de él te tiene una pila de partes esperando por ti...

—Tráemelos, hazme el favor... ¿estoy muy sudado?

—Cualquiera diría que estabas haciendo cosas...

—Ojalá, si supieras lo que acabo de... Me tienes loco con esa saya desde por la mañana...

—Sencillo, vamos pá donde tú sabes...

—Ojalá y pudiera. Alcánzame esos papeles, quizás y halla algo importante...de esta sí que me votan...

—Ay papi espérate, me gusta verte así revolcaó, pero sácame la mano...y échate para allá, o quieres que se joda esto aquí mis-mo...

—Te haces la caliente, o lo estás en realidad...

—Ni lo uno ni lo otro. Estoy aquí en tú oficina, con la puerta abierta... y Roberto puede volver a entrar en cualquier momen-to.

—Es cierto, no Jodas y hazme caso, después te voy a recom-pensar. Sepárate, que si viene alguien...

—Si viene alguien qué...se te quito la calentura así tan rápido.

—Que no nos conviene...

—Al carajo la gente, te he dicho que debes dejar de pensar co-mo subordinado, si es que quieres llegar a algo en esta vida aprende de José. Un poco de desprecio, siempre nos da clase, hazme caso. 40}

—Cambiemos el tema...

—Cambiémoslo, ¿A dónde me vas a llevar?

—Dónde tú quieras... pero deja de mirarme así, y bájate el vestido lo tienes encaramado hasta el ombligo.

—Qué exagerado eres, ¿si en todo fueras así?

—No jodas más y vete a buscarme los dichosos papeles.

— ¿Primero define a dónde me vas a llevar?

—Donde quieras...

—Después no te arrepientas... No hables por hablar...que te puede pesar.

—Sabes que ahí es una vez al año mamita. ¿De dónde...?

— ¿Y cómo sabes dónde estaba pensando? Vas a tener que coger el puesto de José. Los buenos dirigentes son los que presienten el futuro y actúan en concordancia. ¿Lo sabías?

— ¿Qué quieres decir...? Todavía estoy medio dormido.

—Contigo hasta encima de esta mesa. Pero suéltame, estas tos-quedades no me gustan. La última vez me rompiste el blúmer. Debías comprarme unos nuevos, pero siempre que te conviene te haces el chivo con tonteras...

—Te voy a comprar una docena ¿Acaso te quedan dudas?

—Pues claro que sí, contigo nunca se sabe.

—Sé lo que digo... pero cambiando el tema, ¿Qué sabes tú de José?

—Nada que no conozcas. Debe estar donde los jefes gordos. Eso a él le encanta...

—Si me hubiese cogido dormido...

—Para eso estoy aquí amor... además no sucede nada tampoco. Todos lo hacen, así qué cuál es el cuento.

—Eres una zorra...

— ¿Y tú qué animal quieres ser..., un león?

—Lo digo en serio...y no toques el tema...

—NO, NO, no; celos sí que no...

—Tienes razón, ¿Sabes?, todavía creo en los sueños...

—Ah, esas son facultades que todos no tienen... Eres un ángel mi chino...

— ¿Quieres que te lo cuente? 41}

— ¿Y si no se te da?

—Mejor... no fue un sueño, fue una pesadilla...

—Ah no, entonces déjala ahí mismo, para pesadillas estamos nosotros. ¿Te parece poco, la que estamos viviendo?

—De los tipos de las Iglesias, ¿algo nuevo?

—Parece que no... ¿Tú crees que sea algo organizado?

—Espontaneó tampoco parece...aunque ha sido en tantos lugares a la vez, que...

—Eres muy suspicaz, pero en estos casos de nada te vale.

—Hay que leer entre páginas, al final la verdad completa no es para nosotros, ¿o es que no te has dado cuenta?

—No estoy para eso aquí, además el pensar demasiado me estresa.

—Tienes más información que yo, eres la secretaria del jefe, ¿y a él qué se le escapa?

—Lo que él quiere, ¿O no lo conoces?

—Al final, eso ni es asunto tuyo, ni mío tampoco. Aunque suframos por ello...

—Allá tú, ¿Y los demás de aquí, se esfumaron?

—Ahorita vienen, acábame de traer los dichosos partes...Tengo que secarme el sudor, estoy pegajoso.

— ¿Vas al baño?

—Me vas a acompañar...

—Bueno... si me invitas...

—Échate para acá... por tu culpa me van a votar del trabajo.

—Así o más... Para esto si no te importan los jefes ¿verdad? Y suave que me haces daño. 42}

Las tardes de los sábados resultaban excitantes, de eso tenían plena conciencia los muchachos, si bien ésta prometía nuevos derroteros. Era única al decir de Miguelito, que sentado en el piso con las piernas cruzadas, trataba de explicarles a los demás en qué consistía la particularidad. Se había enterado por una amiga, que en diversos lugares de la ciudad, se reunían unos grupos de jóvenes católicos. Los cuales se mantenían unidos en oración por varios días, y pidiendo la bienaventuranza para el pueblo de Cuba, que recién recibiría a su Santidad Benedictus XVI. Qué mejor oportunidad podían aguardar, para conocer de cerca los preparativos. Les atraía el tema, y lo que pudiera pasar en esos tres días. Además ésta noche, para que la cosa resultara mejor, irían a espacios públicos. La muchacha en cuestión le había dicho que ella estaría en el parque, El Quijote, y todo el que quisiera sumarse podía hacerlo. Lo que sí recalcó que debían ir bien vestidos, y no formar ningún tipo de escándalo. Era una actividad netamente religiosa, y como tal debía respetarse. Los demás miraban al Migue, como si no creyesen todavía lo que estaban oyendo.

Las experiencias en la calle G, venían a sus percepciones como si las imágenes fueran puestas por un todopoderoso. Por eso quizás la muchacha hizo alusión a la forma de vestir y a la manera de comportarse. Entre los jóvenes que iban a ese lugar había una gama inmensa de intereses como es de suponer. Y en las maneras de comportarse también existía un abanico inmenso de tonalidades. En ocasiones se tocaban los extremos, pero no importaba; lo único que ellos reclamaban era un lugar donde pudieran sentirse bien.

Quien haya andado las calles de La Habana, un sábado por la noche, podía dar fe de ello. La mayoría de las Discotecas, los Cabarets, todo es en divisa. Moneda dura, para extranjeros, los nacionales que las portan y de manera legal, se pueden contar en cada barrio con los dedos de las manos. Después reprenden a los que se prostituyen, y sin pecar de abogado defensor, ya que soy 43} el primero que los critica, creo que en cierta medida los empujan hacia ese destino. Quien no tenga claras sus concepciones, cae en el engaño, y quienes no las tengan muy seguras; del mismo modo se meten en ella, que como trampa al fin, se va por lana y se acaba trasquilado. En este caso, pensando que entraron al primer mundo. Se acuerdan de Yusimi como alardeaba con los cuatro euros que se ganaba. Nosotros no, nosotros tenemos...

— ¿Tenemos qué, mi hijito?, allá afuera se nos cataloga igual...

—Espérate, espérate, tampoco así...

—Oye las de aquí son las más baratas del mundo...

—Por eso estamos como estamos, que es eso... Mi autoestima nadie puede bajarla mano...

—Oye te fuiste de revoluciones, ese no es el asunto. ¿Vamos al Quijote, o no vamos?

—Se imaginan, cómo mismo te enteraste tú. Ellos también deben saberlo.

—Por supuesto, hombre...

—Soy Militante y no me dijeron nada...

—No seas bobo, en estas cosas no confían en todo el mundo.

— ¿Entonces?

—Qué allí van a estar los segurosos... tú eres tonto, o te haces...

—Igual que en la Calle G.

—Peor, no seas comemierda, con la cantidad de periodistas que hay en La Habana ahora... ya tú sabes compay...

—Eso es una bomba, de eso que no le quede la menor duda a nadie.

—Lo que yo creo es que sería un disparate ir... Nos pueden co-ger de ejemplo, de carnada, de chivo expiatorio, y ya tú sabes...

— ¿Hay miedo compadre?

—Ah, no te hagas el macho, tú sabes cómo son las...

—Como es nada, que si no nos damos nuestro lugar. Nadie va a venir a dárnoslo.

—Hay que filósofo el niño..., eres un genio... 44}

—Caballero, no sigan hablando cáscaras... vamos y miramos, ¿Qué perdemos?

—Podríamos perder nuestras Carreras Universitarias, ¿Tú no crees?

—No es para tanto cariño, si hay bóla extraña, nos vamos... ha-cemos mutis...

—El caso es que nos dejen ir... sin problemas, por supuesto, pueden estarlo filmando... ¿no han pensado en eso?

—Es lo más probable...

—Señores creo que de esta manera, nunca vamos a salir... Quién no se arriesga ni gana ni pierde...

—Eso es verdad, ella tiene razón. De aquí a veinte años que le vamos a decir a los hijos...

—Le podrían decir que estas preso por contrarrevolucionario... sencillo...

—Vamo, no se rían..., no le encuentro el chiste.

—Caballero si vamos, es para ver. Para que después nadie nos lo cuente.

—Yo soy de la opinión que esto es más serio de lo que ustedes piensan.

—Por supuesto que es serio, ¿Quién lo duda? Esa no es la cues-tión...

—El hecho es que somos unos ratones...

—El hecho es que somos diez, quince cuando más..., y en una plaza caben muuuchaaaas más personas...

—Estamos hastiados...

—Que fina, estamos obsogbo muchacha, así es más cubano.

—Caballero no lo tiren a jarana...

—A jarana nada, somos un grupito de mierda

—Oye espérate... ¿tú bien sabes lo que se comenta, en la Uni-versidad...?

—Eso es a nivel de pasillo. En las reuniones, todo el mundo se mete la lengua en...

—Qué lindo, eh, ¿tú te inmolarías?

—Todo eso es a nivel de pasillo señores. Cuando la cosa se po-ne pelua, cada cual recoge sus cheles y a otra cosa mariposa. 45} Ustedes muy bien que lo saben, así que dejémonos de hacernos los extranjeros.

—Oigan aquí todo el mundo lo sabe, pero es verdad lo que dijo Lázaro, con la cantidad de periodistas que hay ahora...

—Mi hermano van a poner una cantidad que triplique, que tri-please no, treinta veces mayor de segurosos... ¿No entiendes to-davía?

—Mi tía por ejemplo..., está cuidando un pedazo del Muro del Malecón hace varias noches.

—Tú ves lo que te digo, ¿Y ella, es comunista?

—Es del Partido Comunista, ¿tú sabes?, pero de eso a lo otro...

—Entonces que se joda compadre...

—Tampoco así, ella tiene derecho a vivir.

—Y así es todo el mundo... cada cual resuelve su problema...

—Por eso estamos como estamos...

—Por eso estamos como estamos es verdad, ¿pero quién le pone el cascabel al gato, TÚ?

—Ni tú ni yo, nadie se arriesga, además para qué...pá que venga un aprovechado y se haga cargo de la situación.

—Es que estamos bien jodidos mano, esa es la realidad. Mi papá es un pobrete, mi mamá también...

—Todos, mi hermano. En este país no hay millonarios...

— ¿Millonarios no?, pero vive bien si...

—Entonces aspira a un cargo de vive bien..., eso es más aconsejable.

—Siempre terminamos en la burlita. ¿Vamos o no vamos?

—Ser o no ser, lo dijo Shakespeare, caballero, no lo digo yo...

—Mira mulato, soy de la opinión de ir y ver cómo está aquello, si se pone fula, nos vamos.

—Yo creo igual, vamos y vemos. Y para que después no digan que aquí no hay democracia... ¿Lo sometemos a votación?

—Esta chiquita va a llegar lejos...

—Quizás se vaya para Europa, ¿Quién sabe?

—Pinta tiene...

—Que graciosos están los dos...envidiosos. 46}

—Oye chamaca, allá los negros se cotizan a precio de bolsa... tenemos fama...

—De delincuentes..., si acaso...

—Eh mírenla, si es racista la chama... ¿Después de comerse el dulce se indigestó?

—Ay déjense de comer mierda ya. Por eso estamos como estamos, porque nada se lo cogen en serio.

— ¿Y cómo estamos monada, no es verdad que riquísimos?

— ¿Riquísimos...? Apestados es lo que están...y sin un kilo...

—Ahora si se te salió lo de burguesa. Tienes doble cara, y eso si hay que analizarlo en un colectivo de revolucionarios como este.

—A ver, a ver, déjense ya de comer mierda. A las nueve nos ve-mos, ni más ni menos... después no digan que no pasaban las guaguas.

—A esa hora nos vemos en el Quijote. ¿De acuerdo?

—DE ACUERDO.

—Falta una cosa importante... Lleven agua...

—¡Y cepillo y pasta...por si acaso...! ¡Qué no se les olvide! 47} Mariana terminó de almorzar y se recostó a la silla, como si se le hubiese adherido la espalda a la misma. Estaba cansada, más que eso agotada, y al parecer no solo era físico el problema. Era como una torre que se elevaba hacia el infinito y amenazaba después con desprenderse. Llevaba tanto tiempo haciendo lo mismo; acatando orientaciones absurdas, sintiéndose algo me-nos que nada en aquella tolvana. Y lo peor conservaba la im-presión de que a medida que pasaba el tiempo, las circunstancias se tornaban más impersonales, mucho más frías. Hace unos años al menos, las cuestiones se hacían con mayor entusiasmo. Y lo cierto es que a estas alturas no podía identificar si la cuestión radicaba en que por aquel entonces eran menos años los que la aquejaban, o es posible que estuviese menos cansada. Tal vez y la cuestión radicara, en la forma en que se las exponían, y le resultasen más atractivas. Cualquiera de las tres posibilidades pudiera haber sido.

A veces, cuando se observan las cosas desde la lejanía del pa-sado, nos llegan contaminadas con la verdad de aquellos tiem-pos, y que al no ser la misma del presente, tendemos a desvir-tuar muchos de los hechos de aquel entonces. En aquel momen-to pudo haber sido una cosa, en estos puede que otra, y quizás mañana resulte una tercera, bien distinta por cierto. Una mujer siempre va a sentir la necesidad de que la guíen, la

enrumben, sin que se sienta aguijoneada por supuesto. Sin dudas, hay per-sonas que como líderes arrastran a los demás tras sí, sin que estos apenas se den cuenta que están siendo empujados. Pudiera ser algo parecido al flautista de Hamelín, pero sin tanto hincapié en la parte fantástica del asunto. Es un don natural, y no todos lo tenemos, y a mi manera de ver no es nada que se pueda apren-der.

En estos últimos diez años, ha habido muchos cambios y quizás ella no estuviese preparada para asumirlos. Tampoco se encon-traba con ánimos de seguir ningún disparate más, por muy bien explicado que esté fuese, ¿Qué era aquello de ponerla a cuidar 48} un pedazo del muro del malecón?, como si en su interior hubie-se una fortuna. Solo por el mero hecho que un señor muy importante fuese a visitar la ciudad. Le fue explicado también de la probabilidad de que algunos, y siempre estaban aquellos algu-nos, aunque nunca en su caso se hubiese enfrentado a ellos. Pues bien, la posibilidad de que esos algunos salieran a las ca-lles a protestar, se daba por hecha. Por qué entonces tanta histe-ria, si la situación no tenía vuelta atrás, asumámosla pues, sin tanto espaviento, que lo único que podrían hacer era reafirmarle al enemigo su cuota de poder en tal caso. Además, para que tanta preocupación, sí se tenían los destacamentos de acción rápida preparados, en todos los centros de trabajo, listos para ac-tuar, ¿qué miedo era ese que ella no se podía explicar?, y que la hacía sentirse tan poca cosa entre aquella turbulencia que por momentos la arrastraba en contra de su voluntad.

Por muchas cámaras y periodistas que pudieran haber en el país.

Ellos, los suyos, siempre serían los tipos duros, los que tenían el poder. Además esta era una cuestión harto conocida, que se ha-bía repetido hasta el cansancio, en la televisión, la radio, y hasta en la escuela. Su hijo lo repetía como un papagayo cuando era un chiquillo. En realidad no recuerda en estos momentos, si fue un lema que tenían que decir en los matutinos los muchachos, o algo así. Se había dicho en muchas ocasiones, e imagino se siga repitiendo hasta el cansancio, aunque en estos momentos forme parte de nuestros genes, porque de seguro es más que un reflejo incondicionado. El lema es simple, y muy fácil de aprender. Hasta una canción y todo se le hizo en aquel momento, recuerdo que el estribillo decía. No, no, no se rinde nadie, en esta tierra, no se rinde nadie, en esta Isla tropical y tan caliente, sí no iba a suceder como en los antiguos y fríos países Socialistas, o en la propia Unión Soviética. En la que Gorbachov, haciéndose el santo con el lunarcito en la calva, entregó el poder sin combatir. Así sin más y aunque cueste trabajo creerlo, se lo regaló a los capita-listas; sin embargo dicen que el tipo que está al mando en estos 49} momentos es más nacionalista que el carajo y que tiene a Rusia a punto de convertirse en una potencia de nuevo.

En aquel entonces se dijo que el del lunar era de la CIA y cosas semejantes. Por cierto de un tiempo a esta parte, nunca más he oído hablar de él; se habrá muerto el muy hijo de putas. Aquí en este país, la cuestión tendría que ser distinta. Bien distinta, se dijo en aquel entonces, y a nadie le quedaron dudas. Fue con el mismo discurso viril de tantas veces, y ante una muchedumbre enardecida que todavía me pone los

pelos de punta. Aquí había que arrancarnos el socialismo a la fuerza, y para eso, esos men-tecatos sí que no tendrían cojones.

En cierta ocasión, y cuando lo de las damas de blanco, que fue unos meses atrás, Mariana, le preguntó al compañero de la provincia y este le contestó de una manera un tanto extraña.

Primero se hizo el que no entendió, mirando para otro lado y hablando con quien tenía al lado en ese momento. Después por la insistencia, objetó que debíamos estar muy, pero que muy preparados porque esas eran acciones planeadas por el enemigo, y las orientaciones eran estar listos en cualquier momento.

En su trabajo, Mariana formaba parte del pelotón de respuesta rápida, aunque nunca de una manera explícita entendió, qué debía hacer, ni contra quien enfrentarse, en el supuesto caso que hubiese que hacerlo. Las veces que lo formó se guio por los demás, e hizo el papel lo mejor que pudo. Si la cuestión era combatir y hacerse la ofendida frente a ellas por algo en especí-fico, así lo hacía, sin preguntar; incluso sin que entendiese ella misma lo que hacía en esos momentos. La cuestión era no desentonar, no ser la pieza perdida. En esos casos, se limitaba a decirles apátridas, vendidas y a mostrarse enojada, sobre todo si el espectáculo era ante las cámaras de la televisión nacional.

Pero ésta posibilidad como tal, nunca se le dio; ojalá y hubiese podido estar entre las protagonistas del momento. Así de cierta forma el desgraciado de Saúl la hubiese considerado un tanto 50} más, y de seguro no se mostraría con esa sonrisita burlona, que ponía cada vez que ella se refería al tema. Todo hubiese sido muy patriótico y muy excitante de esta manera.

El caso es que no siempre podemos robarnos el protagonismo.

Además, para hacer un papelazo, siempre va a haber lugar, hay quienes no saben qué hacer con él. Este mundo es muy diverso, y por todo el tiempo no podemos imponer nuestra voluntad.

Todo es hasta un día, por supuesto. El término Infinito es un vocablo, sin connotación, cuando se alude a este aspecto de la vida.

En el supuesto caso que ella se hubiese sentido distinta.

Única, para decirlo mejor, al verse ante las cámaras de la Televisión Nacional, lo más natural del mundo es que se comportase distinta y se considerase una mujer nueva. En la calle la señalarían con el índice, fuera distinto sin lugar a dudas, y en todo caso para mejor. Todos en un momento determinado necesitamos de esas cosas, y mucho más cuando hemos sido educados en este sentido. Pues bien tomando en cuenta que se diera en la realidad el supuesto hecho que a Mariana ilusionaba. Al otro día en el trabajo, a los demás no les hubiese quedado más remedio que comentar su aparición por los medios, y por si fuera poco, apoyando a la revolución. En eso residiría la apoteosis, el clí-max de la felicidad. Y de por sí esta actitud tan destacada, le traería más méritos que una misión en el exterior.

También, y sin que ella pensara en ello, constituía el mejor salvoconducto para llevarse lo que fuera del almacén, sin que nadie llegase a pensar que eso fuese robar, nada de eso. ¿Quién iba a sospechar de una compañera

que se expresase de esa ma-nera ante todo el país, fuera capaz de robar? Estas situaciones son muy bonitas y dignas de la medalla del trabajo socialista.

Por cierto, no sé si la susodicha existirá todavía. La fábrica pueden haberla transformado para producir yogurt de soya, o bicicletas. Sin dejar aun de conjeturar, se observó con el rabillo del ojo, y el espejo no exageraba. La hastiaban las arrugas de los ojos, las canas queriéndole salir por debajo del pelo, y el can-51} sancio; sobre todo el cansancio de las piernas. En ese momento se encontraba extenuada y con el ego por el piso, mucho más lejos del piso, por el manto freático; se atrevía a confesarse aquí en privado, donde nadie podría censurarla.

El solo hecho de pensar, que tenía que pasar otra mala noche junto al Muro del Malecón, le ponían los pelos de punta. Sin pensarlo dos veces descolgó el teléfono y llamó a Reinaldo, el tipo que la dirigía por el Partido Comunista. No le fue fácil, pero lo hizo. Total, si en los años que llevaba como militante muy pocas veces había incumplido una tarea, ahora tocaba el mo-mento en que ellos la comprendieran; debían hacerlo, se lo merecía en el mejor de los casos. De verdad se juzgaba exhausta, si bien no fue eso lo que le dijo. Fue solo una mentirilla, solo eso.

Pero el tipo le puso mil dificultades, entuertos y más difíciles de resolver que el crucigrama de la última página de Bohemia.

A la sazón, volviéndose a observar ante el espejo; esta vez sin consultarlo con nadie más, decidió tomárselas por su cuenta, darse una oportunidad en la vida, sin que esta fuese aprobada ni consultada con nadie. Pensó que tenía derecho a una cosa seme-jante, y a mucho más por supuesto. Que era eso de que tuviese que buscar quien la sustituyera en la guardia, además de que fuera de confianza, y por supuesto del Partido Comunista. Eran pasadas las nueve de la noche. A esa hora a quien iba a acudir, tal y como estaban las cosas en su trabajo. Si se atrevía a llamar a José a su casa, molestarlo a esas horas. El calvo se incomo-daría y de seguro le prepararía otra encerrona, para sacarla del puesto de trabajo. El muy hijo de putas está empecinado en darle la mala, y solo porque el vago del sobrino quiere su lugar.

Debía dejarlo para que se estrellasen los dos, y aprendan que en la vida las cosas no son tan fáciles; como ellos se las imaginan.

El muchachito es un infeliz y lo único que busca, es lo que pue-da llevarse del trabajo, y sin sudar mucho, por supuesto. Se ima-ginará el muy imbécil, que se puede vivir con un litro de aceite, 52} y unas piltrafas de carne, que es lo que le puede escamotear al calvo. Además, él no sabe cómo yo, para que el asunto le salga bien y nadie lo eche a ver. En ocasiones me he llevado cincuenta libras de arroz, y solo echándole un poco de agua cuando ya está cocinado. Son mañas que él va a pasar mucho tiempo para conocer. Cuando tenga que levantarse unas cuantas veces segui-das, a las dos de la madrugada, se la deja en la mano al tío, de eso estoy segura. Al mismo tiempo nunca va a saber cocinar como yo, que llevo más de veinte años haciendo lo mismo. Por mucha escuela que haya pasado el rufián, nunca iba a ser lo mismo. Además no me da la

gana de ofrecérsela en bandeja de plata, si la quiere que la luce, pero en otro lugar y no en el mío.

Ya puse a Saúl sobre aviso, y conozco que en otras cuestiones es posible que no me tire el cabo, pero en esto, el muy degenerado va a poner sus influencias, por supuesto, si come de ello. Verra-co fuese si no lo hiciera por seguir en sus andanzas. Me voy a dar el gusto de ver cómo se van los dos con el rabo entre las piernas. Ese calvo no conoce con quien se ha metido, y cuando vaya a arrepentirse le va a ser demasiado tarde. No voy a llamar a nadie, ni voy a ir tampoco a hacer ninguna guardia. En todos los años que llevo en esto, es la primera vez que pongo una difi-cultad. Además, me siento mal de verdad. Y no tengo fuerzas para pasar otra madrugada a la intemperie, solo porque a un sanaco ahí se le haya ocurrido la idea de cuidar el Muro del Ma-lecón. 53} El aire de la mañana, entraba a través de la ventanilla del carro y le daba en la cara a Junior, espantando los últimos rezagos de la madrugada. Las avenidas a estas horas poco transitadas, recor-daban que era domingo; el día de descanso y en el que por las circunstancias debía trabajar como cualquier otro. No se queja-ba, esto le traería algunos dividendos, y aunque no fuera como a su jefe, o al jefe de su jefe, que sí se iban en las vacaciones a Varadero con todos los gastos pagados. Tendría un aumento en la cuota de gasolina, y alguna que otra mejora que debería de ganarse, por supuesto, en el trascurso de los días que quedaban.

Esto corría por su cuenta, y dependía de su iniciativa personal, el tomar ventaja, o no de las circunstancias.

Mañana aterrizaría el Santo padre por Santiago de Cuba, y de seguro el escenario se tornaría un tanto más rígido. Eso del Santo padre lo fue asumiendo, por la manera de decir de la es-posa y sus amigas. En la oficina la mayoría de las personas le decían simplemente el Papa, o el jefe del Vaticano. Para Mila-gros y su grupo, ésta no era la manera más adecuada de referirse a él. Incluso, criticaban a más no poder las intromisiones que pudieran causar los manipuladores, que trataban de tomar ventaja de la situación, y asumir la visita como una oportunidad única para sus intereses políticos. Ellas no se detenían un mo-mento, ni se andaban con ambages a la hora de acusar a los aprovechados. A todos aquellos de uno u otro lado, y que por disímiles maneras, trataban de sacar ventaja política del asunto.

Anoche hablamos bastante sobre los tipos que intentaron que-darse en la Iglesia de Centro Habana. Esa calle de Salud y los alrededores, es una de las más convulsas de la capital, y de no haberse actuado con la premura que se hizo, las circunstancias pudieran habérsenos escurrido de las manos. Después llegaron a mis oídos, varios intentos en diferentes partes de la ciudad, y hasta fuera de ella, pero ya estos no de manera oficial. En esos momentos el foco principal había sido detenido, y esto al parecer desalentó a los supuestos manifestantes. A mi manera de 54} ver, también parece que debían haber sido más duros con ellos, para que constituyeran un ejemplo y persuadiera a los demás a seguir su rumbo. No como en el caso de los muchachos de la lanchita de Regla, pero sí un

tanto más duro; para que el ejem-plo fuera contundente, y se comentara por mucho tiempo.

Estoy seguro, que las leyes al respecto si se las aplica como tie-ne que ser, son severas con esos supuestos disidentes; una harta todos de vendidos y oportunistas, a la orden del mejor postor, por eso se deben tratar como apostatas, para seguir los mismos términos de la Iglesia en este caso. Al final se los dejó marchar a sus casas, tal y como si no hubiese pasado nada, hemos sido un tanto blandos, y ojalá que esto no nos traiga repercusiones mayores. Pudiera entre otras cuestiones traer un mal precedente para los días que se nos avecinan. Es cierto que las máximas autoridades de la Iglesia en el país habían intercedido, pero ellos a la larga no son los responsables de dominar la situación y pue-den limpiarse las manos como Poncio Pilato. Ese trabajo es nuestro, nos pertenece a nosotros, y lo que suceda de ahora en adelante es responsabilidad nuestra también.

José mi jefe, estaba hablando el otro día, que en la Misa de la Plaza de la Revolución, se iban a tomar una serie de medidas, y que parecían pocas dadas las circunstancias, que han venido apareciendo en estos últimos días. Lo único que resultaba inte-ligente fue eso de dividir el escenario, donde van a estar los supuestos feligreses en cuadrados perfectos. Y lo más importan-te, con no menos de un veinticinco por cierto de nuestras gentes en su interior. Esos hijos de putas, huelen a los segurosos a la legua, y es indudable que en tales circunstancias no se van a atrever a hacer nada. Por otro lado y tal como dijo Mili, la ma-yoría de los católicos lo único que quieren es paz para la visita de su Santidad. Estas dos cuestiones nos favorecen, y parece que deben aprovecharse al máximo, ya que cuando el papamóvil se encuentre circulando entre la multitud, por muy controlada que pudiéramos tenerla. 55} En caso de que surja algo, no habría forma de pararla, sobre to-do ante las cámaras, de los miles de periodistas que van a estar aquí para ese entonces. Todos estamos muy estresados, y se nos pudiera ir el control de las manos en un momento determinado.

Esa es una opción no descartable, pero de seguro que existen va-riantes para cada caso. Nunca he subestimado a quienes se en-cuentran al frente de la actividad, han demostrado ya muchas veces que saben hacerlo. Qué importa que los de allá berreen, que se jodan los muy cabrones, aquí mandamos nosotros; eso debe quedar claro para todos.

Otra cuestión que desde mi manera de ver, parece en extremo inteligente, es que los policías vayan vestidos en ropa de civil.

En estos momentos en que la moda los hace confundirse con el resto, de una manera casi perfecta. Algo diferente hubiera sido unos años atrás. Ahora el tener el pelo rapado es normal para jóvenes y adultos, haciendo más imperceptible la infiltración.

Hasta esto tenemos en ventaja, y si seguimos planificando las acciones y tomando las medidas oportunas; parece que en todos los aspectos vamos a tener las de ganar. Y es que a otra cosa no estamos acostumbrados en estos cincuenta y tres años de Revolución. Como dijo José, tenemos que adelantarnos a lo que piense el enemigo, y en concordancia actuar.

Después, encen-diendo un cigarro, y virando la boca, como acostumbra en estos casos. Habló del presidente socialista de Rumania, un tal Chauschesko, pero lo hizo tan enredado que apenas logré entender una palabra en lo que dijo. Cuando quiere se vuelve impenetrable.

Por algo lleva tanto tiempo en el cargo el muy cabrón, y mira que ha tenido enemigos en todo ese tiempo.

El puesto que ocupa es muy envidado, y hay que tener los pantalones bien puestos para enfrentársele, ya sea de una mane-ra solapada, como de frente. Cuestión esta que dada su forma de pensar, siempre es la misma cosa. La imaginación la tiene dete-nida en los tiempos de la KGB rusa, por eso actúa de esa manera y además tiene los resultados que quiere. Además quién sabe 56} con cuantos padrinos cuente desde un tanto más arriba en los escaños del poder. Esa es otra incógnita que paraliza a cuantos han querido hacerle sombra en todos estos años. Yo ni loco me atrevo a interferir en su camino, además lo mío es otra cosa.

Nunca tendré la sangre fría y las maneras de él. Para eso hay que nacer, como se tiene talento para ser artista, y esas otras gi-ripolleses.

Por otro lado, mirando la tranquilidad que se respira en los alrededores, quién pudiera imaginar todo este aparato que se ha montado. Todas las calles por las que he circulado, están igua-les, ni atisbo de grupos, incluso muy pocas personas caminando.

Es cierto que es temprano aún, pero así se va a mantener por el resto del día; de eso estoy seguro. Y en una situación como esta, ningún periodista de esos podrá, siquiera insinuar, que hay represión. Solo tienen que observar las calles. La tranquilidad es el denominador común, incluso en el centro de la ciudad.

Debo apurarme un tanto, o voy a llegar después que José, y esa si es mala. Aunque a él ayer no se le haya visto el pelo por la oficina; de seguro el muy hijo de putas, tendrá una coartada muy bien preparada. Aunque haya estado en uno de sus refugios y con uno de sus pimpollos como acostumbra a llamar. En ningún caso él debe aparecer como incumplidor, eso es solo para noso-tros los del montón. Nunca para los elegidos, a los que se le ha dado una cuota mayor de poder.

No puede olvidárseme además, contarle algunas cuestiones que Milagros me aclaró con respecto a la manera de ver la situación del momento, por la mayoría de los feligreses. He notado matices en la actitud del viejo que parecen inquietantes. Es como si los tomara como cómplices del enemigo, y en realidad están de nuestra parte. Tengo argumentos para convencerlo al respecto, si bien cuando él se empecina en algo, no hay Dios que lo saque de sus trece. El viejo José, es más terco que una 57} mula, cuando quiere por supuesto, pues lo de inteligente y hábil no se puede negar tampoco. 58} Los muchachos estaban cansados, más que eso, hastiados. Ha-bían dormido poco, aunque esto a esa edad, no se echaba a ver.

Lo característico era que no habían ido a ninguna Discoteca. Ni habían formado ninguno de los bonches que a veces organiza-ban para auto complacerse. Eso sí, estaban curiosos, ansiosos por conocer, y se habían ido a recorrer la ciudad de noche, para advertir de primera mano, lo que pudiera constituir las primeras manifestaciones de libertad de asociación y

expresión en varias décadas. No era que estuviesen contra del gobierno. Eso lo habían dejado claro unas horas antes. En el momento en que analizaron lo de la represión en las calles de Santiago de Chile. Estudiantes como ellos abogaban por una educación pública, sin restricciones de ningún tipo, y a la que todos tuvieran acceso, sin importar su credo religioso, ni sus apetencias políticas. Lo prohibido en todas las épocas, y en todos los lugares de este planeta, ha entusiasmado a las personas. Y cuando se levanta una restricción, por muy banal que esta pueda resultar, queda en la atmósfera un ansia de satisfacción difícil de describir. Solo perceptible desde cada uno de los espíritus, de los que antes se vieran reprimidos. Es como si se liberaran de momento, infinidad de catecolaminas, junto a otros neurotransmisores, responsables de eso que algunos tan mortales como nosotros mismos, llaman felicidad, u estado quórum. Ese momento donde todo se asume sin contradicciones y con esa energía que en ciertas ocasiones, hemos experimentado y de la que tanto hacemos referencia para satisfacer nuestro propio ego, cuando las condiciones lo permiten.

Algunos estudiosos del tema afirman que recordamos mejor aquello que nos ha dado placer en un momento determinado, y debe ser verdad. Si pudiéramos hacer una disección de nuestras vidas, nos daríamos cuenta, que episodios felices siempre van acompañados o contaminados, por otras impresiones que después, al cabo del tiempo desaparecen, para dejar como una pepita de oro libre de impurezas, nuestros mejores recuerdos. No importa que en esos momentos hayamos tenido una gripe 59} tremenda, o estuviésemos mal del estómago. Lo que realmente interesa queda inmaculado en nuestra psiquis, y esto al parecer era lo que estaba aconteciendo con los muchachos del grupo.

Primero habían estado en el parque del Quijote, junto a los hie-rros retorcidos que simulaban una bestia encabritada, con un señor muy flaco encima, y en una posición un tanto sui géneris. Él mismo, no obstante su levedad, parecía pegarla al suelo, comprimiéndola sobre el concreto en una pose que desafiaba la física, por la ligereza el cuerpo del que estaba encima. Cualquiera pudiera pensar que se trataba de una metáfora esculpida en bronce, o quizás, era solo para recordarle a la bestia, que existían esos seres terrenales, que por muy soñadores que pudieran haberse sentido en un momento determinado, su trascendencia era infinita, aunque en algunos lugares como este, no se les tomase muy en serio. Y que su fortaleza no radicaba en la figura, ni en la forma que pudieran tomar en un momento determinado, sino en la potencia de las ideas del eterno enamorado de Dulcinea del to-boso. Qué quién sabe, si siguiendo algunos instintos maquiavé-licos, algunos comentaban que estaba un tanto chiflado. No importa, loco y todo decía las cosas más cuerdas del mundo. Miren ustedes cuantas coincidencias, en un espacio tan reducido, y en épocas tan diferentes. Así ha sido y seguirá siendo, aunque pa-sen otros cuatrocientos años.

Ellos como niños educados, a medida que llegaban se iban de-teniendo, uno al lado del otro, muy cerca del que permanecía montado a caballo. Todos, como en los mejores tiempos de los procesos unánimes, en que se

estaba de acuerdo en cuanto se llevase a debate; observaban a aquellos que desafiaban el estado quórum. Esos que simplemente oraban por la venida de su San-tidad a estas tierras, sin que pudieran considerarse a sí mismos como trasgresores ni nada parecido. Era esta una situación sui géneris. Y dependía del ángulo en que se le observase, para que pareciese una u otra cuestión, ante la multitud que por momentos se concentraba. Para momentos después dar la impresión que se disolvía, en pulsaciones que parecían un experimento sacado de un laboratorio de física. Solo el ruido de la avenida cercana como único protagonista, al parecer importante, en la escena que ante sus ojos se desarrollaba. Y de la que al perecer tampoco ninguno de los muchachos parecía estar muy consciente que digamos.

Allí, sentados en el piso, estaban los jóvenes religiosos, orando con la mayor parsimonia del mundo. En un murmullo inaudible, quizás más cerca del señor que del señor flaco del caballo. Los muchachos, con Lazarito al frente, quedaron consternados, sumidos en el sopor de la duda, la desesperanza y la más absoluta inacción posible. Si había segurosos, estaban infiltrados entre el propio público. La sesión parecía lo más corriente del mundo.

Solo algún que otro transeúnte se detenía un momento a observar. Después proseguía su marcha de la manera más natural posible. De este modo y a medida que iba pasando el tiempo. Se dieron cuenta, notaron la presencia de personas, que vestidas como ellos, sin ninguna identificación gubernamental, los observaban. En la semipenumbra estaban esas miradas que todos reconocían, por alguna particularidad en sus vidas. Esa que los delataba, aunque estuvieran disfrazados de hippies, o como ellos, de simples transeúntes. Daba igual, porque en este caso los matices, no resultaban nada importante. La totalidad de los hechos era la máxima protagonista de los acontecimientos y la responsable de las actitudes que los demás allí presente asumirían.

La atmósfera, llegó el momento que se les hizo insoportable; sobre todo al rato de estar merodeando por los alrededores sin decidirse a sumarse, ni a estar como espectadores pasivos. Nada más sospechoso para los sabuesos que esta actitud de solaparse, de tratar de esconderse, sobre todo ante sus propias narices.

Ellos de ingenuos, habían tomado como cuartel general, la acera del frente, que da a la calle veintitrés. Desde allí observaban, y se concebían un tanto más protegidos de los dispositivos de video que pudieran estar ocultos. Debió ser por esto, o quien sabe por qué, entre ellos comenzaron a cuchichear, que si las cámaras los estaban tomando, que si algunos los habían mirado con caras de pocos amigos. Y otras actitudes esquizoides por el estilo, que de inmediato rompieron el estado de felicidad que unos momentos antes habían sido capaces de experimentar. Así es la vida de contradictoria, el eterno abrazo entre el Yin y el Yan. Entre lo bueno y lo malo, o como diría alguien, desde mucho tiempo atrás, entre estar y no estar. Quizás y ellos, habían sido educados para responder al miedo de la manera en que lo hacían, y no como pudieran hacerlo los estudiantes chilenos en la calles de Santiago. Aunque sí, en

este caso es de considerar que su historia resultaba más traumática, y llena de espacios oscuros, y que en esta tierra de esa manera nunca se dieron los acontecimientos. Aunque habría que aguardar mucho tiempo y mucha cordura para que la verdad asomase. Como siempre ha ocurrido en la historia, que la mejor es la que se cuenta desde lo humano, y no como leyenda de los vencedores, repetida hasta el cansancio, para que los vencidos nunca puedan olvidarla. De eso además, tenemos innumerables ejemplos, incluso antes de que el señor del caballo naciese de una de las mentes más preclaras de nuestro idioma y nuestra idiosincrasia, que a pesar del tiempo, no ha dejado de ser la misma, por muchos aires esclavos, y de escritura vertical que hayan influido en éste lugar.

Ellos eran solo muchachos, prestos a aprender lo que la vida les deparaba, y sin el menor atisbo de premonición de lo que debían vivir, apenas unos años después. Entre todos, decidieron al final, ir para la plaza de la Catedral, donde algunas de sus amistades les habían dicho que se producía una sesión semejante. La mu-chacha que se los informó, aunque no estaba en el mismo año de ellos, ni en la misma carrera. Les explicó que en Regla, Santiago de las Vegas y otros sitios de la ciudad, incluso frente a la uni-versidad, se estaban produciendo estas oraciones. Y que aunque ellos no fueran practicantes, podían sumarse a las mismas. Lo pensaron y entre todos decidieron que lo mejor era marcharse a otro lugar, donde la atmósfera estuviera menos cargada. 62} El grupo, a medida que pasaba el tiempo había crecido, ya no eran ellos solos. Había otros que sin dejar de conocerse de la misma universidad, y quizás con el mismo afán se les habían unido. Esta situación y no otra, fue la que decidió a Lazarito, a decir a los demás que se iban. Estaban cansados de tanto cami-nar, que lo de la catedral lo dejaban para otra oportunidad, en fin, dos días después era que llegaba el Papa. Y primero iba a entrar por Santiago de Cuba, para unirse al jubileo por los cua-trocientos años de haberse encontrado en las aguas de la bahía de Nipe, la imagen de la Virgen de la Caridad.

Ahora era domingo, y veinticuatro horas después, padecían el mismo hastío, que los había paralizado la noche anterior frente a la estatua del señor montado a caballo, en pleno centro del Ve-dado. En la prensa no se hacía alusión a los acontecimientos. Es como si no estuvieran acaeciando, como si el mismo encanta-miento que Dios proporciona, se hubiera adueñado de la situa-ción y ahora fuera responsable de tanto desgano al respecto.

Entre otras cosas, no tenían derecho de aguarles la fiesta a los fieles, que con tanta devoción aguardaban la llegada del Santo Padre a esta tierra. Desde el avión, y antes de su arribo a Méxi-co, esté había hecho declaraciones ante un grupo de periodistas, y al parecer ninguno cubano, ya que en la isla tampoco se comentó el acontecimiento. Esto, entre otras cosas, hacía que los demás disertaran, tomaran las partes del discurso que más le in-teresaran de acuerdo a sus intereses, las divulgaran a su manera, y de acuerdo a sus intereses. Situación vivida un millar de veces anteriores, aunque no por esto dejaba de enrarecer el ambiente, y darle

su tono sobrenatural. Y al que tanto se hace alusión en corrientes literarias, nacidas en éste mismo entorno apenas unas décadas atrás. Lo que si parecía definitivo, era que en cuestiones de política doméstica. La iglesia no tomaría partido en uno u otro sentido.

Esto quedó claro cuando preguntaron al respecto, y el Papa 63} Benedictus XVI, respondió desde allá, desde las alturas del avión que lo conducía a Ciudad México. La iglesia, no es un poder político, no es un partido, sino una realidad moral, un poder moral. Y dado que la política debe ser una realidad moral. La iglesia en este aspecto es en lo único que tiene que ver con la política.

Ellos tampoco eran políticos, solo un puñado de estudiantes, que querían cambiar lo que debía ser cambiado, para vivir mejor en su tierra. Pero es que las oportunidades de manifestarse al respecto, cada vez iban siendo más escasas. Por qué se habría transformado la parte de la constitución, que daba derecho a las personas que abogaran por cambiar algunos preceptos, a poder hacerlo. En un principio, solo era necesario que estas consti-tuyeran una mayoría importante en la sociedad, diez mil firmas, o algo así. No era el hecho de modificar por modificar, sino la posibilidad de llevarlo a referéndum público. Eso era lo extraor-dinario del texto que se pedía en aquellos momentos, incluso, ignorados por ésta generación, que en aquel entonces debía estar gateando o en el círculo infantil.

El gobierno en respuesta, y como para zanjar la problemática de una vez y por todas, acudió a transformar esa parte de la consti-tución. Desde entonces se aclara de manera explícita, Cuba era y sería un estado socialista y de proletarios, y que no podía ser modificada dicha cláusula. El slogan de socialismo o muerte, se había convertido en realidad de la noche a la mañana. Esta vez amparado en la propia constitución y refrendado por la inmensa mayoría del pueblo, que de hecho lo aprobó. Ellos que estudia-ban abogacía, no podían entender de ninguna manera, como se coartaba una de los más sagrados derechos de los ciudadanos, en cualquier latitud del planeta. Y es que cuando el poder se inclina en un solo sentido, por muy humano y solidario que éste sea, se aparta de lo natural. De lo que el común de los mortales, es ca-paz de asumir como natural, para que se comprenda mejor. No es que ellos fueran contrarrevolucionarios, todo lo contrario. En 64} sus mentes abogaban por seguir cambiando todo lo que debía ser cambiado, con el solo ánimo de vivir de una forma mejor, menos dependientes. Y que de una u otra manera, la tierra que los había visto nacer fuera más prospera. Diera mayores opor-tunidades, pero sobre todo para los jóvenes, que hasta esos momentos si querían prosperar, tenían que salir a otros lugares; donde se les pagara un poco más por el trabajo que hacían.

Querían entre otras cuestiones, que Cuba, dejara de ser un punto de salida de inmigrantes, para convertirse de nuevo en puerto seguro de europeos, chinos y otras muchas etnias, que a lo largo de los siglos se habían asentado aquí, en busca de un mejor destino para sus familias. ¿Qué era eso de comparar a Cuba, con los países económicamente más atrasados, hablando del conti-nente? Cuando en otros momentos, estuvo

a la cabeza de las mayores transformaciones, que acontecían en el orbe entero. Así como de los adelantos, ya sean estos tecnológicos, o sociales. Aquí se había instaurado en la década del cuarenta, una de las constituciones más progresistas de todo el continente. Aquí, se vio la televisión en colores primero que en Brasil, o la Argentina. Aquí circuló el ferrocarril primero que en España, aunque fuéramos su colonia. Por estas cuestiones era que ellos abogaban, y reclamaban sus espacios. Cada vez que se enfrentaban a las leyes y los decretos vigentes en la Isla, les surgían nuevas interrogantes, y la más importante y la que siempre salía a colación era el término revolución.

Había libertad de expresión, siempre que no se dañara a la revolución. Había derechos y más derechos, siempre que no estuvieran en contra de los preceptos de la revolución. Por eso Lazarito, en una ocasión, había preguntado en clases qué se definía por revolución, y en sí quién era esta. Después el pobre tuvo que dar mil rodeos, y justificar mil entuertos, para no caer en su propia trampa. Era cierto que el profesor en cuestión no lo quiso joder. Hubiera bastado menos de eso, para que fuera 65} considerado como contrarrevolucionario, desafecto, término tan ambiguo, como éste de revolución. En nuestras charlas en privado, con el grupo reducido, hemos tratado de filosofar al respecto, y en verdad, a medida que profundizamos, más ambiguo nos parece la situación creada. ¿Es que nunca dejaremos de estar bajo el influjo de lo real mara-villoso que Carpentier nos recreara de manera tan elocuente? Revolución es cambiar, renovarse, y no anquilosarse, como parece estar sucediendo en nuestro ámbito. Y no porque sea yo un simple estudiante de derecho quien lo diga, y cuatro amistades lo confirmen. Necesitamos otros ámbitos, pero hasta la constitución nos han coartado. 66} La noticia le llegó como un relámpago en medio de la madrugada, y quien vino a dársela no previó de seguro lo que sucedería instantes después. Mariana, se encogió de hombros, salió de la cocina como si nada estuviera ocurriendo, y con el mayor desenfado que le era posible en esos momentos, se dejó caer en uno de los sillones del amplio portal. El hecho de no estar el jefe presente, cambiaba un tanto lo que pudiera haber sucedido, y pensó que esto en vez de causarle problemas la beneficiaba. Allí estaba el muchacho de marras, junto al fogón, haciéndose cargo del trabajo que ella había realizado durante años. De seguro que tuvo que haberse levantado muy temprano para llegar primero.

Todo debió haberse planeado hasta la saciedad, de eso en su fuero más interno, estaba convencida. Vamos a ver cómo le irían las cosas de ahora en lo adelante, se le escuchó mordisquear entre labios, virando un tanto la mirada en sentido contrario. No obstante, quizás uno de los que en ese momento pasaba por el lugar, percibiera algo, ya que se viró, como para seguir escuchando. Era uno más de los mequetrefes del jefe, y como tal debía tratarlo, para hacer las cosas emocionantes, como se le había aconsejado que hiciese. Le encantaba el juego del gato y el ratón. Y si era además al estilo depurado de la KGB, que en sus tiempos había estado tan de moda, mejor. En esto conocía que les sacaba ventaja a los demás, y quiso de alguna manera aprovecharla.

Se dio la vuelta, y sin apurar el paso, salió al pasillo que rodeaba el edificio, observando los acontecimientos como si estuviera fuera del escenario. Era una emoción extraña, una sensación de estar y no estar, jamás experimentada en todos los años pasados en ese mismo lugar, que desde entonces percibiría distinto.

Después, de nuevo, se apoltrono en uno de los tantos sillones de mimbre y se dispuso a esperar a que el mequetrefe de José, hiciera acto de presencia. Mientras tanto no quería pensar, ni que nadie le hablara en ese instante. Saúl, le había aclarado bien lo que había que hacer en cada caso, pero no de las variantes a 67} utilizar. De momento la situación la beneficiaba en cierto modo, se quitaba de encima un poco de trabajo, y aunque estuviese acostumbrada a hacerlo, en estas últimas semanas, se le había hecho lo más tedioso del mundo; sobre todo en estos días en que las guardias de madrugada la tenían hastiada.

Por fin hoy, llegaría el Papa a tierras cubanas, y dentro de se-tenta y dos horas sería historia. Se acabaría la histeria de sus je-fes, y de todo el que empujaba para no darse golpes. Así que iba a quitarse de encima la locura de cuidar las calles, y vigilar a los demás, como el más vulgar de los custodios, pero esto en rea-lidad no era lo peor. Ella, una mujer que debía madrugar cada día, había tenido que hacer guardia en el Muro del Malecón ca-da dos noches. Esto era abusivo, pero entre otras cuestiones, no podía decir que no. Era la Secretaria General del Núcleo del Partido Comunista, y aunque José, su jefe, era militante tam-bién. Esta era una de las maneras que poseía para controlarlo, y hacer que entre otras cosas el daño fuese menor. De ser ella una simple empleada, haría tiempo ya que fuese historia también.

Trabajar en alguna actividad relacionada con el turismo, era como ganarse la lotería, aunque en su caso, solo estuviese en un chinchal de mala muerte. Las bajezas, y las malas acciones esta-ban a la orden del día. No era boba a nada, aunque en ocasiones se hiciera la chiva con tonteras. Conocía del propósito del pelaó, desde mucho antes, y lo más curioso, dicho por sus propios labios. El tipo, hace un par de meses, se había atrevido a ofrecerle que trabajara como cus-todio del restaurante, por un tiempo. La compañera que estaba en ese puesto se había acabado de jubilar, y nadie quería asumir la tarea. Se suponía que ella por ser la del Partido Comunista, debía dar el paso al frente, sacrificarse en nombre de la revo-lución, inmolarse para decirlo en cubano. Así, de ésta manera tan infantil, el muy hijo de puta quiso presionarla.

68} Al principio Mariana, no entendió bien, pero después compren-dió los propósitos, y le habló tan claro al pelaó que se quedó bo-quiabierto. Más tarde, le confirmó que necesitaba una reunión para aclarar los términos. Entonces a la cara le subió un calor, como nunca antes lo había tenido, y le aclaró unas cuantas cosas al calvo, que de momento se quedó paralizado. Nadie debía ha-bérsele encarado de esa manera, pero ella llegó y siguió lo más lejos que pudo. Le dijo conocer de sus negocios ilícitos y con quien los hacía, las casas que mantenía y hasta de las mujeres con que se acostaba. Se puso pálido, tanto que hasta ella misma se asustó; después se fue, dejándola con la palabra en la boca.

En seguida vendrían las zancadillas, los comentarios en su contra y toda la campaña orquestada por sus acólitos para deshacerse de ella. No le temía, conocía que nada le podía hacer, sobre todo teniendo los padrinos que poseía en estos mismos instantes. Así que después del sobresalto se mantuvo tranquila, y segura a la vez. Solo le fastidiaba no haberlo puesto en su lugar mucho antes, y que cada cual supiese hasta donde podía llegar, y el territorio que le correspondía en el asunto. Incluso, Saúl y sus amistades, tenían preparado al nuevo jefe que vendría para el restaurante.

De seguro que con este, podría llevarse más arroz, y más frijoles para la casa. Porque entre otras cosas le debía el puesto de trabajo. Estaba hecha toda una mafiosa, y al estilo de la cosanostra, para que sonara mejor. Quien lo iba a decir unos meses atrás, ella que en varias ocasiones había pensado en buscarse otro empleo más cómodo, ahora se viera con ese poder; el mundo da vueltas y es redondo. De eso tampoco debía olvidarse, por muy obstinada que estuviera con la cuidadera del Muro del Malecón y todo lo demás. Tal y como estaba la situación, donde iba a encontrar un lugar donde pudiera cargar tanto para la casa. Además con el ambiente que estaba viviendo con Saúl, si este veía que no le era necesaria, podría tirarla a un lado; desecharla como un objeto inservible. Y esto era lo que menos deseaba en la vida, porque entre otras cosas lo quería. Es cierto que no sabía explicar qué clase de amor le profesaba, pero consideraba que lo necesitaba. Eran más de veinte años juntos, aguantándose las malcriadeces mutuas. A él había entregado sus mejores momentos, cuando los demás la piropeaban y se apreciaba deseada.

Para una mujer, tener que admitir semejante verdad era algo lastimante, lo entendía, pero sobre todo era realista, y además, qué ganaba con engañarse a sí misma. En aquel entonces se consideraba una mujer hermosa. No como ahora, que todas las semanas precisaba teñirse la raíz del pelo para ocultar las canas. Ni ponerse los ajustadores apretados para lucir mejor. Si él había degustado la mejor parte de la película, lo justo es que se engullera también esta. Y aunque las cosas habían mudado de aires, todavía se consideraba una mujer atractiva, y lo sabía por las miradas que despertaba en las calles, sobre todo por hombres mayores, o de su edad. Saúl no, a él le gustaban las titis frescas y las pagaba por supuesto. Siempre que lo veía llegar con aquel olor a sexo que nunca pudo esconderle, se iba de control. Entre otras cosas, se excitaba hasta el arrebató. No podía evitarlo por más repugnancia que después le dieran los hechos. En esos momentos y sacando fuerzas de no se sabe dónde, usaba las mañas que había aprendido para estos casos, y disfrutaba el sentirse deseada, hasta llegar al éxtasis.

Era un asunto difícil de explicar y de comprender a la vez, quizás muy pocas mujeres lo entendieran en su justa medida, pero era así. Y no esperaba cambiar un ápice al respecto, al menos por el momento. Se apreciaba conforme y recompensada, a continuación de una agotadora jornada frente al fogón; además, en este caso, que más podría pedir una cocinera como ella. Así que si ahora le daban la oportunidad de descansar,

y con la propia anuencia de Saúl, era lo mejor que podía sucederle. Mataría dos pájaros de un tiro. Salir de José, que en estos momentos cons-tituía lo más importante, era algo que la trastornaba, incluso soñaba con ese momento, y más que sueños, eran pesadillas. En las que se veía cargando unos bultos enormes, toda llena de 70} sudor, con el jefe detrás apurándola. Entonces cuando estaba a punto de desmayarse, despertaba, sudorosa, jadeante, como aca-bada de salir de un laberinto en el que se perdía en cada ocasión.

La vez que Saúl, se despertó por sus alaridos, fue que se atrevió a contarle lo que le estaba aconteciendo, antes nunca encontró el valor necesario. Primero, porque más que todo, tenía miedo a que la fuese a dejar en la estacada, y segundo, porque jamás pensó que él tuviera influencias para ayudarla en un caso como éste. En que ella, siendo la Secretaria General del Núcleo del Partido Comunista, no podía hacer nada, por las influencias que le creía al maricón de José. De ahora en adelante la situación iba a ser distinta. En eso coincidía con Saúl, las influencia del pelaó de José, quizás se resumían en regalos que le hacía a sus jefes, y a los jefes de sus jefes. Las de Saúl en este caso, eran más importantes. Y aunque nunca pretendió conocerlas de su propia boca, estaba al tanto de cómo eran las cosas. Para eso desple-gaba una serie de ardidés, que ni el propio esposo le calculaba.

Cuando ya comenzaba a quedarse dormida por el balanceo y el frescor del amanecer, apreció una mano que la tocaba en el hombro:

—Mariana...

—Eh...

— ¿Estás dormida...?

— ¿Dime José, querías verme?

—Son orientaciones de arriba. Los jefes están muy disgustados por lo de tú ausencia a la guardia de anoche en el grupo de apo-yo. ¿Conoces qué es una cuestión de vida o muerte?...e incum-pliste...

—No tengo ánimos, ni deseos de discutir. Si es así me lo entre-gas por escrito, y me voy. Estoy cansada, me siento mal...

—De acuerdo... pides la baja entonces... ¿Te vas?

—Y qué remedio me queda, ¿No me están votando?, o es que estoy equivocada. Pero la baja no, tú me votas.

—Si vas a firmar, sígueme... 71}

—De acuerdo...

—El muchacho no quería quedarse como cocinero, pero lo convencí...

—Conozco esa parte también..., ahórrate las explicaciones.

—Pero te vas así... sin protestar... ¿estás tan enferma?

—Así mismo, eso no es lo que querías, ¿no?

—Espérate, espérate, yo nunca quise nada. Te dije que son mis jefes quienes piden se tome esa medida contigo. Sugieren que no eres confiable... ¿Yo que voy a hacer?

—Pues bien hombre dámelo por escrito y me voy... ¿quieres que sea más sencillo?

—No es eso, quiero que estés convencida... y no como ahora.

Te noto rara.

— ¿Lo estoy? Vamos acaba de darme el dichoso papel...

—Espérate, vamos para mi oficina, tenemos que conversar primero...

—Como quieras...

—En verdad nunca voy a entender a las mujeres...

—Ahórrate el resao José, y vamos que estoy cansada...

—Por mi madre que no entiendo...

—Querías que me fuera y ahora que te complazco...

—Mira mejor te quedas. Así es, quédate a trabajar, después yo hablo con mis jefes... y con el muchacho.

—José no quiero quedarme un minuto más aquí, estoy cansada de toda esta mierda.

—Puedes venir mañana, y hablamos con calma...

—Estas titubeando hombre... Joseito tu aguanta patas fue explícito al respecto esta madrugada... a que viene esto ahora.

—El jefe soy yo y te pido que te quedas... ¿Y qué te dijo ese?

—La afectada soy yo y quiero irme. Debes tener pantalones para asumir tus decisiones... Además ese dijo lo que tú le mandaste a decir...

—Trato de darte una oportunidad, pero si insistes en ofender-me...

—¿No entiendes?

—Mejor vamos para la oficina... 72}

—Es mejor, sí...

—Claro que es mejor. Allí nadie tiene que enterarse de lo que hablamos...

— ¿Es un secreto para alguien?

—Vamos Mariana... Se levantó y salió resuelta, ante las miradas de quienes fingían no ver, y los de los oídos que disimulaban no escuchar. Apar-tándose en el momento exacto, y queriendo dar esa impresión de invisibilidad, que en este caso parecía lo más alejado a la realidad que se pudiera imaginar. Incluso, por personas que no estuvieran al tanto del contexto de los acontecimientos que allí se desarrollaban. Todos, de una forma u otra, dieron paso a la extraña comitiva, con esa carga de presagios encontrados que se aspiraba en la atmosfera, como ese olor a carne asada, que salía por la puerta de la cocina, mezclándose con el aroma de un café acabado de colar, que brotaba del mismo lugar. José, sin quitar la vista de la nuca de la mujer, avanzaba un tanto más lento. Evitando los objetos que se le interponían en el último minuto, y amenazaban con hacerlo caer.

Cuando llegaron a la oficina, abrió la puerta y la volvió a cerrar una vez ella hubo de trasponer el umbral. Se sentó ante el escritorio, donde en otras ocasiones debía sentirse muy poderoso, aunque el gesto esta vez quedó trunco. Sacó una cajetilla de cigarros, que se movía al ritmo del silencio de aquellas cuatro paredes, y le ofreció otro a ella, que sin quitarle la vista de encima, lo aceptó. Encendiéndolos ambos de la misma lumbre.

Ese fue el único momento en que sus cuerpos se acercaron, y sin apenas parecer hacer notar el uno la presencia del otro. Lo único que hicieron fue respirar al unísono, después se separaron, con la misma velocidad. Él se llevó la fosforera al bolsillo y quizás, por no encontrar en ese momento nada coherente que decir, la miró por primera vez a los ojos. 73} Junior

llegó primero que nadie a la oficina. Esa misma tarde, sería el recibimiento del Papa por Santiago de Cuba, y de acuerdo como se habían comportado los acontecimientos, presumía que el día de hoy estaría tenso, difícil.

Entre otras cuestiones, debería lidiar con el humor del viejo, que en situaciones semejantes se convertía en un erizo. De alguna manera y para alivio de ambos, la ocupación de las Iglesias estaba bajo control. No obstante, en el último minuto pudiera esperarse cualquier eventualidad. La Capital, era la Capital y si se habían atrevido en Pinar del Río, en Holguín, en Las Tunas. Aquí pudiera esperarse que lo volvieran a hacer en cualquier momento, si bien la actitud de las autoridades de la Iglesia Católica, había ayudado mucho a que el movimiento no cogiese fuerza. El enemigo, estaba al asecho, y dispuesto a utilizar las condiciones de estas jornadas del país para anotarse unos tantos a su favor.

Lo importante ahora, era prever por dónde venían. Adivinar sus pasos, cuestión que le pertenecía a otros funcionarios, incluso de mayor rango. Su posición era otra, y estaba dispuesto a cumplirla al precio que fuese necesario. Encendió el acondicionador de aire, y salió a fumarse un cigarro. Al parecer este era un reflejo, aprendido de jornadas similares, la de hoy era especial, si bien cuando la situación se tornaba tensa de verdad, se fumaba donde quiera. En ocasiones, el aire de la oficina poseía más humo que los pulmones del viejo José, que era el que fumaba más de ellos. Los demás no habían llegado, consultó el reloj, para saber a qué atenerse.

Eran las siete y cuarenta y siete. De la cocina todavía no habían subido el café, y los deseos de tomarlo se hicieron desesperantes. Soltó la colilla bien lejos, y esta fue a dar a los pies de los transeúntes, que cuatro pisos más abajo, caminaban por la acera.

Estos de seguro, dispuestos a comenzar una semana de trabajo, no muy distinta a la anterior, y nada diferente a la que vendría después. Iguales todas a las que quedaban en este invierno tan particular, que se respira en la isla por estos meses. 74} En ocasiones, especulaba que todo lo que se estaba haciendo carecía de sentido. Desde que él nació, la revolución estaba en el poder y se había acostumbrado a la situación, como al aire que respiraba. Si en otros lugares las condiciones eran distintas, aquí parecían inamovibles. Todo era tan normal, que no se atrevía a suponer otra realidad para el contexto en que estaba viviendo. Los padres de Milagro, su esposa, estaban en Estados Unidos, desde mil novecientos noventa y cuatro. Y ya en varias oportunidades les habían sugerido la idea de que fueran a vivir con ellos. Él tenía miedo, un terror sin límites a lo desconocido, a verse abandonado en las calles sin un centavo para comer, que por más que ella insistió en aquel entonces, no logró convencerlo. Con los dólares que los viejos mandaban cuando podían, era suficiente. No vivían del todo mal en comparación a las grandes multitudes, y disfrutaba sus ventajas como cualquier otro en su caso; sin que quedase en su mente el menor atisbo de culpabilidad, en realidad de nada debía quejarse, y sí mucho por lo que estar agradecido. Había un carro a su disposición, gasolina suficiente, que no pagaba, y por lo tanto mujeres, las que quisiera, y para escoger. Esta era la forma en que había crecido y

no era un tipo arriesgado ni nada que se parezca. Prefería tener un pájaro en mano que cien mil volándole alrededor.

Entre otras cuestiones, no podía entender, como había quienes lo arriesgaban todo, por irse tras la quimera de lo que existía del otro lado del mar. Y no es porque fuera fanático como su jefe, u otros que había conocido a lo largo de la vida. En realidad, no se juzgaba comunista. Le gustaban mucho las cosas, que los sue-gros le mandaban de vez en cuando. Por otro lado, no se apreciaba con ánimos de realizar ningún sacrificio por defender aquello que hasta el momento le había dado que comer. Tam-poco se juzgaba un contrarrevolucionario, ni uno que pudiera vender su alma al diablo, con tal de obtener, unas cuantas migajas. Tal y como conocía que existían algunos, que hacían lo imposible por vivir mejor, a toda costa y a todo costo. Nunca había padecido miseria, pues nunca había tenido que depender 75} de un salario para vivir. Qué más podía pedirle a la vida, tal y como se comportaba el mundo en los días actuales. En que el Euro amenazaba con desaparecer. Las deudas de España, Portu-gal y Grecia con hacerse insostenibles, y una guerra en Siria, o en Irán parecía inminente.

El mundo que había elegido, quizás y no fuera perfecto; no obstante, sí era el único que conocía hasta el momento, y se sen-tía bien en el lugar donde le tocó nacer. Miró abajo y vio como la colilla se esparcía entre la suela de los zapatos de los que caminaban debajo de él. Volvió la cara, no fuera a ser que le vieran el rostro y entró a la oficina, que ya comenzaba a tomar una temperatura distinta, a la que afuera se respiraba. José, detrás del escritorio lo recibió, lanzándole una andanada de pa-labras, sin apenas alzar la vista:

—La cosa está que arde... tenemos que ponernos en función, ¿Y los demás dónde están?

—No sé...

—Vamos a tener un contacto rápido para los detalles, busca a los otros, estamos atrasados.

—Está bien jefe, vuelvo enseguida...

— ¿Dónde están los partes de ayer..., algo importante?

—Ahí en la primera gaveta...

— ¿Tú los revisaste todos...?

—Por supuesto...

—Abrevia, ¿Dime lo más importante?, mira la hora que es...

—Ayer no hubo nada de importancia. Todos los puntos siguen activados, relevantes como tal, no hay nada... En las Iglesias todo está bajo control...

— ¿Todo el mundo informó en tiempo?

—Sí..., sí, todos...

—Cojones, mira la hora que es, ¿Dónde estará Adela metida?

—Debe haber bajado, ¿Si quiere voy a buscarla?

—Te voy a decir una cosa ahora que estamos solos, ten cuidado con la muchacha. Te puede resultar indigesta... 76}

— ¿Qué..., cómo..., qué dice...?

—A buen entendedor, muchacho...

—No entiendo de qué me habla...

—Eso no es asunto mío, solo quise ayudarte. Ahora ve a bus-carla, estamos muy atrasados.

Junior, se detuvo un instante ante el elevador, y después, aspi-rando un amplio buche de aire, se precipitó escaleras abajo, con un vigor que ni en sus años de primera juventud. La jerigonza le daba vueltas en el cerebro, sin que pudiera concentrarse en nada de lo que tenía por hacer. Conocía que cuando José estaba de mal humor, había que tener tacto. Se moría de vergüenza, cada vez que le gritaba, o lo amonestaba siquiera frente a Adela.

Asignatura pendiente que aún no había superado, a pesar de lo comprensiva que resultaba la muchacha en estos casos, pero qué era lo que en este caso se escondía. Nunca se adaptaría a que le gritasen, o lo ofendiesen sin motivo, solo por el humor del jefe en esos instantes; quizás y tuviera que ver lo que le había acaba-do de decir. No le cabía en la cabeza esa posibilidad, quizás otra, pero esa...

Buscó por toda la planta baja, y Adela no aparecía. Le dolía tanto que se refirieran a él en estos términos, como a la mucha-cha en su presencia. Y entre otras cosas, no asumía los cojones necesarios para enfrentársele al viejo, de una manera frontal.

Esta sin lugar a dudas, podría ser una de las jornadas más estresante que le aguardaban, y apenas eran las ocho y cuarto de la mañana.

Los deseos de desaparecer cada vez soplaban con más fuerzas, y para colmo de frente; tanto, que apenas y lo dejaban avanzar en uno u otro sentido, pero ahora no había pretextos para hacerlo.

Tendría que joderse, y para ello debía estar preparado, con toda la carga emocional que esto implicaba, en una situación como a la que se veía abocado. Cuando subió de nuevo a la oficina, allí estaba la chica, lo más normal del mundo y sirviendo el café, 77} que los demás esperaban alrededor de la mesa, que esta vez le pareció más larga que nunca, y con más personas que las ha-bituales. Mientras los presentes escuchaban a José en una de sus interminables peroratas, se incorporó haciéndose lo más incor-póreo que pudo, en los instantes mismos en que aprovechó para ver si ponía sus pensamientos en orden; Adela, resultaba al parecer mucha Adela para él.

Del otro extremo, le llegaban las palabras como ráfagas, en una intermitencia que tampoco lo dejaban concentrar. Esta vez las acciones estaban referidas a unas declaraciones hechas por el Papa, en pleno vuelo hacia México. Aquel es un país, con cuen-ca en el mar Caribe, pero con fronteras directas con los Estados Unidos de América, por lo que tiene sus puntos de convergencia con Cuba, pero quizás solo eso. Otra cosa era, cuando antes de mil novecientos cincuenta y nueve, en la Isla, existían negocios particulares y el puerto de Batabanó, al sur de la Habana, cons-tituía el punto de embarque hacia el Caribe Mexicano. Hasta Juventino Rosas, el famoso autor del Vals sobre las olas, había estado en el lugar, y donde en un estado de pobreza casi catas-trófico, sin amigos que le acompañasen en el penoso trance y después de un largo peregrinar, vino a dejar sus huesos después de una penosa enfermedad, y a una edad relativamente temprana. Ahora Cuba, y para seguir el símil con el charro,

como isla que es, se encuentra sola, sin nexos, ni conexiones, y mucho menos a título personal, no ya con México, sino con ninguna otra nación. Actualmente, el comercio es cuestión del gobierno, de quien son también propiedad los negocios que existen en todo el país. Y hasta el mismísimo Papa, apreciará las diferencias en Estados, que en el presente muestran realidades distintas, y con matices propios como es de suponer. Esto era, pero con otras palabras, lo que trataba de explicar José, en el discurso que llegaba a Ju-nior; sentado al otro extremo de la mesa, un tanto contaminado con sus pensamientos, que se le retorcijaban en la mente, 78} aunque tratara de apartarlos, pero que a la vez no le dejaban sosiego para concentrarse en lo que se estaba diciendo.

Solo en determinados momentos cuando las palabras tomaban sustancia, como por ejemplo cuando José, se refirió a algunas preguntas venenosas que le hicieron al Santo Padre, y de sus respuestas al respecto, le tomaba atención. Sobre todo, cuando el viejo poniendo cara de pocos amigos, y alzando un tanto la voz, dijo que estrictamente había que estar preparado, cual-quier cosa pudiese suceder en estos tres días en que la isla se convertiría en centro de atención de gran parte de los medios de comunicación de todo el mundo. Los demás escuchaban, solo escuchaban, esperando lo que vendría después. Que de seguro sería más trabajo, más papeles que hacer, más informes que redactar; pero sobre todo más partes que dar y recibir por teléfono. Ellos eran el centro del meollo, como quien dice, entre la base donde se encontraban las personas que como Mariana, vigilaban los distintos puntos de la ciudad, y las autoridades de un rango superior, con las que había que tener un extremo cuidado en lo que se informaba.

Eran ellos, quienes redactaban y le daban forma a los absurdos, que en ocasiones se recibían. Estos, muchas veces eran redactados, por temor a no informar una situación que después pudiera tener una repercusión, pero cuando se observaba en la oficina y fuera del contexto de donde había sido tomada. Aquellos textos, parecían salidos de algún relato de ciencia ficción, o de los mejores momentos de la KGB soviética. Se mandaban partes que a veces, y en el mejor de los casos, daban risas. Todos y cada uno de los funcionarios, lo que hacían en última instancia, era proteger su propio pellejo. Si no se informaba todo lo que estaba acaeciendo, y después ocurría algo extraordinario en el lugar que les correspondía vigilar. Se la ganaban, como en la popular rifa del guanajo. Así comentábamos entre nosotros, cada vez que alguno caía en desgracia, por una cuestión relacionada con una mala información. Después había que esperar..., 79} siempre llegaban las purgas y los ajustes de cuentas, y esto en verdad no daba en ningún caso risa, sino todo lo contrario. En estos asuntos que como se había dicho en todas partes, y de los cuales dependía el destino de la revolución había que estar muy claro, clarísimos como era de esperarse. Podía costarle en el mejor de los casos el puesto a cualquiera, u otra condena a cualquiera. Incluso el propio José, no estaba exento, con todo lo comecandelas que parece, siempre entre comillas, como también acostumbra a decirse en estos mismos previos, pero esta vez entre los más íntimos.

Otros acontecimientos anteriores, así lo constataban, y no era asunto para jugar, ni para estar indiferentes, sino todo lo contrario. De esas cuestiones, todos estábamos al tanto, por eso quizás el nivel de stress que se respiraba dentro de aquellas cuatro paredes, que parecían irse inflamando a medida que el jefe iba descargando sus inquietudes. Cualquier suceso, por insignificante que pudiera resultar a simple vista, pudiera tener trascendencia, si a partir de este se desencadenaban acontecimientos importantes. Todo podía suceder, y para eso nos pagaban a nosotros, para que nada sucediera, por lo menos, nada que no entorpeciera el orden establecido. Desde un niño de primaria, hasta un octogenario, que lo único que hacía en el día, era darse sillón en un asilo para ancianos, podían entenderlo. Eran cuestiones dadas por hechas, entendidas hasta el cansancio y llevadas en el genoma, de quienes habíamos nacido después de mil novecientos cincuenta y nueve. De esta manera, no había que aclarar a nadie los detalles, ni las consecuencias. Se daban por entendidas, más que por entendidas, se daban por hechas. El viejo José, seguía explicando, y transmitiendo las orientaciones que había recibido el día anterior por parte de la instancia superior. Y todavía había algunos que no le prestaban la más debida atención. Quizás, estuvieran tan informados que no necesitaban que se les recordaran los métodos, ni las formas de llevar a cabo el trabajo. Como Junior, la inmensa mayoría de los 80} allí presentes, habían nacido después del triunfo de la revolución, y habían vivido estas circunstancias, o semejantes en otras ocasiones. Por lo cual no eran necesarias quizás tantas explicaciones. Los tantos se puede y no se puede, que el viejo José trataba de advertir, poniendo ejemplos incluso, para que resultase más digerible a los demás que circundaban la mesa, y parecían inútiles, caídos en saco roto.

En determinadas ocasiones, la saliva le faltaba y tenía que darse tragos de agua, para que la carraspera lo dejara continuar con aquella cantaleta. Todo y para que algunos, no obstante y todo el peligro que se nos venía encima, se entretuvieran pasándose papelitos y tocándose por debajo de la mesa. A continuación que el viejo encendiera con el cabo anterior, el sexto cigarrillo sin parar. Dio por concluida la reunión, no sin antes proferir unas cuantas malas palabras, y arengar por el socialismo y la patria. Los demás como siempre, aplaudieron y cada cual tomó el rumbo que se le había asignado. En ese momento, Adelaida, haciendo un aparte en las notas que estaba tomando, recibió de la misma manera, por debajo de la mesa, el papelito que Junior, le escribiera segundos atrás. Lo estrujó, y se lo tiró en la cara, sin importarle que estuvieran frente al viejo en esos precisos instantes, ni tampoco los demás que les pasaban por el lado, con esa incorporeidad que se asume cuando se quiere desaparecer de un lugar determinado.

Después la chica en uno de sus mejores momentos, se levantó, le pasó el trasero lo más cerca que pudo, invitándolo con el gesto a seguirla. Apenas cerró la puerta del despacho, y apagándose el barullo que venía del otro lado; buscó qué hacer, pasándose los dedos por los ojos, y le dijo:

—Eres un maricón, pero aunque no lo quieras, es mío...
—Adela compórtate, estamos en la oficina del jefe, este no es...
—Vete pá la pinga, sino me vas a ayudar, vete...
—No es eso... 81}
— ¿Qué es entonces..., la bollúa de tu mujer...? Hazme el fa-vor...
—Baja la voz..., los demás...
—Al carajo los demás, lo quiero... ¿Dime algo?
—Después conversamos, ¿No ves cómo está esto?
—Después nada, me duele que seas así..., pero sobre todo con él. Es tú hijo..., maricón, hijo de putas...
—Cálmate mi cielo... después hablamos...
—Después ni cojones, Chico...siempre va a ser igual...
—Adela mírate, estas alterada..., mi cielo, después...
— ¿Sabes por qué te lo dije así?, para ver tu reacción de frente.
De otra manera no estaría segura de a qué atenerme, de seguro me hubieras dado una más de tus evasivas. Ahora está claro papito... pero te vas a joder, lo sabes, TE VAS A JODER.
—Debemos analizarlo... más tarde... en otro lugar. Te pro-meto...
—Al carajo tus promesas. Tú manera de afrontarlo es lo único que me importa. Eres un jactancioso... pero te va a pesar...
—Creo que estás siendo injusta mi cielo. Mira la puerta se ha abierto...
—Y yo creo que me hice demasiadas expectativas contigo.

Ustedes son todos iguales... En ese momento apareció José de detrás de la puerta, y dejó la frase de ella suspendida en el aire, eternizada en el tiempo. 82} Después de almorzar, Lazarito caminó sin darse cuenta, envuelto en sus pensamientos. El Santo Padre llegaría esa tarde a Santiago de Cuba. Y el miércoles, acontecería la Misa en La Habana. Cuando vino a darse cuenta, estaba muy cerca de la plaza, y al lado de la estatua con los brazos abiertos, que años atrás tantas esperanzas había despertado en el grupo. Allí acostumbraban a reunirse para dar tiempo a que comenzara la sesión de la tarde. Justo en ese parque que le quedaba en frente, y junto a las cenizas de Mella, había tenido lugar una de las vigili-as de los jóvenes cristianos, y a la que ellos no se atrevieron a asomarse por la cercanía de las aulas. Siempre el miedo estaba presente, pero en esa ocasión, era como estar en la misma universidad. Demasiado temerario habría que ser, y estos no eran momentos para tales comportamientos.

Por una asociación sináptica, o quizás por el influjo del curso del pensamiento, llegaron de momento a su memoria, las imágenes exactamente igual a como se verían en una pantalla gigante. La noche anterior, había visto por el Noticiero Nacional de Televisión, nada menos que a Elvira, la mamá de Amarilis; dando unas impresiones acerca de la visita del Papa a Cuba. Es interesante observar, como las personas se transforman en una situación de ese tipo. La vieja que es vinagre puro, para todo lo que tenga que ver con el gobierno, estaba despachándose con espumadera grande, en un alarde desmesurado de patriotismo. Cuando se la topaba de nuevo, y si era frente al fogón mejor, le iba a pedir que le repitiera el discurso de marras. A ver si se acordaba

de lo que había dicho para que millones de cubanos la observasen. Todavía no había visto a la muchacha, pero incluso sabía lo que le iba a comentar al respecto, y quizás coincidieran en sus puntos de vista. El guión siempre era el mismo, sin importar quien fuese el protagonista. En estos casos, poco interesaba si la persona era blanca, mestiza, o negra, de la ciudad, o del campo. Así como tampoco el sexo, o la escolaridad que tuviera. Siempre con sus 83} matices, por supuesto, pero en esencia el argumento, iba a ser el mismo. Daba la impresión que todo estuviese planeado de antemano. Y es que solo hay que observar a las personas que aparecen en la pantalla del televisor, y en ese horario estelar, para darse cuenta, de que solo hay matices, pequeñas variaciones.

Siempre el mismo argumento en esencia. Pudieran ser los editores que así lo escogen, pero no lo creo. La situación a mi modo de ver, es más profunda; y mucho más complicada de entender.

Quizás un estudio sociológico aportaría nuevos elementos a tener en cuenta. Y en realidad estoy convencido que se han realizado, pero a nosotros nunca van a llegar esos resultados.

A mi manera de ver los hechos, se trata de un miedo extremo, a decir lo que no debe ser dicho. Y como en el caso de mi suegra, en el que estoy más que seguro, de cuales habrían sido sus palabras, si las circunstancias fueran distintas. Estoy convencido que esta es una de las grandes conquistas de un gobierno como el de aquí. Otra cosa hubiese sido en Chile; donde por cualquier cuestión las personas se lanzan a las calles, sin importarles ser filmados, ni embestidos por un chorro de agua. Si en vez de derecho estuviese estudiado psicología, o sociología; quizás mi apreciación de los hechos tuviese otros matices, por supuesto que así lo creo. Sin embargo, lo importante, y lo que más duele a la vez, es conocer como las personas son capaces de auto mutilarse, solo por el miedo, a lo que pudiera venir después. Es triste, pero de tristezas como esta, está compuesta nuestra realidad, gústenos o no.

Mi profesor Alexis, si es un caballo analizando estas cuestiones, nunca le he preguntado si es graduado además en sociología, y debe ser. Sin embargo, hay personas con dones naturales que son capaces de digerir una materia dada, sin que nunca las hayan estudiado. Tenemos que ir en estos días por su casa, para que nos ilustre al respecto. Amarilis, se va a quedar con la boca abierta, de eso estoy seguro. Y si de paso pudiéramos llevar a 84} Elvira, pues el estudio estaría completo. Pudiera ser una Clase Magistral, como la que nos daba allá en el Preuniversitario.

Aquellos fueron tiempos como para no olvidar. Teníamos un grupo que si era encojonaó de verdad. Éramos una sola persona para lo que fuese. No importaba si se era militante, o no. Los conceptos estaban bien claros, y a nadie se le ocurría tener miedo a expresarse. Alexis, con sus prédicas tuvo una gran influencia al respecto. Quién iba a suponer que un profesor de Marxismo tuviera aquellas ideas; bueno, sí lo supusieron, porque a él al final lo votaron de la escuela y de educación. Pero eso fue como dos cursos después que nosotros dejáramos el Instituto. En aquel entonces

nos habíamos difuminado por los más insospechados lugares de la Isla, y en lo adelante nunca iba a ser lo mismo.

En este grupo que estoy ahora, los hay con todos los matices posibles. Todos nos cuidamos de todos, y por más confianza que podamos tener, nunca va a ser lo mismo. Aquí hay personas de varias provincias, pero no es solo eso, quizás si pasáramos más tiempo junto, como en el pre becado, nos compenetraríamos me-jor. Sin embargo, grupo como aquel, me parece que no volverá a formarse, son demasiadas las coincidencias. Es algo parecido al nacimiento de la vida en la tierra, las casualidades muy pocas veces se repiten. Miguelito estudia ingeniería y está allá en la CUJAE, en casa del carajo, Robertico, se fue para Pinar del Rio a estudiar Forestal. Estamos diseminados por todo el país, y no es que seamos semillas, nada de eso. Un día de estos debemos planificar y reunirnos, pudiera ser para las vacaciones. Estaría interesante volver a confrontar nuestros puntos de vista. En lo que a mí respecta considero que deben aparecer diferencias, ma-tices que nos enriquecerían, y nos harían más capaces de enten-der la actualidad.

En el aula, ayer nos pasaron los compromisos para ir a la plaza, a la Misa del Papa. Algo debe haber ocurrido, algún corto 85} circuito en el sistema, o de verdad se están dando pasos para cambiar las cosas; todo puede suceder y ser nosotros los escép-ticos. Aunque también pudiera ser, que el mecanismo en este caso siempre fuera el mismo, aunque sea un acto político, como una actividad religiosa, de esto si no tengo experiencia. Aunque algo en lo más interno, me dice que siempre y se vayan a reunir personas, el esquema debe ser igual. La cuestión consiste en agrupar a compañeros, que trabajen, o estudien juntos. De esta manera no se rompe con la estructura. Se mantienen intactos las organizaciones de masas, las políticas y todo lo demás que hace a las personas, además de mantener un cierto orden jerárquico, un carácter de subordinación y mando que debe estar estudiado hasta la saciedad. Los pioneros en esto debieron haber sido los soviéticos. Ahora en el mundo deben quedar pocos lugares con estas características. Quizás Corea del Norte y algún que otro. Me inclino a pensar que en China y Vietnam la situación es di-ferente, aunque puede que quizás me equivoque. Conozco el mundo fundamentalmente a través de los medios de comuni-cación, así que puedo considerarme un analfabeto en ese sentí-do. Si no fuera por la visión del profesor Alexis, y otros tantos con los que he tropezado en la vida, fuera un ciego más de este mundo. Uno de los que se nutren las grandes masas, para en esencia ser eso y no otra cosa. Soy Militante de la Unión de Jó-venes Comunistas, y un cínico además, pero así soy. Y este es el camino de mi elección. Me gusta conocer el engranaje desde lo interno, para que nadie pueda hacerme un cuento al respecto. Aunque en ocasiones tenga que morderme la lengua, mirar al techo para no lanzar una carcajada, o hacerme el chivo loco, pa-ra no dar una opinión que de primera y pata, sé que va a resultar un bumerán. Con las únicas personas que puedo tratar esos asuntos, es con Amarilis; mi novia, con Miguelito y con Alexis. Ni con mi pa-dre puedo hacerlo, y no sé si es que lo hace para protegerme, pe-ro cada vez que sale a colación

una conversación con esos visos, el tipo se vuelve una araña pelua. En realidad pertenecemos a 86} distintas generaciones, y esto también pudiera tener sus consecuencias. Lo cierto es que con él, no me encuentro a gusto ha-blando de estas cuestiones. En realidad, a veces me aprecio el tipo más ruin del planeta. Y no es que en esas ocasiones me crea el más puritano tampoco. Es una cuestión difícil de explicar, como es difícil al percibirla. Son sentimientos encontrados, que se descubren cada vez que afloran. Y que en mi caso van dejan-do una sensación de vacío, y un deseo de explotar tremendo.

Cuántas veces he querido decirles a las personas con quienes me reúno, la verdad. Al menos mi verdad de las cosas. Y por este miedo intrínseco, me reprimo, me retuerzo y me convierto en eso mismo que antes pensaba. Habría que experimentar las circunstancias, para saber lo que se siente en estos casos.

Ahora todos ellos, allí reunidos bajo la sombra de los Laureles, parecería la imagen del paraíso, pero si exploramos en la mente de todos y cada uno de ellos, estaría el caos, el infierno. Sería como destapar la caja de Pandora, con todas sus consecuencias también. Y en ocasiones tengo deseos de que esto ocurra de una bendita vez, para ver si pudiéramos ser mejores, o peores. En es-tos casos nunca se sabe lo que pudiera suceder, una vez y cam-biase el contexto. El caso es que le temo a lo que pudiera acaecer. Como temo a una manifestación en contra de lo esta-blecido. Es algo que ni yo mismo puedo explicar de una manera convincente. Quisiera que pasase y al mismo tiempo rehuyó la situación. Evito desde lo más interno de mi conciencia, el verme envuelto en un escenario semejante. El miércoles estará el Papa en estas mismas calles. Cuán in-teressante podría ser tener una conversación con él, pero esas son cuestiones que nos están vedadas. Si al menos tuviéramos ac-ceso a Internet o si pudiéramos tener un blog donde comunicar nuestra opinión, me sentiría mejor, y creo que un tanto más humano. Entre otras cuestiones podría desahogarme y quizás salir de este embrollo de sentimientos que cada día que pasa retuercen más mí alma. Y digo alma en el sentido profano de la 87} palabra. Quizás y los cristianos, usarían otro vocablo como el más indicado. En una sociedad que pretenda ser plural, debería ser de esa manera, de eso no tengo dudas. Ojalá y en unos años, aquí bajo esta misma sombra, y tan cerca del Alma Mater, cual-quier palabra pudiera tener varios significados, sin que se pre-juzgue, ni se censure por ello. 88} La noche estaba fría de nuevo, húmeda en aquel rincón de la ciudad, pero a Mariana, esta vez no le dio tos, ni protestó por tener que ir de nuevo a cuidar un pedazo del Muro del Malecón.

Una extraña alegría la embargaba desde que José su jefe, le había pedido perdón, y la había puesto de nuevo en el puesto de cocinera. Al parecer ahora, cada cual y de una vez, conocían sus límites, y hasta donde podían llegar en cada caso. Se apreciaba fuerte, como con veinte años menos, y ya no le importaba que quedaran dos días para que terminara la vigilancia, aunque por lo que había escuchado, a ella solo le quedaba esta noche de guardia. Por tanto, le daba lo mismo que el Papa, estuviera una semana, o un mes más en suelo cubano. Y todo gracias a Saúl, y a sus

influencias, a sus amistades, o a su manera de comportarse en la vida. Nunca más se apreciaría sola, aunque él faltase una semana de dormir en la cama de ambos, y las demás se lo sacaran en cara como acostumbraban a hacer, las muy putas.

Ahora comprendía lo que era concebirse protegida, y para lo que había valido todo ese tiempo, en que los demás le criticaban su manera de comportarse con el esposo.

Lo había soportado mucho tiempo, sin embargo, en este momento, estaba recogiendo los frutos. Y por lo que había ocurrido, sus temores a quedarse sola estaban de más. Saúl se lo había demostrado con creces, en esa sola jornada. Así que por su parte no necesitaba nada más. A su manera era, pero la quería, significaba algo en su vida y eso era lo importante. La imagen del hijo ausente, una vez más le recordó el tiempo que no conocía el más mínimo detalle de él. España, era un país muy frío y muy distante a la vez. Él fue quien quiso marcharse. Y no, como criticaron muchos en aquel momento. El muchacho, fue en busca de un mejor destino, solo eso, como otros tantos hubiesen hecho en su caso. No tenía por qué sentir complejos, ni pensar que fuese ella más mujer que madre. Situación que en no pocas ocasiones tuvo que enfrentar, de parte de las que aún se consideraban sus amigas.

89} Qué conocían los que así hablaban, y con qué derecho lo hacían; era la pregunta más socorrida de aquellos tiempos. Pero a pesar de las dificultades, de la distancia del hijo, de los secretos a voces del esposo, Mariana era feliz. Estaba en uno de los momentos más sabrosos de su existencia, por lo menos así lo percibía. Y lo exteriorizaba, hablando más fuerte que otras veces, y aun riéndose en medio del relente de la noche, y de tener que recorrer el mismo sendero varias veces en una hora.

El recibimiento del Papa, en Santiago de Cuba, no había sido muy feliz que digamos. Un tipo se había atrevido a salirle al paso y gritar cosas en su presencia. De los detalles no estaba al tanto, y es posible que nunca en su vida llegara a conocerlos.

Las repercusiones del acontecimiento sí habían llegado a todos los que como ella pertenecían al aparato. La vigilancia de las calles se había redoblado, y había que informar de cuanta cuestión se advirtiera, pareciese esta normal o no.

Junto a los trovadores ambulantes, no podían aglomerarse más de cinco personas. Los pepillos que se vestían extravagantes, y los roqueros, ambos tenían un pelotón de la policía vestidos de civil detrás para vigilarlos. Así la lista de las nuevas tareas que le habían caído encima se hacía interminable, pero esto nada le importaba. Eso se lo dejaba al jefe del grupo, su jefe en este caso, el cual era el responsable por lo que sucediese en el área que le habían encomendado. Ella estaba demasiado sumida en sus cuestiones, para detenerse en esos detalles que ni le iban ni le venían. El tipo del Partido Comunista, también había ido a su casa para disculparse, y lo hizo delante de Saúl. A partir de ahora, sería más fácil llevarse el aceite y el arroz del comedor, para la casa, en resumen, vivirían mejor. Y por sobre todas las cosas, él le consideraría un tanto más que lo que había hecho hasta ese momento.

Miró al mar, a la oscuridad de la madrugada, tratando de penetrarla. Estaba de ánimo para revelar incógnitas, y esta hora; 90} cuando la mayoría enmudece, es la más sugerente para hacerlo.

Apenas eran las dos y cuarto, las olas estaban más altas que en otras ocasiones, y la luna llenita como una pelota de fútbol, dejaba que el mar se divisase mejor. Se sentó un momento y percibió el peso de las piernas de una vez, como si le tiraran del cuerpo. Desde que comenzó la guardia esta era la primera vez que lo hacía. La cascada que estaba en frente llamó su atención.

Estaba muy iluminada, hermosa. No le interesaron las dos o tres parejas, que todavía merodeaban por sus alrededores, como debía ocurrirles a los demás que le acompañaban en ese momento.

Sin embargo, sin poder evitarlo, y como para terminar de ignorarlos, la imaginación se le terminó de ir. Se fue un tanto más lejos, a cuando comenzaba el noviazgo con Saúl. En la gasolinera del frente lo conoció, quizás una madrugada como esta. Allí, él había trabajado, pero cuando lo votaron, y de esto hacía ya unos cuantos años, ella había asumido su manutención. Lo mimaba como a un niño, y él le reciprocaba, a su manera claro, pero lo hacía. Reflexionó mirando una estrella que se escapaba, o pretendía escaparse de la noche. Pediría un deseo, o es que ya se lo habían concedido. Había tenido la impresión de perder el tiempo en estos últimos años, pero ahora descubría que no, que le pertenecía.

Saúl le había demostrado de una vez y por todas lo que significaba en su vida. Por eso debía perdonarle todo lo demás, y no hacer caso de las hablurías de los otros, que tal vez, lo que querían era perjudicarlos.

En esos momentos, aparecieron dos muchachas con unos extranjeros y comenzaron a tirarse fotos a su lado. El jefe la llamó de donde había estado sentada, y tuvo que levantarse. Ahora sí apreciaba el cansancio, rondándole cada una de sus articulaciones, qué importancia podría tener que saliera en las fotos, le daba igual una cosa que la otra. Pero el tipo dijo, que esto podía tomarse como prueba de lo que estaban haciendo ellos ahí. Y en verdad a Mariana, la situación le olió por primera vez como a algo de paranoia. Acaso el jefe no veía, que lo que estaban haciendo las muchachas nada tenía que ver con la política. O los 91} cargos se le habían subido tanto a la cabeza, que intentaba controlar la vida íntima de cuantos le pasasen por delante.

Ella, no estaba al tanto por supuesto, de los informes que el tipo tenía que dar a sus superiores. De la existencia del puesto de mando, que a su vez tenía que elaborar toda la información, y brindar un memorándum concreto a los superiores, que eran los que a la larga tomaban las decisiones. Era un tema demasiado peliagudo para ella, que no entendería, que el tipo que salió a protestar delante del Papa, en Santiago de Cuba, había sido llevado a la obediencia por unos tipos vestidos de camilleros, o paramédicos como está de moda ahora llamarlos. Y que supieran controlarlo, y más rápido de lo que pueda suponerse. Ella estaba demasiado sumida en su vida, para ocuparse de la de los demás. Bastante hacia que venía y cumplía con el deber, y después se iba a trabajar a la cocina, sin que apenas el cansancio de sus piernas la hiciese

quejarse. Y no es que le gustase que-jarse, pero en realidad estaba agotada, menos mal que esta era la última guardia que le tocaba. Volvió a toser, y la compañera que estaba al lado volvió a espabilarse y volvió a pedirle otro ciga-rrro. Fumaron las dos, espantando los mosquitos que se resistían a la frialdad de la noche y los manotazos de los demás. Quizás, como una premonición al instinto de las dos, volvió la imagen del jefe que las conminaba a que se movieran hasta un grupito que se había formado junto a la fuente. Marchó contenta, resig-nada, con la imaginación en el mismo lugar, pero treinta años atrás. Sin escuchar el rumor del agua al caer cascada abajo, el ruido de los autos, ni los silencios a intervalos. Era la última ma-drugada de vigilancia, y eso era lo único que le importaba.

92} Milagros asumía un extraño presentimiento, una corazonada, como gustaba decirse. En éste caso, el aliento de Junior, en otra madrugada de insomnio, no le advertían otra cosa. Se volteó de lado, acercando la cola a las entre piernas del hombre, un tanto distantes para dormir juntos. Pudiera haber sido este un acto in-voluntario, con la esperanza solo de una comunicación, sin em-bargo, él continuaba haciéndose el dormido. Junior, no podía engañarla, después de haber pasado tantas noches en el mismo lecho. Entre otras cosas, estaba acostumbraba a velarle el sueño, y en una ocasión hasta llegó a espiarlo, por las palabras que sol-taba entre sueños. Como último recurso, metió parte del blúmer entre las nalgas y se encogió otro tanto sobre sí. Arrimando el tiro al blanco, lo más cerca posible del objetivo, removiéndose, pero sin el más mínimo resultado. La presencia de otra mujer, de seguro, era la causa del problema.

Debía convencerlo, para que se fueran a Miami, donde sus pa-dres la aguardaban con una casa a medio pagar que al final sería para ambos, y para los hijos que debían nacer. Allí, donde la tecnología y los médicos debían ser mejores, seguro y las cosas le iban a cambiar. Llevaba la espina de no poder haber parido, bien dentro. Y cada situación como la que en estos momentos la agobiaba, no hacía más que corroborarle, que quizás estuviese perdiendo el tiempo al lado del hombre equivocado. El mismo que la hizo desistir a última hora, de viajar con sus padres. Estaba consciente del daño que le había causado a ambos. Pero sobre todo a su madre, para la cual ella era el único refugio y amparo, ante el carácter del padre. Desde allá lo que le llegaba, todo parecía ser color de rosas. No obstante, intuía que los matices debían ser diferentes.

Conociendo ambos tempera-mentos hasta la saciedad, resultaba poco probable que se pasara aquella píldora, aunque en ocasiones no le quedaba más reme-dio, que tragar en seco y asumir las situaciones tal y como se las contaban. Quizás el clima y las condiciones de aquel país, tuvieran influencias que hasta ahora desconocía. 93} Por otro lado, se encontraba bien aquí, al lado del esposo. Si bien lo asumía más seguro allá, del otro lado del charco; donde quizás fuera más dependiente de los suyos y de ella. Ahora que las nuevas leyes le permitían vender la casa. Podían llevarse el dinero y comenzar con cierta ventaja. No como sus padres, que lo hicieron de cero. Hasta un negocito y todo podían montar. La idea le estaba dando vueltas, desde la última vez que habló con la

madre. Aguardaba solo el momento idóneo para comentarlo, alguna que otra rabieta que el marido tuviera en el trabajo, y así ofrecerle la posibilidad en bandeja de plata. Cuando se indis-ponía con José, el mal humor le duraba semanas. Igual que cuando se le rompía el carro, y tenía que ir y venir al trabajo en guaguas.

Movió en redondo varias veces la cola, esperando una respuesta, y nada sucedió. Hacía más de dos semanas que no tenían sexo como tal. Un dolor al costado del esternón, le hizo acordarse de la presencia de otra tipeja, de nuevo entre los dos. No podía creerlo, ni estaba en condiciones de asumirlo. Empujó duro has-ta sentir el movimiento de él, que a la sazón se viró de frente y le respiró fuerte, compartiendo por unos breves segundos el aliento. Lo conocía demasiado, y aunque en estos momentos, no surtiera efecto, era una de las variantes que más lo excitaban.

Le dolió que no se moviera, que persistiera en el intento de hacerse el dormido; el muy cabrón. Desde la posición en que estaba miró el reloj, encima de la mesita de la parte de él. Eran la una menos cuarto, y se había tumbado a las once; veinte mi-nutos quizás, después terminar de ver la novela del canal veinti-siete. Le dolía que se acostaran juntos y que él le hiciera tan poco caso. Si al menos cuando llegase a la cama lo encontraba dormido, la sensación de desamparo era menor, y más sopor-table en su caso en que él lo era todo. Entendía un tanto ahora mejor a la madre en su agonía. Cuando aquello, quizás y fuese ella muy niña para juzgar los mensajes que dejaban cada uno, y a su manera. 94} Las relaciones de pareja, siempre han sido las mismas, aunque cambien los contextos y el modo de pensar de las personas. En estos momentos en que la realidad la ha golpeado también a ella, hubiera entendido mejor la situación, sobre todo el desam-paro de la madre. Y aunque ellos hubieran empleado señales de humo para comunicarse, lo hubiese entendido. Pero la expe-riencia, es una chiquilla caprichosa, y ahora era que le revelaba esa otra realidad, que permaneció oculta hasta vivirla ella misma como tal, parecía un castigo del señor. Al fin comprendía un sinfín de cuestiones que por aquel entonces no pasaban de ser crisis de adultos, y en las que nunca la madre le dio partici-pación alguna.

Se levantó de un tirón, sin la menor condescendencia, y se fue a la cocina a prepararse algo que llevarse a la boca. En los últimos tiempos la ansiedad le daba por comer, y esto la había llevado a perder la esbeltez de su silueta. Ahora la cintura amenazaba con desaparecer bajo un manto de tejido blando, fofo, que le daba terror cada vez que lo miraba. A pesar de los ejercicios en las tardes de gimnasio, las diferentes dietas que compartía con las amigas, y que solo hacían que se auto engañara, quizás con la expectativa de que mañana estaría mejor la situación. Además de las horas de bicicleta, o de simplemente caminar de un lugar a otro, cuando se encontraba deprimida. Y estos salvavidas alrededor de la cintura tenían el poder de ponerla en ese estado, en que a veces no quería ni que la vieran los demás. Las tareas de la casa cada día las hacía más rápido. Ahora tenía horno de microondas, lavadora de última generación, y cuantas comodi-dades pudiera darse. De no ser por las actividades y las liturgias de la Iglesia, su vida fuera siempre solitaria, y

en una constante angustia por la ausencia del marido. Preferiría que él no trabajase, o al menos que pusiesen un negocito en la casa, y si fueran los dos juntos, muchísimo mejor. Necesitaba el llanto de un niño, las noches en vela, cuidándole el sueño, de Junior ocupándose de las cosas de los dos. No como ahora, con ese 95} desespero que la agobiaba, y que no la dejaba pensar en calma, ni acomodar sus ilusiones.

En uno de los momentos de mayor silencio, escucha la puerta del baño que se cierra a sus espaldas. Ladea la cabeza, esperando que él se acerque de un momento a otro, y la sorprenda por detrás, como acostumbraba a hacer en los buenos tiempos. Un olor a queso y a huevos, se esparce en todas direcciones, y esto quizás fuese lo que le hizo decidirse para acabarse de levantar.

Bien conocía ella el porqué de quererse hacer el dormido.

Aguarda tensa, esperando el otro sonido que no acaba de llegar. Apaga el fogón mirando todavía para el baño, y va para allá, resuelta a todo.

Llegando se abre la puerta y Junior restregándose los ojos le pregunta:

— ¿Qué haces..., qué hora es...?

—Haciéndome una tortilla... ¿Quieres mi cielo?

—Si dame un pedacito, a ver si me entra sueño...

— ¿Estabas despierto... verdad?

—Estoy tenso, esos partes a toda hora..., ya sueño hasta con ellos...

— ¿Tienes problemas?

—Los de la oficina, ¿Te enteraste, lo del tipo en la Misa de Santiago?

—Ya ni conversamos..., anoche llegaste y te acostaste, ¿Dónde comiste?

—A dónde va a ser..., en el trabajo. Estamos acuartelados, y ahora con lo de este tipo, más todavía...

— ¿Quieres otro pedacito de tortilla?

—Si dámelo con pan, tengo hambre.

— ¿Qué comiste ayer?

—Una gandofia ahí...

—Estás extraño...

—Cansado es lo que estoy. Dice José, que cuando se vaya el Papa, me va a dar una semanita ahí...

—Qué bueno... ¿A dónde vamos a ir? 96}

—No sé todavía..., pícame un pedacito más. La mitad del pan quedó sin nada.

—Vas a engordar...

— ¿Tú crees?, eso que importa...

—Ya no me lo dices a mí. Antes te importaba, o al menos lo disimulabas ¿No te interesa verme gorda ahora...? ¿Verdad?

— ¿Qué dices chica?

—Que no te importo, ¿Cuántos días hace que no...?

—Estoy cansado, agotado, extenuado... Llevamos más de quince días acuartelados, desde lo de las Iglesias. ¿Acaso se te olvidó?

—Ojalá y sea eso...

—Ustedes siempre están viendo fantasmas...

—Y tú siempre dando pie a que los instituya...

—No te das cuenta, te quiero mucho..., mucho.

—No empieces, por favor, estoy cansado...Ese tipo de Santia-go, ahora vino a ponerle la tapa al pomo. Allá en el trabajo están todos histéricos...

—El sacerdote de nuestra Parroquia, está muy enojado, por cómo se ha tratado de tomar la visita del Papa. ¿Y en fin... qué fue lo que dijo el tipo ese?, todo el mundo habla de eso, pero na-die sabe a ciencia cierta, lo que ocurrió. Dicen que por el cable están repitiendo el video a cada momento...

—Nosotros en la oficina lo vimos. Fue un excéntrico ahí, tra-tando de jodernos la cosa...

—Un camillero le entró a trompadas..., con eso tampoco la Iglesia está de acuerdo.

— ¿Y qué querían, qué las cosas tomaran fuerza?

—Dice el padre, que los católicos están en contra de toda vio-lencia...

—Sí..., pero si no se para a tiempo la cuestión... ya tú sabes... Esos hijos de puta son de madre, donde hay dinero de por medio...

—¿Y tienen pruebas de eso?

—Son muchos años lidiando con la misma cosa, los cono-cemos..., aunque se disfracen los conocemos... 97}

—Yo creo que tampoco es para tanto.

—Por culpa del hijo de puta ese, es que nosotros estamos en alerta máxima. Y ¿tú sabes lo que eso quiere decir?, muy sim-ple..., que esté así como estoy... Y que tú para hacerlo más di-fícil, le echas la culpa a que tengo otra mujer...

—Paz es lo que se necesita amor, recuerda eso...

—Mi jefe dice que todos ellos son una partía de...

—De qué cielo, has puesto una cara tan cómica...

—De nada chica, ni tú ni yo vamos a resolver nada, olvida eso...

—Sí, mejor dejamos el tema..., mañana es la Misa aquí y se acaba la visita del Papa. Quiero estrenarme el vestido que me mando mami.

— ¿Por fin..., insistes en ir?

—Claro cielo, todos los de la Congregación vamos...

—Yo mejor tú, me quedaba aquí en la casa tranquila..., por si acaso.

—No va a pasar nada... ¿estás histérico tú también? Ninguno de nosotros vamos a permitir que nos echen a perder la celebra-ción.

— ¿Y ustedes con que cuentan?

— ¿Nosotros?..., no sé...

—Van a haber miles, unos cuantos miles infiltrados entre uste-des, y estos, en caso de que den la orden, van a actuar...

—Pero no contra nosotros... no seas bobo cielo.

—En una situación de ese tipo, nunca se sabe... mejor no vayas a ningún lugar, hazme caso. Y después no digas que no te cuido, y que tengo otra mujer. Si así fuera no te diría nada.

—Tengo que ir, las demás van; no soy menos que nadie.

—Pero sí tienes una información que no tienen las demás.

—Ustedes no acaban de entender lo que es la Iglesia todavía...

—Pero están metidos en el rollo. ¿No lo entiendes? El Papa, hizo unas declaraciones en el vuelo hacia México, que aquí in-quietan...

— ¿Inquietan a quién? Eso es paranoia...

— Lo que sea..., pero creo que no debes ir. 98}

— ¿Y cómo se los digo a ellas?

— ¿A quiénes chica?

— A mis amistades...

— Casi todas ustedes son mujeres. Y si esos degenerados planean algo, en las primeras en que se van a escudar es en ustedes.

— ¿Recuerda? Los tipos que se metieron en la Iglesia de Salud, y en las otras. Están sueltos..., controlados, pero sueltos.

— No va a pasar nada mi amor. Si la iglesia hubiese tomado otra actitud quizás; pero de la forma que ha actuado. No deben quedarles dudas a nadie. Tanto en uno como en el otro bando.

— Aparecieron propagandas, incitando a manifestarse. A meter-se en los Templos, ¿Lo sabías?, no se te ocurra decírselo a nadie. Lo dijeron para consumo interno...

— Despreocúpate, por mi boca nadie se va a enterar, pero además esas no son cosas de nosotros.

— ¿Y los curas que dicen al respecto?

— Lo que te he dicho, la Iglesia solo pide paz...

— No las tengo todas conmigo al respecto... Se respira un vaho de insinuaciones, que no hay que ser muy inteligente para darse cuenta...

— Paranoia amor, eso es paranoia...

— Sigo con hambre, ¿Por qué no preparas algo más sólido, a ver si nos entra sueño a los dos? Mañana me espera un día de perros. Es el último, pero imagino que el más intenso.

— Nosotras vamos a estar en la plaza antes el amanecer...

— Sigues con lo mismo...

— Esta oportunidad de ver a su Santidad de cerca, no la voy a perder por nada.

— Ten cuidado..., cuando veas caras extrañas, trata de apartarte. Por lo menos hazme caso en eso...

— Si en Santiago, y en el Cobre no surgió nada de importancia. Aquí menos, según tú el aparato es más completo; ¿Y cómo es eso de dividir la plaza por bloques, todavía no entiendo?

— Lo más sencillo del mundo. En cada rectángulo habrá un número limitado de personas, y si estas se conocen, pues mucho mejor; ese es el objetivo. Te dije que va a haber de un treinta a 99} cincuenta por ciento de los nuestros y vestidos de civil. Los vas a notar, verás... y más tú que eres fisgona.

— Acaba de comer y nos acostamos, verás el sueño tan rico que nos va a entrar papi.

— Mili por favor, déjame descansar. Mañana me espera un día de perros, ten piedad de mí.

— Me enjuago la boca y me acuesto, espérame. Si no tenemos sueño, seguimos hablando de la Iglesia y la policía. Veo que te fascina el tema.

— Mili ahora no quiero hablar ni de tesoros escondidos, estoy cansado..., cansado. 100} Lazarito, y los demás del grupo, al final de la noche habían ido a parar a casa del profesor Alexis. Después de vagar de un lado para

otro, con un temor al que todavía no se acostumbraban, no les quedaba ya nada por hacer. Las expectativas en todo caso habían quedado truncas, eternizadas en el tiempo, o congeladas en un futuro al que no estaban seguros de poder llegar. No querían perderse la última noche de estancia de su Santidad en la ciudad, aunque esta resultara silente, fantasmagórica, a tenor de las noticias difuminadas al respecto. Entre otras cuestiones a las que daban particular importancia, pretendían palpar de primera mano las incidencias, para que después nadie fuera a hacerles un cuento chino.

Hasta el momento, todo estaba en calma, quizás algunos vehículos más de los extraños circulando. Pudieran también estar algunos grupos de segurosos enmascarados entre las personas de a pie. Pero en sentido general todo era normal, para una madrugada de finales del mes de marzo. Habían pasado por la Plaza de la Catedral, por el malecón que bordea la bahía, desde donde se divisa el Cristo de la colina de Casa Blanca, que había sido reparado para la ocasión. Estaba iluminado, pero no parecía haber nada particular en sus alrededores, que denotara la presencia del jefe de Estado del Vaticano en ese mismo entorno.

Un tanto más cansados, y cuando comenzaban a aburrirse, subieron a la ruta veintisiete, un ómnibus perdido que paró frente al Bar Cabaña, a un costado del túnel. La guagua a estas horas estaba desierta, y al parecer solo para ellos. Anduvieron media Habana, hasta llegar a la calle G, donde hicieron la primera escala. Después pasaron por el parque El Quijote. Y de soslayo bordearon el monumento a Mella, sin atreverse a cruzar por el medio. En frente estaba la Escalinata de la Universidad. Ciertamente iban en parejas, sin escandalizar, y haciéndose los enamorados, pero nadie se metió con ellos. Las Iglesias a estas horas estaban cerradas, y a no ser que los acontecimientos fueran en 101} los suburbios de la ciudad, lo que ellos habían visto hasta ahora; todo era lo más normal del mundo.

Después de tocar a la puerta del profe, se dieron cuenta que las luces en su habitación estaban encendidas. Vivía en un cuarto de apenas cinco por cuatro metros cuadrados. En ellos había una salita, la cocina, el baño y arriba en la barbacoa, el cuarto de dormir y la biblioteca. Por lo menos así él la denominaba, y ellos no eran nadie para contradecirlo. En eso se había convertido aquella casa, después que su primera mujer le pidiera el divorcio. No todas se acostumbran a un tipo como Alexis, empeñado en vivir de su salario, y además uno de los que pensase en primera instancia, en libros y en las cosas del otro mundo, que en un plato de frijoles calientes.

Es cierto también, que ella tenía un hijo pequeño, que arrastraba de una relación anterior. Y que la tipa en parte resolvía su problema, vendiendo diez mil baratijas en la bolsa negra, pero esto y dicho en buen cubano, solo para subsistir. Al parecer se aburrieron, o quizás fue que nunca estuvieron enamorados. Cualquiera de estas dos posibilidades, u otras tantas pudieron ser la causa de que el matrimonio del profe, no perdurara. A ciencia cierta no se conoce nada definitivo al respecto, al menos salido de su propia boca. Lo importante es que su morada constituía el refugio ideal en que Lazarito, venía a refugiarse cada vez que la vida le daba un

pescozón. Ya fuera con Liborio, en la escuela, o hasta como confidente de sus amores. Para todo esto servía el profe, que estaba siempre dispuesto; atento a sus muchachos, como así les decía. Y el cariño en este caso parecía recíproco.

Ellos con sus pocas posibilidades, siempre que le hacían la visita, se aparecían con un té, unos dulces y en ocasiones hasta con un cake. Por supuesto esto se reservaba para las ocasiones especiales, como los cumpleaños, y otras fechas, las cuales se habían acostumbrado a celebrar juntos. El profe, era el profe y siempre alguna particularidad distinguía la visita de cualquiera de ellos. En este caso parecía no haber distinción alguna, aunque 102} sí preferencias, que más bien tenían que ver con el tema que caracterizaba a cada uno de los muchachos.

Después que al profe, lo expulsaron de educación, había pasado por una cadena interminable de oficios, sin que ninguno al parecer resultase definitivo. También es de considerar, que una cosa fue antes de Delia, su primera esposa, y otra después. Y para esto, ellos se referían a antes de nuestra era, o después. Lo cual más que un chiste, parecía un recordatorio para él, de los buenos y los malos tiempos. Al principio de nuestra era, había que ayudarlo para que la covacha estuviera organizada. No hubiera pes-te a sudor, ni medias tiradas en las esquinas. También hubo que enseñarle el arte de freír un huevo, con poco aceite. Y esto por dos causas, para que gastase menos, y para que fuera lo menos dañino posible.

El profe, a pesar de tropiezos lógicos, parecía avanzar en el aprendizaje, más de lo que ellos habían supuesto en primera instancia. Y para aproximar más, aquella vida con la historia de todos. Hubo en el periodo posterior al cambio, una Edad Media, en la que se empató con una ex alumna, pero de algunos cursos anteriores al de ellos. En ésta etapa, el tipo se volvió un tanto huraño, recelaba de ellos, y hasta en ocasiones se les escondía.

Al final vino el renacimiento, cuando la tipa se largó con un no-ruego que al parecer le prometió más de lo que podía un pobre vendedor de libros usados, lo que era Alexis, en esos momentos.

Ahora vivía de unos turrónes de maní que hacía, para que una vecina de los altos se los vendiera. En esto no era malo tam-poco, le había cogido el golpe y con algunas tretas, hacía que con menos capital invertido ganase más dinero.

Además, de una forma u otra, le estaba dedicando tiempo a lo que habría sido el amor de su vida. Escribía, por las mañanas esos artículos, primero en una Remington oxidada, que uno de los muchachos le había recuperado de las afueras de un tam-bucho de basura. Después en una Pentium dos, que más que eso 103} parecía volver el ambiente a antes de nuestra era. Al tiempo de los dinosaurios, y esto siempre era causa de bromas y chistes, en ambos sentidos. Otra cosa era cuando terminaba alguno de sus artículos, y se los daba a ellos para que los saboreasen. En este caso, se habían convertido en sus críticos, y además en sus fanáticos. Algo difícil de creer unos meses atrás. Este era un mundo que juntos se habían encargado de construir. Y para lo cual es-taban

dispuestos a cualquier sacrificio, incluso a trabajar, o co-laborar con el negocio del profe como decía Lazarito, quien siempre que venía a hacerle la visita, le traía unas libras de maní, del agro del lado de la casa, o un poco de azúcar, de la que sobraba en su casa. La tía Mariana acostumbraba a abarrotar el depósito que estaba debajo de la meseta. Y sin que ella, o su padre Liborio, se diesen cuenta de cuándo faltaba o sobraba del dulce cristal. Siempre que las circunstancias fuesen propicias él se las llevaba. De esta manera lo ayudaba y se complacía a la vez. Aunque fuese evadiendo controles y fiscalizaciones, que nada tenían que ver con el caso en cuestión.

En esas ocasiones, cuando algún meteorito cruzaba la órbita y se apoderaba del recinto, como la ex alumna, ahora en Noruega, esperaban sin entrometerse. Conocían de sus derechos y deberes, y cual si estuviesen plasmados en una constitución secreta, así eran cumplidos. En esta ocasión, esperaron un tiempo prudencial, y al cabo volvieron a tocar el timbre, no querían violentar sus derechos. Si estaba con alguna otra mujer que ellos no conocían, que la despidiera, nada más fácil que eso. Y para demostrar que estaban dispuestos a todo, menos a marcharse, se sentaron en el contén de la acera del frente. Desde allí serían vistos, cuando a él le alcanzara el tiempo para asomarse a la ventana.

Miguelito insistía, en que debían seguir apretando el timbre para joderlo. Y decidido se levantó del contén, pero los demás no estuvieron de acuerdo y se lanzaron sobre él que resuelto, había 104} salido a hacer lo que se había propuesto. Se empujaron, gritaron, se revolcaron. Y en menos de un minuto, tenían a diez personas que sin parecer impertinentes, les preguntaban qué estaban haciendo. Y si vivían por los alrededores. Al instante Lazarito, se acordó de lo que hacía su tía Mariana junto al Muro del Malecón, y se adelantó a decir que no conocían a nadie en ese reparto. Habían salido de una fiesta y que ya se iban para sus casas. 105} Este era el último día de la estancia del Papa, en Cuba, y Mariana, no abrigaba deseos ningunos de asistir a las festividades en la Plaza de la Revolución, que tan bien se había engalanado para la ceremonia. La jornada se había declarado festiva para la ciudad, y quizás por esto, el jefe le habría dicho que si no quería, no fuese a trabajar. De todas formas se lo iban a pagar, y no es que fuese un nuevo jefe, y que quisiera congraciarse con ella, eran sus derechos. En realidad estaba extenuada con unas ojeras que le llegaban a los tobillos, pero esto no era lo peor. La había todo y cuanto tuviera que ver con la Iglesia; se había saturado de forma tal, que no quería saber nada, y menos hoy que era miércoles, el día atravesado de la semana. De pequeña había asistido a los catecismos, una manera de su madre de querer parecerse a las señoras de dinero de aquellos tiempos. Y lo más importante, sin preguntarle nunca por sus apetencias al respecto.

A ella le gustaba mucho más irse a los planes de la calle, donde se rifaban libros, y la dejaban manosearse con el novio de turno.

Es cierto que en aquel entonces, era solo una chiquilla, y en una edad en que los primeros ardores se confundían con otras sensaciones placenteras, y que en la Iglesia eran reprimidos al punto de considerarlo

pecado, palabra inexacta, que hasta estos momentos jamás Mariana, ha comprendido en su exacto sentido.

Ahora, y de acuerdo al parecer de sus jefes, en las mismas entrañas de esa misma institución, ocurren hechos mucho más punibles, pero sobre todo, quién era ella para opinar siquiera al respecto. No se puede ir contra natura, ni en ellos que pretenden ser santos y mucho menos en su caso, que pudiera parecer todo lo contrario. Siempre en su caso trató de aprovechar el tiempo para divertirse, en aquellos momentos, cualquier frase le hacía desbordar en risas, pasarla bien era lo más importante. Por eso ya sea en los planes de la calle o en el catecismo, lo importante resultaba estar fuera del alcance del campo visual de los mayores de aquellos tiempos, implacables en las cuestiones referentes a las relaciones entre semejantes, sobre todo en las cuestiones de sexo. 106} Todo había sido sui géneris en su vida. De la madre pudo solo aspirar un halito. A los doce años se había venido para La Habana, a estudiar becada, en una de las tantas mansiones que años atrás habían pertenecido a los ricos de antaño. Cuando llegó del campo, todo aquello tenía la capacidad de asombrarla, y esa magnificencia que solo ha podido aspirar, en raras ocasiones en su posterior vida. Por una u otra circunstancia, nunca más regresó al hogar, y el ambiente citadino se le fue haciendo lo más habitual del mundo, aunque eso sí; moldeando su vida, al punto de parecerle extraterrestres a cuanto pariente dejara atrás. Mirando la situación desde este presente, hogar, lo que pudiera llamarse hogar, solo después de juntarse con Saúl fue que pudo tenerlo. Llamar hogar a cuatro paredes destartadas de madera, una madre semi alcohólica y unos hermanos desperdigados, era un eufemismo. Y mucho menos, cuando su padre, atropellado por un camión en una de aquellas borracheras, y muerto días después, en el hospital provincial, le pusiesen la tapa al pomo.

Resultaba una insinuación sin dudas, pretender que hubiese nacido, como la mayoría de los que después conoció, o como el común de los mortales. En su caso, estas cuestiones tendían a tornarse con unas particularidades que jamás concibió. De la muerte del padre, se enteró mucho después y por pura casualidad. En primer lugar, porque no supieron localizarla en aquel momento. La madre la hacía estudiando para maestra en una escuela de señoritas. Y en realidad, estaba trabajando para las milicias, y viviendo con un suboficial que se había enamorado de ella, de una manera que ningún otro hombre lo había hecho hasta ese entonces. A no ser porque el tipo se fue al África a combatir, todavía estuviera tras su falda; de eso estaba segura.

Después al quedarse sola vinieron otros. Sin desdorar a las demás, era la más apetecida de la unidad militar en la que comenzó a laborar, meses después. Allí fue donde aprendió a cocinar y donde tuvo a Víctor, su primer y único hijo, que en primera instancia debió ser blanquito como el coco, y le salió color café, 107} y con los pelos enmarañados. Segundo tras pie que le ponía la vida. En aquel tiempo eso de los condones era cosas de películas y de gente de la High Live. A ella le gustaba al natural, y en los momentos más imprevistos del día.

Evaristo, el esposo por aquel momento, un guajiro más bruto que un arado, le propuso que fueran a vivir para otro barrio, y que dijeran que ese hijo era de su anterior matrimonio. Por su-puesto que ella nunca estuvo de acuerdo en dejar el trabajo, don-de la consideraban de verdad, y de lo que vivía y dependía para criar al pequeño. Es cierto que por aquellos tiempos nunca pasó trabajo, siempre alguien de una forma u otra, le extendía la ma-no. Dificultades como las de ahora, jamás conoció. Además nunca le hizo falta robar para mantener un estatus de vida. Sobre todo cuando al cabo de unos años, ya el niño estaba grandecito, y se fue a trabajar para aquella casa de visitas donde venían los jefes a descansar. Allí si se dio la gran vida, y a cada rato soñaba con aquellos momentos. Los únicos de toda su existencia, en los que tenía periodos de considerarse una gran señora. Todo, hasta que conoció a Saúl, primo del jefe de abastecimiento de aquello, que nunca conoció, si era un segmento de la Unidad Militar, o un establecimiento aparte. Después lamentó mucho el haberse fijado en ese don nadie, con la cantidad de candidatos de alcurnia que había detrás de ella. Así es la vida, y "la yagua que esta para una, no hay vaca que se la coma". En ese cachumbambé, unas veces estamos debajo y otras un tanto más arriba. Lo importante es adaptarse a la situa-ción y no ambicionar, ni lo que queda detrás, ni lo que supues-tamente está por venir. El futuro muchas veces es una quimera tras la que corremos en ocasiones más a prisa de lo que po-demos. Ahora Saúl es mi vida, y así debo aceptarlo. Es lo que me tocó, lo que elegí, y de seguro, debo considerarlo parte de mí. No por gusto hemos pasado estos últimos veinte años el uno al lado del otro moldeándonos y asumiéndonos. Por ejemplo, eso de guardarle rencor al maricón de José, es una de las resacas 108} que tal vez usurpé de su carácter. Y eso si no me lo quita de encima nadie, aunque mi propio marido dice que pase la página. En estos años también aprendí a odiar a los que quisieron ha-cerme daño. Eso es una máxima entre los militares a los que les debo parte importante de mi formación. En estos momentos soy graduada de doce grado, bachiller, aunque conozca muy poco al respecto. La revolución me ha da-do la oportunidad, y he sabido aprovecharla. Y por nada del mundo dejó yo la cocina, con todo y los trabajos que he pasado en ella. Eso también forma parte de la vida, y es mi vida en definitiva. El día de hoy lo han dado libre, pero por Dios que no tengo deseos algunos de ir a la Misa en la Plaza de la Revolu-ción. Estoy repugnada de religión y hasta el mismísimo tuétano de toda esta vorágine que se ha desatado con la visita del Papa, a Cuba. Y por mucho que me expliquen no voy a entender, cómo se puede invitar al país a una persona que pudiera hacernos daño. Todo este tiempo que se ha perdido y las energías que han gastado, de seguro hubiesen hecho falta en otros ámbitos. El compañero del partido, me dijo que la política es así, y que va a valorar ponerme en un curso de superación para cuadros. Si él supiera, que el certificado de doce grado, me lo dieron como a veces me dan unas libras de frijoles cuando sobran en el al-macén. Pero si se lo digo echo pá

adelante a los demás compa-ñeros. Hoy es un día especial, no voy a coger lucha, y voy a disfrutar aquí sin Saúl. Alquilaré una novela a la muchacha de la esquina. Y por lo menos lo que es el día de hoy lo voy a pasar tranquila, mirando la televisión, y dentro de mi casa. Eso del Papa y de la Misa es para otros, no para mí. Si al menos supiera donde está metido Saúl en estos momentos, tendría más calma para otras cosas. Desde que amaneció se largó a la calle y quién sabe en estos momentos lo que esté haciendo el muy degene-rado.

109} Si enciendo la televisión todo iba a ser de la visita del Papa, y estoy hastiada de tanta retórica, rebosada de tanta palabrería al respecto. Una buena telenovela brasileña, o mexicana, es lo que necesito en estos momentos. Estaba segura que con eso iba sentirse feliz, que iba a olvidarse de cuanto la agobiaba, incluso de que hoy fuese miércoles, el día atravesado de la semana. 110} En el puesto de mando, la situación estaba bajo control. Por lo menos, esa ansiedad que se respiraba en las jornadas anteriores, había dado paso a una dinámica de trabajo, que cada vez se ha-cía más rutinaria. En estos momentos se encontraba la situación en el clímax, en la cúspide misma de los acontecimientos, sin embargo, se respiraba calma. La Misa se estaba celebrando en la explanada de la Plaza de la Revolución. Y al parecer todo que-daba bajo control. La llegada del Papa, al lugar, había ocurrido tal y como se había previsto. El recorrido del Papamóvil, había sido perfecto, y hasta muchos habrían pensado que se trataba de hacer las cosas más fáciles para que todos pudieran ver al Santo padre de cerca. Corresponsales incluso de Cadenas de Televi-sión muy importantes, reportaban de la tranquilidad de las calles de La Habana.

Las personas se comportaban de una manera adecuada, y ni el más mínimo incidente se había producido hasta el momento. En el salón de reuniones que hasta ahora había servido de cuartel general, y donde Junior y los demás asumían sus roles. En este momento estaban todos tranquilos, sentados, viendo la trans-misión televisada de la ceremonia religiosa. Los teléfonos per-manecían enmudecidos, y solo alguna tosecilla, u otro comen-tario vertido al respecto, sacaban a los presentes de lo que acon-tecía, a unos escasos kilómetros del lugar en el que estaban.

Aunque muy pocos de ellos entendieran lo que estaba ocurrien-do, y no solo por las palabras en Latín, sino por el contexto, y las miles de interpretaciones que podían asumir los aconteci-mientos, les quedaba la esperanza a la mayoría de los presentes, que en varias horas, el avión de Air Italia abandonaría suelo cubano, y las pesadillas de una forma u otra desaparecerían, igual a como habían comenzado. Solo que las cosas empezaron mucho antes de que su Santidad tocara suelo cubano.

La primera noticia que llegó, por cierto, a manera de avalancha, y para la que se desplegó todo el andamiaje, fue por el trece o el catorce de este mes de marzo. Se habían tomado algunas 111} Iglesias y en varias partes del país, aunque a nosotros solo nos interesaba las de aquí de la capital, también en Holguín, en Pinar del Río, y creo que en Las Tunas. Esto debe haber sido preparado, como dicen los jefes. Una situación espontánea,

nunca tiene ese grado de coordinación, ni de endebles. Si la cosa hubiese sido por convicción de los que estaban dentro, no hubiese habido Dios, que los sacase del lugar. Pero cuando la cuestión es artificial, y no hay principios, no es difícil convencer a nadie, por mucho dinero que se le pueda haber ofrecido al respecto. Además todos los implicados conocen que están en Cuba y como son las cosas aquí. Cuando se les aprieta un poco, se vuelven merenguitos y chivatean hasta su madre, si tienen que hacerlo. Por eso en realidad nuestro trabajo ha sido fácil.

Comenzamos a ocuparnos, con lo que teníamos a mano en aquel momento.

La tensión era grande, y se nos exigía un nivel de inmediatez, para lo que no estábamos preparados. Después al cabo de los días, fuimos puliendo los mecanismos. Adiestrándonos y empa-pándonos en el tema. Aquí nadie, o casi nadie, estaban al tanto de lo que era un diácono, ni un laico. Tampoco otros conceptos que después sí fueron haciéndose cotidianos, y con los que po-díamos dar una información que no fuera criticada en ninguno de los lugares a los que iba destinada. Fueron momentos difíciles en los que no se podía fallar. Aunque si una cosa nos fue fácil, fue adaptarnos, y no por las meriendas ni las comidas especiales que se nos preparaban. Las decisiones importantes, lo que se dice importantes de verdad; no nos vimos precisados a tomarlas desde aquí, y eso es un alivio, imagínate que la situa-ción hubiese salido mal, y la avalancha se nos hubiese venido encima como se presagiaba al principio. En casos así se pide la cabeza de las personas que están dirigiendo el proceso. De eso hay ejemplos de todo tipo y a todos los niveles. También todo fue a continuación del primer porrazo, y entre otras cosas se preveía que lo que nos venía para encima era una hecatombe, por eso quizás, las cosas no tomaron otros derroteros. 112} En el tiempo que llevó en esto, me he dado cuenta que lo peor que puede hacerse en estos casos es subestimar al enemigo. Pre-sentir y tomar los acontecimientos en exceso, aunque parezca contraproducente, al final tiene arreglo. La situación puede adaptarse y los males previsibles siempre van a ser menores. Eso mismo ocurre a veces con los ciclones tropicales, y valga la comparación.

En esos casos se despliega el aparato y después si la cuestión resulta de menos categoría, no importa. Lo significativo es pro-teger al pueblo. Aunque es cierto también, que se gastan en oca-siones, recursos que pudieran haberse dedicado a otras cuestio-nes. En este caso si bien con sus particularidades, ha sucedido de manera semejante.

Después del contexto de lo sucedido en las Iglesias, y cuando se intuyó que algo tremendo se nos venía encima. Vino la calma, que nos cogió desprevenidos, fuera de lugar, para decirlo en términos deportivos. A no ser la de Nuestra Señora de la Cari-dad, aquí en la calle Salud. En los demás templos resultó fácil dominar la situación, eran personas sin convicciones, y muy mal entrenadas en caso de que hubiesen sido mandadas por terceros.

Ahora en estos momentos, escucho el final de la Misa. A su propia Santidad, dando los toques finales a la ceremonia, y me parece mentira que todo esté acabando. Ellos solo se han referido a su liturgia, y si en

algún momento han mencionado otros asuntos siempre fue con respeto y tomando como centro la ceremonia. Razón tenía Milagros, tal y como se había llevado la cuestión por la Iglesia, no era de esperarse ninguna turbulencia.

Mi miedo en este caso, a que Mili, se viera envuelta en una rebambaramba de esas, fue como el caso de los ciclones, hasta yo mismo me he acostumbrado a sobredimensionar las cosas, ¿podrá eso ser posible? Al parecer y fueron paranoias, como bien ella misma comentó la noche del insomnio. No obstante, de eso nos alegramos todos los que estamos alrededor de esta me-sa, sin lugar a dudas somos de ampanga. No había nacido cuan-do aquello, pero aún se comenta "El caso Kennedy", y todo lo 113} que estuvo a su alrededor. En realidad, los cubanos somos de pinga y siempre los demás quieran o no, al final van a entender que deben tenernos en cuenta, más de una evidencia al respecto tienen de aquellos tiempos para acá.

Le escuché decir a José, que si como se esperaba las cosas al final salían bien, nos iban a premiar. Roberto, me dijo que nos iban a dar unos días de vacaciones en Varadero, o en los Cayos, con todos los gastos pagados. Cualquiera de las dos opciones, son súper. En este momento solo hay que esperar lo de la pere-grinación de la virgen, y lo otro son actos oficiales en que nada tiene que ver la población, por cierto, de qué hablaran en privado esas dos partes tan antagónicas, es una incógnita, pero a la que la mayoría de las personas como nosotros no da impor-tancia. De esta sí nos ganamos la playa, merecido que lo te-nemos. Si pudiera embarajarle a Mili me iría con Adela. Va y la convenzo para que no tenga al vejigo, el contexto sería ideal.

No obstante, pensándolo bien, de otra forma creo que me que-daré sin una hija hembra, al menos existe la posibilidad, como existe la posibilidad también que abandone a Milagros, y me junte con otra. En ocasiones, tengo deseos de no aparecerme más por la casa, pero después no sé qué pasa. Ella me quiere y estoy seguro que siempre va a estar dispuesta a hacer lo que sea por mí. Esta cabrona de Adelaida es una piruja, lo único que se mueve bien y sabe hacer las cosas. Tampoco me voy a sentir a gusto con ella, no es mujer para una casa. Ahora mismo hacién-dose la brava conmigo está que le pinta gracia al más pinto de la paloma. Hasta con José la vi salida del tiesto. Si piensa que me va a dar celos está muy equivocada. Al contrario me voy a valer de eso para hacerme el duro. En el fondo conozco hasta dónde puedo llegar, y sin considerarme un súper macho ni nada por el estilo, sé que le gusta hacerlo conmigo. Estoy consciente que le toqué donde le picaba de verdad. Sino ella no deja al subdirector de inversiones, que la tenía como una reina. El tipo al principio me miraba con cara de pocos amigos, hasta temí, y fuera a 114} tomar represalias. En definitiva aquí soy solo un comemierda más. Y si de alguna manera me he hecho necesario es por mi manera de ser. No todo el mundo tiene la sangre fría para asu-mir los roles que he tenido que asumir sin que me tiemble la mano.

Cada cual en este universo, nace predestinado para una cuestión, lo importante es hallarla a tiempo y sentirse realizado. Qué hago yo en estos

momentos en Miami, dependiendo de los padres de Mili. Sin un techo que me ampare, sin un trabajo. Además, si digo aquí en el lugar que trabajo, que me voy para allá, entonces sí me parten los cojones. A Pablo, le retuvieron la salida por más de ocho años, y solo porque el tipo trabajaba con la correspondencia. En mi caso, que sí tengo acceso a casi toda la información que entra en esta dependencia. De seguro van a dejar que me añeje, y mientras tanto de qué vivo. De lo que el déspota de mi suegro me pueda mandar, de sus migajas, ¿y el carro? Todo podría pensarlo menos con el carro, sin este si soy out por regla. Mili está loca, aquí nosotros no vivimos mal, tenemos lo que queremos, además un techo seguro. Allá todo está por ver, y por conquistar.

Cuando nos damos cuenta, que había terminado la homilía, en un principio nos quedamos como medio atónitos. Esto es lo que tanto hemos esperado y ahora que está sucediendo no sabemos qué hacer. La vista de la mayoría, está en la endeble figura de José. Es difícil pensar como este hombre, de apenas metro y medio de estatura, enclenque a más no poder, y con esa pata renga pueda ser el epicentro de toda esta campaña. Se dice que Napoleón, también era un peo. En este caso el viejo tiene su cosa, no sé si será el miedo, que los demás le tenemos, o que en realidad tiene carisma para gobernar. No todo el mundo posee estas cualidades y mucho menos en estos lugares, donde hay que luchar contra tantos obstáculos. Lo que si me consta, es que cojones nunca le han faltado; en los momentos más difíciles y cuando a muchos le temblaban no solo las manos, él se mantuvo 115} fiel a la causa, y oportunidades ha tenido de sobra para desertar en los tantos países en que ha estado. A veces da gracia ver los videos, de aquellos que desde allá, del otro lado del charco, critican esto, como si ellos mismos hasta unos días atrás, formaran parte del sistema. Por eso nunca me ha convencido la política a pesar de que vivo de ella, ¿seré un cobarde en el mejor de los casos? Es algo para lo que no tengo respuesta, y lo que debo olvidar si es que quiero mantener mi estatus quórum. 116} Después que la mayoría de las personas, incluyendo las auto-ridades de ambas partes, se retiraran de la plaza. Los muchachos se fueron reuniendo a solo unos metros del improvisado altar. Como tal la actividad había quedado hermosa. Desde cualquier ángulo en que se observase la ceremonia, el audio resultaba perfecto. Todos no pudieron estar en el mismo sitio, ni a la misma hora, por diferentes circunstancias y se habían desperdigado a todo lo ancho de la explanada, haciéndose partícipes de un hecho memorable. No todos los días la máxima figura de la Iglesia Católica, tiene la deferencia de visitar un país, y si era tenido en cuenta que catorce años atrás esto había ocurrido, pues más importante resultaba el acontecimiento. La mayoría permanecían tirados sobre la hierba.

El agotamiento ahora parecía ser mayor, los niveles de adrenalina en sus cuerpos de seguro habían descendido a valores infinitesimales. De no ser por el sol, que comenzaba a calentar, muchos de ellos hubiesen preferido quedarse a dormir sobre el pasto. Que aunque mustio por el pisoteo de momentos anteriores, todavía despedía un agradable olor a campo, por lo tanto a tranquilidad y sosiego. De no ser en su mayoría unos

incrédulos, y más materialistas de lo que de seguro les hubiese gustado ser en ese momento. Hablarían de la magia divina, y del poder de la Iglesia Católica en las mentes de los seres humanos. Sin embargo, ellos no tenían la culpa de haber nacido en un suelo que se consideraba ateo, por convicción y por constitución.

Educados en un sistema igual de incrédulo, y más materialista que los propios teutónicos, descendientes de Marx. Además, hijos de padres nacidos bajo un sistema político, distinto al de todo el contexto geográfico. Y aunque algunos llegaron alguna vez en la vida a abrazar la religión Católica, se sintieron obligados por un grupo de circunstancias a abandonar tales prácticas.

Ellos, los muchachos del siglo veintiuno, por fuerza del destino, debían ser diferentes a las generaciones que les habían precedido.

Incluso, aunque fueran educados con iguales maneras, y métodos dos semejantes, que apenas se diferenciaban el uno del otro. A veces las sutilezas, se confunden con matices de la actualidad, con modas y otras cuestiones que para el común de los mortales pasan inadvertidas. En ocasiones estas son tomadas como renovaciones, nuevas formas de enfrentar un proceso. Cuando en realidad, son solo matices que parcamente se diferencian en pequeñas cuestiones de enfoque, o de maneras de ser tratadas.

En ningún caso trascendentes, para influir en las cuestiones importantes del quehacer de la sociedad. Ellos esperaban que algo nuevo aconteciese; ese quizás era el clamor de las grandes mayorías, aunque muy pocos fuesen conscientes de ello. Así como que al menos los demás en el mundo se dieran cuenta de la situación que estaba atravesando el país. De la atmósfera que se respiraba, de la forma en que se afrontaba la realidad, pero es que como se habían desarrollado las circunstancias no dejaban espacio para nada que no se hubiese planificado ocurriese.

En Cuba, dentro de Cuba, quizás y resulte difícil explicar, pero aquí las cosas suelen ser distintas al resto del planeta. Y no es que seamos diferentes, ni el pueblo elegido, solo son las circunstancias, que quien pretenda conocerlas debe vivirlas. Ni la novela Vivir en Cuba, nos da una apreciación lo trascendentalmente verídica de la realidad, como para acatarla y ya. Siempre un texto, por muy veras que pretenda ser, va a ser contaminado con las realidades de los lectores, quienes al final son los que cuentan. Son más de cincuenta años sometidos a un cerco económico, por el mercado más grande del planeta. El más cercano además de la Isla, y de seguro su proveedor natural, amén de políticas y políticos, que tuvieran en sus manos los destinos de ambas naciones en estos momentos. Se pedían acercamientos, se nombraban y hasta se tomaban como estandartes, pero la realidad parecía ser la misma.

Esta visita; de hecho, creaba grandes expectativas, sobre todo para personas como ellos. A lo mejor un tanto más desprejuiciadas que las generaciones que les habían precedido, y que tan poco habían podido hacer para cambiar las cosas. No era que fuesen más o menos revolucionarios, este no era el kit, ni el pollo del arroz con pollo, como se dice por aquí; aunque en realidad pudiera serlo. Había que cambiar todo

lo que debía ser cambiado, y eso en esencia era revolución, tal vez y no como estaba en los postulados de las leyes, que hasta esos instantes rigiera los destinos de la nación. Por eso podría comenzar el proceso. Tan solo una cuestión tan sencilla como es la definición de un vocablo. Definir el término revolución, en lenguaje técnico, era una de las mayores incógnitas que ni ellos; jóvenes y desprejuiciados, se atrevían a asumir, aun teniendo los conocimientos técnicos para hacerlo.

Si de esta oportunidad única, no salían remedios prácticos, sería imposible tratar de resolver la situación. Era cierto además, que ellos poseían sus criterios, pero para llevarlos a vía de hecho, debían tener al menos una ínfima cuota de poder. Solo quedaba esperar, aunque las expectativas en la mayoría de los amigos de Lazarito, eran tan infinitesimales como el valor de la hormona, del ataque y la lucha, re circulando por su cuerpo. La adrenalina daba paso al sopor, y el sol aunque tenue, comenzaba a hacerse sentir en la piel de cada uno de los allí presentes, cuando Lazarito propuso:

- ¿Qué les parece si vamos a visitar al profe?
- ¿Te parece qué esté en su casa?
- A lo mejor..., él es enemigo número uno de los tumultos...
- Estoy tan cansada, que si me levanto de aquí me desmayo...
- No seas artista... ¿Si te invitan a un buen lugar... lo mismo?
- Hay casos y casos papito, y no hay que exagerar.
- Lo primero es buscar un lugar donde comer algo... después...
- Es verdad caballero, yo estoy partida también.
- Eso se conoce muchacha, no lo divulgues más...
- Tengo la solución, las mujeres esperamos aquí, mientras los machos nos van a buscar algo, ¿Qué les parece?
- Estoy tan cansada... 119}
- No es eso, tenemos el ánimo por el piso. Eso es lo que pasa.
- ¿Esperabas algo..., verdad?
- No nos engañemos, esperábamos todos...
- Pero nada hicimos...
- Al costado mío tenía un tipo que no me quitaba los ojos de encima, pá mí que suponía...
- Es posible, ellos están entrenados pá eso.
- Igual sucede con la policía, trata de pasar por su lado con algo comprometedor, para que veas..., te husmean el miedo...
- Pá mí que lo huelen tú...
- Son técnicas, es el lenguaje extra corporal... si tú quisieras sexo conmigo, me daría cuenta, conozco cómo funciona la co-sa...
- No te hagas la mística...
- No es nada de eso, es científico. Tuve un enamorado que estaba en eso.
- ¿Y qué paso, el tipo se enteró de que lo corneabas por adelantado y huyo?
- Les digo que es serio. No sé si tenga un documental que me dio en la computadora todavía. Estaba interesantísimo.
- ¿Y el tipo que se hizo..., podemos conocerlo?

—Aunque ustedes no lo crean, se esfumó. Salimos un fin de semanas y después más nunca me buscó..., siquiera llamó por teléfono.

— ¿Y tú, no tenías donde localizarlo?

—NO, la relación fue corta...

—Dime tú si el súper agente, además de predecir el futuro, fuera portador del SIDA...

—Mira quítame esa letra anda...

—Antes de abrir las patitas, debes saber por lo menos delante de quien lo haces... ahora eres un problema andante. Mejor te vas y te haces un test.

—Mejor que sí, dormirías tranquila.

—Y nosotros también. Para algo somos tu familia, ¿no?

—Caballero dejemos el obsogbo, nunca lo hago sin condón. Les tengo una propuesta ¿No es mejor sí nos vamos pá la playa? 120}

—Con esta frialdad que está haciendo, ahora si se te quemaron los metales.

—Además está de agua, ahorita está lloviendo. Miren pá arriba

—Señores, sino tuvimos el coraje de hacer... por lo menos tengamos la honestidad de reconocerlo.

—Cuando yo digo que esta chiquita va a llegar lejos... ¿Y qué propone la teacher si se puede saber?

—Propongo que dejemos de pensar como unos derrotados.

Fueron muchas las expectativas, y nada. Eso deprime al más pinto de la paloma.

—Es cierto, nos hicimos ilusiones desde lo de las Iglesias...

—Parecemos un grupo de amargados disidentes.

—Tú sabes que no... lo nuestro es distinto...

—Sí..., no tenemos quien nos de dinero ¿es eso?

—Parecido, pero mírense un momento, ¿No tenemos una culpa que nos ronda?... entonces lo sentimos caballero. Nosotros esta-mos comprometidos con nosotros mismos. Y eso es lo impor-tante, ¿No creen?

—Es verdad, a mí me asusta pensar nada más que pudiera ser considerada una opositora. Me aterra...

— ¿Pero, si quieres algo mejor para los tuyos?..., ¿O me equivo-co?

—Eso es lo que opinamos todos. Y ojalá se abran las puertas del diálogo para que cuestiones como estas se puedan discutir sin temor. El beneficio va a ser para todos.

—Es nuestra futura profesión muchachos. Esa es la que nos hace comportarnos de esta manera. ¿Y saben por qué?, porque hemos perdido el miedo a hablar entre nosotros. ¿Quién de uste-des se atrevería a hacerlo con otros..., incluso de otros grupos de nuestro propio año?

—Tienes razón... por ahí más o menos anda la cosa.

—Señores son las doce menos cuarto, ¿Qué hacemos?

—Me gustó eso que dijiste, que nos conmovíamos con lo de la tierra, o la patria... ¿Cómo fue qué dijiste?

—Algo parecido percibieron otros que han hecho historia...

—Coño, no lo cojan todo a jarana... 121}

—NO, es verdad, lo digo de verdad. Estoy seguro que esos mismos de los

que estamos especulando. En momentos como estos, nunca pensaron en lo que llegarían a ser...

—Nunca se piensa hermano..., si de verdad se siente.

—Señores creo que esto que hemos dicho. Es lo más sensato que se nos ha ocurrido desde siempre, ¿Será el alma del Papa, o de la Iglesia?

—Nunca nos hemos detenido a pensar en Jesús Cristo. Fue un hombre de carne y hueso, como nosotros...

—Es cierto, si tanto se escribió de él, y aún dos mil años y pico después se sigue hablando. Debe ser por algo...

—Entre otras cosas, les propongo estudiar la biblia, ¿Es cultura también?

—Desde esa perspectiva me parece que estaríamos errados. Les propongo algo mucho más interesante. Estudiar a Jesús, como hombre, como podríamos hacer con Martí...

—Esa idea me parece fascinante, una tesis de grado y todo podría salir de ahí...

—Los dos murieron, prácticamente igual... ¿sabían que en el combate de Dos Ríos, solo murió el apóstol...?

—Son muchas las interrogantes... Y allí estaban los tres grandes... antes habían estado en la Mejorana.

—Parece interesante... debíamos conocer más al respecto.

—Igual sucede con la vida de Jesús. Ahora existen muchas especulaciones... películas best seller, de todo y con todos los objetivos...

—Debíamos conocer más al respecto.

—Otros lo han hecho...

— ¿Cómo quién?

—Cintio, y Fina...

— ¿A que ustedes no saben quién también es católico, y practicante?

—Si no lo dices...

—Eusebio Leal...

— ¿No jodas?, nunca he oído nada al respecto. 122}

—Tampoco lo he visto referirse al tema. Por lo menos en público.

—Ahí es donde está la cuestión...

—Es así señores, y hay otros tantos...

—Lezama, ¿Ustedes sabían que el gordo maravilloso, era católico?

—De las cosas que he leído de él ninguna parece...

—Deben haberlas, quizás no nos han caído en las manos..., pero deben haberlas.

—Ellos son la punta del Iceberg..., debe haber otros...

—Me han entusiasmado a mí también...

—Y a mí, señores propongo tomarnos esto muy en serio, y comenzar en las vacaciones, ¿Qué les parece?

—Te parece que en las vacaciones... el término suena como algo vago... ¿Qué tal si empezamos ahora?

—Ahora... aprovechemos el hálito que nos ha dejado el Papa, ¿No es eso lo que estábamos esperando? 123} La tarde de cierto modo parecía estar cargada, a lo mejor ago-biada, por el remolino de acontecimientos, que como avalancha se precipitaron uno encima del otro, durante las últimas jornadas. Lo que hace suponer que en recompensa se haya tornado

nublada, catatónica y dispuesta a quitarse de encima tanta pesa-dumbre. Apenas pasaban las dos de la tarde, y la semipenumbra absorbía los detalles que podían recordarnos que estábamos en una tierra tórrida, con clima húmedo tropical, y acabada de bendecir por su Santidad Benedictus XVI.

En la sala de su casa, Saúl, para asombro de Mariana, estaba sentado frente al televisor con una cerveza entre las manos.

Daba la impresión de ser otra persona, de lo locuaz que parecía estar, haciendo referencia a temas que en sus labios resultaban inconcebibles. Estaba segura que antes, se habría tomado otras dos, a lo sumo cuatro, por lo que no debía ser el alcohol, el res-ponsable de tanta verborrea. El tipo como buen hijo de la tierra caliente, aguantaba bebida como un caballo, no por gusto pro-cedía de las mismísimas montañas de la Sierra Maestra. El lugar exacto ahora no lo recordaba, porque como él mismo aclaró recién y se conocieron: allá en aquellos montes, no quedaba na-die de los suyos.

El pasado como tal, era una incógnita que ella tampoco se había molestado en averiguar. Franqueaban las dos décadas, en las que habían estado juntos, siempre con sus altas y sus bajas como en cualquier matrimonio, pero sin separarse. Su hijo Víctor, ahora este año dos mil doce, cumplirá veintisiete años, y estaba co-menzando la escuela cuando ella le conoció. Por cierto, siempre que aparecía el recuerdo del muchacho en su memoria, un es-calofrió le recorría el espinazo; algo así como cuando tocaba la punta del encendedor eléctrico antes de prender el fogón, y para más desgracia, descalza. Era una situación que por más que tratara de evitar, siempre salía a colación, flotaba en los mo-mentos más inusitados. Apareciendo y desapareciendo, como las sombras en una tarde como la que estaba aconteciendo. Saúl, 124} aunque nunca de una manera directa, había tocado el tema, éste de por sí surgía en los momentos más inusitados, flotaba como un corcho en una mar embravecida; es decir rondaba sobre ambos como una página inconclusa, y por más vueltas que se le diera al asunto, terminaba por imponerse.

Ella, en su fuero interno, asumía la convicción de que fue él quien lo encaminó en esos rumbos. El muchacho siquiera cono-cía de Pasaportes y Visas, como para enredarse en un asunto tan complicado. En éste momento, y aunque parezca un absurdo, dicha situación pesaba cada día más, y por supuesto, se iba decantando en su psiquis. Haciéndose un entramado de capas espesas, y pesándole a veces, más de que lo alcanzaba a sopor-tar. Ahora después de conocerlo mejor, es que se iba dando cuenta de cuestiones que por aquel entonces parecían diferentes. Nunca había tenido el valor de preguntarle, y no es que temiese abordar la situación; el asunto era con ella misma, y como si una barrera no la dejara avanzar, más allá de lo que se proponía en los momentos en que como este, le rebotaban en la mente tales memorias.

Ahora lo tenía al lado, locuaz y de acuerdo a sus palabras, esperando la ceremonia de despedida del Papa, cuestión que aún teniéndolo ante su vista, dudaba que fuese verdad. Jamás se ha-bía interesado en política alguna. Incluso, cuando ella le co-mentó que la habían designado, para

integrar las brigadas de repuesta rápida en el trabajo, apenas y le había hecho caso.

También era cierto, que cuando él estaba imbuido en alguno de los asuntos, que en realidad le interesaban, los otros problemas como el jabón al bañarse, parecían resbalarle por el cuerpo con la parsimonia más grande del mundo.

En ocasiones, le había detallado cuestiones, que después, al cabo del tiempo, cuando las suponía resueltas, él con la cara más fresca del mundo, le decía que no conocía nada al respecto. Y lo creía, después de tantos años había aprendido a conocer sus 125} mentiras, por la manera nada más en que la miraba en esos ca-sos. En este asunto, al parecer tampoco eran diferentes las cosas, sucedía igual. Y a punto estuvo varias veces, por preguntarle, no obstante siempre en el último instante la garganta se le secaba, y la mente se le quedaba en blanco. Era como estar y no estar, querer y no querer. En un limbo parecido, a cuando estudiaba con los profesores que la habían ayudado a coger el título de bachiller. Debían dictarle preguntas, respuestas, arreglarle las faltas de ortografía; en esas ocasiones, también se consideraba igual de bloqueada. En aquellos momentos pudo salir del atolla-dero por lo que fue. Sus jefes, se habían comprometido con los del Sindicato, en que todos los trabajadores, ese mismo curso tendrían el noveno grado. Eso fue en mil novecientos ochenta y cinco. Veintisiete años después, esa misma impresión de no conocer el terreno que pisaba, el temor a quedar mal parada y al ridículo la detenían. La mantenían con la duda perenne que quizás, y al propio Víctor, si es que lo tuviera delante de nuevo, se atrevería a preguntar. Por eso mucho menos a Saúl, que en el mejor de los casos le iba a improvisar una de sus mentiras para salir del paso, y ella por la forma en que pondría los labios, se daría cuenta al instante. Del otro lado, del que más le dolía, estaba el hijo, y que a estas alturas conocía bien poco de lo que acontecía con su vida.

Después de montarse en aquel avión de Iberia, la situación entre ambos había cambiado drásticamente. Solo dos o tres mensajes y eso por su insistencia. Por la cantaleta, y por la promesa de en-viarle alguna ayuda. Esto a nadie se lo había comentado, mucho menos al esposo, que sin dudas la habría cuestionado. Qué era eso de que ella, de aquella miseria de salario, tuviera que man-darle dinero al hijo que vivía en Barcelona. Una de las ciudades más prosperas de España. Aunque es verdad también, que en estos mismos instantes desconocía de cómo le irían las cosas por allá. La crisis estaba en su apogeo, y después de perder el contacto, nunca más había conocido de él. Porque a todas estas, 126} el muchacho no duraba siquiera, de dos a tres meses en la mis-ma dirección.

Siempre que se lo permitían las circunstancias, le recordaba que si quería regresar, aquí lo esperaban su casa, y sus cosas. La vida siempre es mucho más, que los objetos que vamos acumu-lando con el curso de los años. Había tenido intensiones de ir al Consulado Español, para ver si allí podían darle alguna infor-mación, pero se detenía ante la esperanza de recibir alguna señal suya. Lo peor que pudiera suceder, también le

rondaba, como las auras, en lo más alto del monumento de la plaza de la revo-lución.

Solo una vez en todos estos años, le había mandado algunas fo-tos, con un muchacho que había venido a visitar su familia. Y para más desgracia en esos momentos, estaba en el trabajo, siendo Saúl quien las recibiera. El muchachito que las trajo, era de Holguín y, por muchas gestiones que hizo para localizarlo, no pudo empatarse con él. Le dolía el hijo, le dolían sus años, la soledad; que de una forma u otra se le venía encima. A lo único que podía adherirse, lo tenía al lado y en ocasiones lo advertía tan distante o más, que la mismísima Antártida.

En ese momento, quizás por pura intuición, él cambio el canal, y la miró de esa extraña manera, que sus ojos habían olvidado hacía ya mucho tiempo. La conminó entonces a que se le subie-ra en las piernas, estimulándola con una nalgadita, una vez y se hubo parado del sillón. Bebieron de la misma lata de cerveza, y entremezclaron sus lenguas, en un arretrato juvenil del que am-bos quedaron perplejos. La visita de su Santidad, sin dudas estaba haciendo milagros, a diestra y siniestra. Y para esto, solo bastaba observar en distintos lugares de la ciudad. En la cerra-zón de la tarde, había comenzado a llover. No a llover como acostumbra en mayo o en octubre, era una llovizna fina, muy fina, pero pertinaz, como quizás los pensamientos que le acom-pañaban a ella. Que no se creyó tan sensual como antes, ni la mitad de apetecida de entonces. Fue una sensación que terminó con un voy por otra cerveza.

Él se levantó, y sin perder tiempo ocupó el lugar que le per-tenecía en el mueble, siguiéndolo con la vista hasta que desa-pareció tras la puerta del comedor. Cuando reapareció, lo hizo con dos bucaneros en las manos, le ofreció una y se sentó en el sillón en que ella estaba momentos antes. Mariana, no lo pensó dos veces, o mejor dicho, las palabras se escaparon de su boca sin que pudiera hacer nada por impedirlo:

—Ya no es igual, ¿verdad?

—No entiendo...

—Lo nuestro...

—Lo nuestro, ¿Por qué?

—No intentes hacerte el listo...

—Estamos más viejos... ven siéntate de nuevo aquí...

—Hay una cosa que quiero preguntarte y siempre me ha faltado el valor...

—No..., celos no, por favor...

—Nada de celos... es otra cosa... ¿estás dispuesto a decir la verdad?

—Por supuesto...

—Lo juras...

— ¿Dime qué pasa? A ver...

—Júralo primero... sino, no te creo.

—A ver, lo juro... Por ti que es lo único que me queda en esta vida.

—Es con respecto a Víctor...

— ¿Qué ocurre con el muchacho?

— ¿Todavía es una incógnita en mi mente, cómo se fue?... ¿Tuviste algo que ver...?

—¿En qué sentido... explícate?

—Esa Visa que le llegó así... de la noche a la mañana...

—Se ganó una beca allá... ¿ya no te acuerdas...? 128}

— ¿Tú sabes cuántos ansiaban ese puesto? es mi hijo y no me ciega la pasión. Estaban de por medio otros mejores que él...

— ¿Qué tengo yo que ver con Visas? ¿Acaso me crees Cónsul, o Embajador?

—No me engañes Saúl, por favor. Comprende que en estos momentos tú eres...

—No es como imaginas, el muchacho quiso irse, y se fue. ¿Sa-bes cuántos de su edad quisieran irse ahora mismo en que tú y yo hablamos?

—Allá no tiene a nadie, y de sobra estás al tanto que no le va bien...

— ¿Y qué culpa tengo de eso amor?

—No estoy buscando culpas, solo quiero saber...

—No tuve nada que ver, ¿Te lo juro de nuevo?

—Quizás son suposiciones mías, pero a veces se me meten en la cabeza... estos bichos...

—Lo único que haces es atormentarte... pero, ¿todavía no entiendo?

—Tienes influencias...

— ¿Por qué?, ¿por lo que hice con el imbécil ese de tu jefe?

—Por muchas otras cosas... recuerda que no son tres días, los que llevamos juntos...

—Más me ayuda entonces, no hay quien te haga un cuento, de cómo hemos vivido hasta hoy... ¿Crees que con influencias no me hubiese buscado un buen trabajo...?

—Lo que creo es que no puedo más con esta carga... por favor ayúdame.

— ¿De qué forma?... no entiendo... Por mi madre que no...

—Ayúdame a que Víctor regrese.

— ¿Pero cómo? Si él quisiera pudiera venir expatriado...

—Temo que no la esté pasando nada bien allá. Ayúdame, sé que puedes... 129}

Almorzaron y se tiraron en la cama, como hacían en los mejores tiempos. Estaban cansados, cada cual a su modo, pero agotados en sentido general. Junior, se apreciaba distinto, ni se sabe las tardes que no podía siquiera concebir una pequeña siesta, y cuando lo hacía era para que las pesadillas lo acosaran. Por lo que esto de ahora, era un verdadero lujo, teniendo en cuenta por lo que acababa de pasar. Estaba extenuado, sin embargo, los ojos se negaban a permanecer cerrados. Había logrado eclipsarse del trabajo, explicando lo del fuerte dolor de cabeza, una mentirilla que por demás conservaba fragmentos de verdad. Las palabras del viejo José le martillaban los sentidos. Hasta después que el avión de Air Italia no despegara de Rancho Boyeros, la misión no se daba por concluida. Podía surgir por cualquier lugar un imprevisto de última hora, y al parecer el agua que estaba cayendo en este caso, lo era. Recordó que en la otra ocasión, en la que se despidió a Juan Pablo II, había sido igual. La misma llovizna caída del cielo, quién sabe si a lo mejor quisiese decirles algo, a los que aquí debajo aguardaban que su santidad Benedictus XVI, abandonara el país.

Los mortales como él, necesitaban pruebas mucho más fehacientes, evidencias, como decían en la oficina. Cuando por ejemplo, to-maban infraganti a alguien por cometer, o cometiendo una fechoría. Mientras fueran hechos sugestivos, de los que también se acusaba a cualquiera. En esos casos dependía de la opinión del jefe, o del jefe de su jefe, o del jefe de los demás jefes. Con-siderados en esas ocasiones, dioses y de los que dependía el destino de los supuestos implicados. Si se le preguntase a Mila-gros, lo más probable es que la respuesta fuera algo así como: Esa es la manera del señor para hacerse presente, u otra se-mejante. Las interpretaciones en estos casos, desde que este mundo se hizo mundo, siempre han sido eso. Maneras de ver, exégesis de los más dotados, o de los dominantes en ese momento. Que de cierta manera, prevalece por encima de la de los demás. Lo 130} cierto es, que de ahora en adelante, le iba a hacer un poco más de caso a la esposa en cuanto a las cuestiones de fe. Y no era nada en particular, solo esa impresión, ese atisbo de otra esen-cia, que lo dejaba predispuesto. No hay nada más difícil de asumir, que el advertirse equivocado. Podría ser este uno de esos casos, y como tal debía asumirlo.

Su mente, de manera instantánea, recorrió recovecos de su ce-rebro perdidos en la conciencia. Resultaba evidente, cuando en una situación determinada estaba con Adelaida, nunca pensaba en la esposa, pero en cuanto había pasado el momento. Volvía a necesitarla, y su presencia resultaba imprescindible, cuando como ahora, estaba en casa. ¿Tendría Adelaida el espíritu de la esposa, le habría hecho brujerías como se comentaba en la mis-ma oficina? Esto pudiera ser obra del señor, o del diablo, como ella decía, y un prodigio, al que no le asistiría intensidad para negarse. Debía existir algo, que hasta esos instantes Junior, no se había detenido a recapacitar de qué se trataba.

De esta manera, se cuestionaba el problema desde los extremos.

De seguro, y no conocía el abismo que existe entre los católicos y los practicantes de las religiones africanas. Al parecer para él nada de esto resultó hasta entonces trascendente. Lo que si comenzaba a importar, era ese algo que había percibido, y por lo tanto consideraba real, presente, como pudiera ser la imponente figura de la esposa a su lado. De esta manera quedaban cues-tiones dando vueltas, flotando en el aire, e indicándole una vez más aquel poder, que de cierta manera se le había hecho pre-sente. De qué forma era posible necesitar e ignorar a una pers-ona al mismo tiempo. Y esto de la presencia del agua, que como el maná en las dos ocasiones brotaba del cielo, ¿resultaría ade-más una casualidad? Quizás y no estuviera vislumbrando en estos acontecimientos, otra pieza por descubrir; si bien muchos no se dieran cuenta del mensaje, o no les interesara como también pudiese estar 131} sucediendo. Si Adela estaba embarazada, como le había ase-gurado apenas unas horas antes; y si además el muchacho fuese de él, cuestión esta que no sin dolor se confesaba. Es posible que su vida asumiera otro derrotero. Mili, cada día que pasaba se ponía más gorda, y ahora para colmo esos vellos, de debajo de la nariz, que al principio eran solo una sombra, un terciopelo, pero lo inquietaban al punto de mantenerlo en vilo. Esto último se lo dijo

sin querer escucharse, y para no mencionar la otra palabra, que le parecía incluso más paradójica. Los dichosos pelos, cada día que pasaban le crecían más, al menos eso parecía. A pesar de los esfuerzos de ella al respecto. Una mujer con bigote, aunque solo fuera un atisbo, una insinuación; era algo fuera de lo común.

Las cremas depilatorias, en horas en que él no estuviese, cons-tituían un problema que por más que se empeñara en ocultar, siempre salía a la luz y cada vez con más fuerza. Nunca lo hacía en su presencia, ni siquiera lo comentaba, pero no hacía falta.

Entre otras cosas, porque no era bobo a nada, y el olor de las cremas y el tacto de esa parte tan sensual para él en las demás mujeres, la delataban. La ponían en la picota pública y a merced de cuanta especulación se pueda imaginar al respecto. Por otro lado, y esto puede que consiguiera pasar a un segundo, o un tercer plano, pero a su modo de ver era igual, o más importante.

Y era el caso de la grasa, que poco a poco estaba ganando terreno. Acumulándose donde antes había cintura, unos muslos lisos, unos glúteos duros. Todas estas cuestiones, dejaban de ser detalles para convertirse en sombra.

Sin embargo, ahí parecía estar a todas luces, el milagro. No concebía su vida sin ella, incluso con la incertidumbre de no poder tener un hijo de ambos. Estaba cansado de hacerse pruebas, pero de sobras conocía que eran por gusto. Éste de Adela era su segundo vástago, al menos que conociera. Pudiera haber otros en el anonimato, sobre todo en el tiempo en que estudiaba y las relaciones se hacían más informales y con un grado mayor de irresponsabilidad. Que tuviera conocimiento, era solo este, su chiquitín del alma. Yosvani, le habían puesto, sin que él hubiese intervenido en nada. Se enteró dos años después, una tarde que se encontró en la calle con la madre. Ella, después de un rodeo, sin grandes preámbulos, y no muy profesional que digamos, se atrevió a soltarle sus sospechas, a boca de jarro. Así tan de sope-tón, que por poco Junior, se echó a reír.

Después vino, lo restante, sobre todo las dudas. Que lo llevaron a las pruebas, las cuestiones protocolares, y lo demás. Se las hicieron, por un amigo común del pre, que ahora era médico.

Cuando estuvo seguro de todo, el niño andaba rondando los tres años. Era su hijo, aunque la madre nunca le interesó para nada.

Y para nada, fuese el caso, de lo que en estos momentos le estaba ocurriendo con Adelaida. Sin embargo, en la esposa había una presunción de algo que lo mantenía atado, y con esa necesidad de permanecer a su lado. Pudiera ser la estabilidad, la morada que ambos disfrutaban en el centro del Vedado. Estas, tampoco eran cosas para desdeñar en buena lid. Pero en este caso, ¿quién era la madre del hijo? Una que le abrió las piernas en una noche de juergas, al mismo tiempo, estaba casada con otro tipo, sin que esto le importase para nada. Lo que no podía negar ni ella ni él, era el tremendo parecido del niño con sus cosas. Su rostro, era idéntico; su manera de andar, el color de sus ojos, el pelo, cojones que cuando se quiere ocultar algo, es cuando más evidente se hace.

Cada año que pasaba, las semejanzas se percibían más evidentes. Lo acusaban, recordándole a cada instante, que sus deberes como padre, eran algo que le aguardaban, que no tenía sentido que los pospusiera, si bien una hecatombe pudiera venirle encima. Lo único que lo detenía era la postura de la madre del niño, que a todas estas y después de dar el paso definitorio, se negaba de plano a hacer público el asunto. Tampoco quería dejar al tipo que lo había inscrito y lo consideraba como suyo. Era un entor-no en verdad complicado. A ella lo unía solo el muchacho, no 133} quedaba siquiera el deseo. Pensó que esto pudiera pasarle tam-bién con Adela, o quizás en este caso las cosas llegasen más le-jos. Eran cuestiones que no se aventuraba a vaticinar, por más bendecido que pudiera estar por los últimos acontecimientos.

Quizás si le dieran otras pruebas, pudiera convertirse como la esposa, y ser hasta fanático. Todo pudiera suceder, estaba en un estado en que las cuestiones establecidas parecían tambalearse y solo necesitaba un empujoncito, en uno, u otro sentido.

Entre otras cosas, podría olvidársele así como así, el pasado de Adelaida, al que a cada rato alguien de la oficina hacía alusión.

No estaba seguro de nada, solo necesitaba tiempo para poner las ideas en orden. Aquello otro, fue un arrebató con unos años de menos. Esto de ahora, era una incógnita que lo atormentaba, más de lo que el mismo estaba dispuesto a asumir. Una cuestión si quedaba clara. Los deseos de comportarse como padre, cada vez eran mayores. Solo un milagro en este caso, y de los gran-des, podían salvarlo de un escándalo, y quizás de una tragedia.

Nadie conoce, como puede reaccionar una persona que se haya sentido tanto tiempo engañada. Por eso, por nada del mundo quería que la historia se volviese a repetir, pero hasta ahora, los intentos para que ella desistiese de la maternidad habían resul-tado infructuosos. Quizás debiera convertirse a la religión Ca-tólica y aguardar el perdón del Señor. Sobre todo, con las seña-les que se habían presentado ante sus ojos, en estos últimos días.

Encendió el televisor, y trató de localizar el canal por donde se transmitiría la despedida de su Santidad. La lluvia afuera conti-nuaba cayendo a intervalos, haciendo la tarde más fría, más hú-meda, y al mismo tiempo más hermosa. Algo sui géneris en estas latitudes, donde la mayor parte del tiempo la atmosfera se comporta distinto, sin esa sutileza que parecía apoderarse de la tarde. Debía ser el descanso, la lasitud después de tantos días de estrés continuado, los responsables de aquel estado en que se encontraba. La esposa, que se había quedado medio dormida 134} sobre la cama, se levantó, y después de pasar por el refrigerador, vino a sentarse a su lado, y bostezando todavía le preguntó:

— ¿Que buscas amor?

—La despedida del Papa...

—Ya debe haberse acabado, mira la hora que es.

—Todavía... parece que el agua...

—Verdad que está lloviendo, ni cuenta me había dado. Tengo un hambre... te habías fijado cuando el Papa Juan Pablo II se fue, también llovió...

— ¿Cuánto hace de eso?

— Fue en el noventa y ocho, saca la cuenta. Algo grande debe estar pasando amor, las dos veces el cielo ha llorado para despedir a ambos Papas, ¿qué coincidencia, verdad?

— Son cosas que pasan...

— Cosas que pasan, ya verás... los incrédulos como tú se van a acordar de esto...

— ¿Qué va a pasar, se va a acabar el mundo?

— No creo que tanto, pero alguna repercusión traerá la visita de su Santidad, a esta tierra, lo verás...

— Ah bueno... si tú lo dices...

— Eres un tanto irreverente amor, y eso no nos hace bien. Tengo hambre... ¿preparamos algo para picar...?

— No hace dos horas todavía que almorzamos.

— Tengo que aguantarme la boca... pon el seis, ahí debe ser...

— Hay solo música... ¿Habrás pasado algo?

— Algo, ¿cómo qué cariño...?

— ¿Tú no has sentido el teléfono, verdad?

— Estaba dormida... pero no... no ha sonado.

— No, no han llamado, me acosté... pero ni he pegado un ojo... lo que me causa este retraso. A esta hora...

— Espera a ver, deja que alguien hable.

— Si ha pasado algo. A los locutores son los primeros que retiran del aire.

135}

— No ha pasado nada cielo... no seas tontico... ¿Me das un be-sito?... no en la boquita no. No me la he lavado... aquí, ven, sácame el blúmer...

— No estoy para eso ahora chica. ¿No entiendes que pudiera estar ocurriendo algo muy importante?

— Deja ese trabajo cariño, te vas a quemar...

— José tenía un presentimiento. Mira que si se le da...

— ¿Qué presentimiento amor?

— Nada... no es nada... no me hagas caso. Lo que le quedaba al Papa, en Cuba, eran cuestiones oficiales... Puro trámite... Pre-sentaciones en público, con grandes cantidades de personas, no quedaban ninguna.

— ¿Entonces cariño?, ¿Quieres tomar algo..., una cervecita bien fría?

— Si hay alguna fría, tráemela...

— ¿Si quieres salgo a buscarla a la tienda?

— Estás loca. Está lloviendo...

— Una lloviznita nada más amor... ¿Te las traigo?

— Eres muy buena. Pero no es necesario que te mojes por gusto.

— Entonces, acurrúcame entre tus piernas... descanso mejor así...

— Espérate, espérate... dame acá el mando para subir el volumen.

— Mira ahí sale el locutor... es la lluvia... Vez que tenía razón.

Tienes que hacerme más caso en lo que te digo, ¿Te convences?

— Mili, te me estás pareciendo a los de la oficina, ¿No me digas que vas a terminar como ellos?

— ¿Y cómo son ellos?

— Ni los menciones... mejor cambiamos el tema.

—Cambiamos el tema, como quieras. Fuiste tú... Es la tensión de tantos días... relájate.

—Tienes razón, estoy tenso...

—Total por nada. Desde un principio te dije que no iba a pasar nada...

Ayer hablé con Mami...

—¿Y cómo están?

—Bien... insiste en lo mismo... 136}

—Allá seríamos unos agregados...

—Son mis padres amor. Lo único que tienen... somos...

—Espérate, ahora sí parece que comienza la cosa...

—Te das cuenta, es el acto de despedida. Seguro se retrasó por la lluvia...

—Vamos a verlo, me interesa...

— ¿Y de lo que me dijo Mami, qué contestas?

—Después te digo..., ahora déjame ver eso.

Se arrellanaron en los butacones, delante de la pantalla del te-levisor, cada cual guardando sus intereses, y tratando de per-cibir aquel acontecimiento que sin lugar a dudas, para ambos poseía un significado bien distinto, aunque en ningún momento dejase de ser el mismo. La ceremonia, a ambos se le antojaba sobria, y quizás ni llegasen a imaginar que una infinidad de miradas como la de ellos, seguirían el acontecimiento desde los lugares más apartados de este planeta. Así como también José, y el aparato al que Junior pertenecía, debían estar al tanto de cada detalle; aunque es de considerar que los hechos quedaban ahora en manos del mando superior. Sus responsabilidades habían cesado, desde que su Santidad abandonara las ceremonias y los actos públicos en la ciudad. La lluvia apenas se percibía, la frialdad de la tarde iba en ascenso, él volvió a acordarse de cuánto le preocupaba en esos instantes, exhaló una amplia bocanada de aire, y sin querer quedó de frente a la mujer; ésta sin dudas, lo observaba con otras intenciones. 137} Después de saciar uno de los apetitos más apremiantes, en aquellos instantes, en una de las cafeterías de la Terminal de ómnibus. El grupo de muchachos hizo intensión de salir a las calles de una Habana, que a esta hora parecía deshabitada. La opinión generalizada, era que no esperarían el ómnibus, pudiera sorprenderles la noche en el acto. La tarde se iba haciendo oscura a medida que pasaban los minutos, y la lluvia amenazaba con caer de un momento a otro. Por primera vez estaban de acuerdo, y decididos en irse a casa del profesor Alexis. A la tercera de seguro vendría la vencida. Además, no iban a tener la mala suerte de que no estuviese, o no pudiera recibirlos. Ama-rilis, como en los cuentos de hadas, desandando el bolso, que llevaba colgado al hombro; virándolo en varias direcciones. To-mó al final un celular medio destartado, y se apartó un tanto, como hablándole a las nubes, que parecían entonces estar al alcance de la mano de cualquiera de ellos. Después de comuni-car la buena nueva, hubo un cuchicheo de apenas unos instantes.

Y de inmediato, entraron y se desperdigaron en el amplio salón, sin hacer caso de los monitores que anunciaban la próxima salida nacional, o el arribo de aquellos ómnibus con aire acondicionado, y un confort que parecía cosas de películas. Por supuesto que películas chinas, el paisaje no

daba para más. Los pasillos interiores, manteniéndose iluminados en contraste con la penumbra de afuera, recreaban el aspecto fílmico del ambiente.

En uno de los televisores, se podía advertir una programación especial con motivo de la despedida a su Santidad. Algunos pasaban igual a ellos, incluso, observaban pegados a las pantallas unos instantes, de seguro para poder enterarse de lo que estaba aconteciendo. Continuaban más tarde, quién sabe con la indiferencia propia que se causan los desconocidos en ciertos momentos y lugares de la vida. De los muchachos del grupo, ninguno se detuvo ante pantalla alguna, y al cabo de un tiempo regresaron al punto de origen. Esta vez con pomos de refresco, botellas de ron, caramelos y galleticas. Se distribuyeron la carga 138} y por último, salieron a la penumbra que cada vez se acentuaba más, amenazando con tragárselos en el menor descuido.

La ciudad no parecía la misma de horas atrás. Pudiera ser que en esta ocasión, faltase la música que desde los altavoces, recorría la explanada, contagiando a los presentes con un júbilo difícil de describir. Una euforia, que por más que se la hubiesen contado a todos y a cada uno de ellos por separado, no alcanzarían a entender. Siquiera a aproximarse a las decenas de miles de sensaciones, que en ellos había despertado la Misa y todo lo que le acompañó. Aunque para ser justo en este sentido, no era nada del otro jueves; lo sucedido en la explanada de la Plaza de la Revolución. En el mismo lugar donde tantos actos de carácter patriótico habían acaecido. Donde se concentraba una parte importante de la historia de este país. Los grandes momentos de estos últimos cincuenta años, estaban relacionados de una manera u otra con ese lugar.

Sin embargo, ellos esta vez no habían venido a gritar consignas, ni a escuchar discursos, y por supuesto las respuestas, no podían ser las mismas. Por otra parte, y para que no pareciera una cuestión demasiado extraordinaria, esa misma liturgia, había sido escuchada en infinidad de ocasiones, por disímiles multitudes del planeta, y lo que resultaba más preponderante, por más de dos siglos. Entonces, ¿en qué consistió el encantamiento, que aún se percibía en sus rostros? ¿Por qué razón, momentos después los dejaba con ese tremendo vacío, que pareciese que la tarde estuviese más oscura, y dando paso a la noche; cuando apenas eran pasadas las cuatro de la tarde? Lo que habría que ver, si en las ocasiones anteriores, en otros lugares y con diferentes auditorios, la muchedumbre, habría tenido las mismas expectativas, y el mismo grado de sugestión, como había ocurrido en la plaza de Martí. Ellos habían seguido cada uno de los acordes, tal y si fuesen transportados a otra dimensión. Todos estaban de acuerdo en haber sentido la fuerza. Y en haberse dejado arrastrar hacia esa otra parte de la realidad. 139} Uno de los jóvenes religiosos, de los que en las noches anteriores oraba frente a la Iglesia de la Catedral, tuvo la amabilidad de aclararle; que cuando se llegaba a ese estado, se presumía que al fin empezaban a conocer su alma. Eran muy jóvenes para comprender, y escasas las experiencias que tenían al respecto. Apenas conocían de discursos políticos, arengas para cumplir este, o aquel plan de producción en las escuelas al campo en que

habían estado. Cuestiones por el estilo, muy de este mundo y nada místicas, por cierto. Nunca nada como aquello, había ocurrido ante sus ojos.

Ahora en estos instantes, al parecer la magia había dado paso al estado en que se encontraban. La ciudad persistía en hacérsele distinta, y no es que en esos precisos momentos en que avanza-ban por sus calles.

Hubiese empezado a desplomarse una llo-vizna que parecía no terminar de caer en el suelo. Daba la im-presión de quedar pegada a los rostros, los brazos, suspendida en el aire. Humedeciéndole los sentidos, desempolvándolos, y dejándolos como nuevos. A partir de entonces, pudieron descu-brir música, en el piar de unos gorriones. Escuchaban del mismo modo el silbido de los neumáticos al pasar de los vehículos por el asfalto. La sola humedad del pavimento contribuía al efecto, o era algo que ellos no lograban entender. Toda la lluvia al parecer había quedado pegada a sus cuerpos, que ahora más ligeros se elevaban para alcanzarla. Ninguno se atrevía a pronunciar la más leve palabra, apenas so-nidos, y no solo de sus bocas, eran sus cuerpos quienes se iden-tificaban con el entorno. Y puede que solo cierto susurro se les escapase en un momento determinado, pero al fin nada com-prensible. Igual que el escenario, todos y cada uno de ellos, for-maban parte de lo inanimado de la vida. Como sucedería con el de curso del tiempo. Cien, mil años, no era nada para el lugar en que habitaban, apenas una palpitación del universo. Debían acostumbrarse a la nimiedad, a la intrascendencia. Solo algunos hombres con su actuar, despertaban otros sentimientos, 140} creyéndose dueños de lo que en realidad no le pertenece a nadie en particular. Ellos en esa sola jornada, habían descubierto lo importante de formar parte del todo, e integrarse bajo la lluvia a los acordes que habían escuchado en la plaza, junto a la pre-sencia de Benedictus XVI.

Conocer por encima de todas las cosas, cual podría ser el papel que la existencia les tendría deparado. Era el reto mayor; por el que parecían condenados, aun sin que ninguno se lo hubiese propuesto. Aquél señor les había dejado muchas intuiciones flotando como la lluvia que se empeñaba en mojarlos de todas formas. Si bien había dicho muy poco al respecto, por lo menos con palabras, de esas que ellos estaban acostumbrados a escu-char. No en esa otra manera de percepción que desde ahora de seguro, iban a tener más en cuenta. Dentro de muy poco tiempo, el santo padre volaría sobre las nubes con destino al primer mundo. Y ellos aquí abajo, irían en busca de esa otra parte de la realidad que por cierto no acababan de digerir, pero la que sin lugar a dudas les pertenecía. Y de la que quizás Alexis, su profesor de siempre, les tuviese una respuesta adecuada, y al nivel que necesitaban para acabar de entender la situación. Por eso debía ser que la ciudad pareciese distinta. Y no porque hubiese pocos ómnibus contaminando en las calles, y mucho silencio al que no estaban acostumbrados. A lo mejor por esto también, habían escuchado el piar de los pájaros, reguardados en los nidos y alimentados por sus progenitores.

Quedaba solo menos de una cuadra para llegar, donde lo del profe. Y quién sabe si esta realidad un tanto más terrenal, les hizo ver de nuevo la

mugre negra, el hollín de los propios ve-hículos, que minutos atrás le habían sugerido música. Una co-chambre viscosa se le adhería a los brazos, al pelo y todo cuanto se moviese bajo el manto de nubes oscuras, que a cada momento amenazaba con engullirlos. Un gorrión desde una rama moviéndose de manera circular, defecó sobre los espejuelos de Laza-rito. Este sin pensarlo dos veces, se cagó en su madre y se sacó 141} el pañuelo del bolsillo para limpiarlos. Entre todos dieron por terminada la última botella de ron, que habían abierto, y la dejaron pegada al tronco de un árbol de los de Laurel, que a ambos lados de la avenida parecían protegerlos del agua que la naturaleza les tenía reservado. Lo demás que habían traído lo agruparon, compartiéndolo en dos bolsas plásticas.

Tocaron el timbre mirando para lo alto, no al mismo arriba de instantes atrás, sino a la ventana del profesor. Un tiempo después apareció el rostro que todos deseaban ver, y los conminó a subir. Desde varios ángulos de la misma edificación, muchos ojos observaban el acontecimiento. En unas ventanas habían persianas, en otras puertas de cristal y hasta algunas que les faltaba con que cubrirse. La edificación debió ser de principios del siglo pasado, cuando comenzó la urbanización del lugar. Quizás por eso las diferentes tonalidades, unas encima de las otras, los desgarros y la erosión, que más que eso parecía lo más natural del mundo en aquel contexto. Ninguno de ellos siquiera se fijó en uno solo de esos detalles. Sus miradas vagaban de un lugar a otro, pero en un mutismo absoluto.

Amarilis, se prendió del cuello de Lazarito, siendo los primeros en emprender la marcha, escaleras arriba. La covacha estaba como en sus mejores tiempos, un olor a nuevo llegaba de alguna parte, que en realidad no podía apreciarse, dadas las dimensiones y lo atiborrado que quedó el espacio, después que se acomodaron. Unos en los árboles cortados que semejaban banquetas, otros encima de la cama que apartada en una esquina semejava un sofá sin respaldo. Y los que no, se acucillaron en el suelo como si se dispusieran a una sesión yoga. El profesor, con la sonrisa que siempre lo caracterizaba los fue saludando, de una manera especial a cada uno. Desde un beso en la mejilla, un apretón o frotamiento de manos. Hasta caricias de las más íntimas, que en ningún momento parecieron impostadas. Una vez y la situación hubo de tornarse a la normalidad. Los ojos de los presentes se posaron sobre el pelo negro y ensortijado del que 142} tan solo un tiempo atrás, había sido el maestro de la mayoría de los allí presentes. Esté sin dejarlos tomar aliento, les espetó:

—Okey, presiento el porqué de la insistencia, pero al menos tengo derecho a templar en paz, ¿o no...?

—Claro que no lo tienes, nos dejaste en la estacada... pero nada profe, sin rencores.

— ¿Cuál de ustedes tiene la nariz sucia para soplarle los mocos..., a ver?

—Todos... ¿o es que no nos ha visto todavía...? todos profe.

—Bueno disculpen... ¿Y quiénes quieren que les ayude a limpiarse el culo...?

—Si no nos tratas bien, no vas a probar la mierda de merienda que trajimos, para que lo sepas.

— ¿Bueno?

—Él tiene cosas mejores, abran el refrigerador para que vean... además no se dieron cuenta. Nos trató de okey... ¿En qué andas mascarita?

—En nada, esa fue una hermana de mi padre que vino por unos días.

— ¿Del Yuma, tú?

—Del Yuma asére, del mismísimo Nueva York.

— ¿Queda algún otro marginal ahí, que quiera decir algo?

—Vino por lo de la visita del Papa, y ahora está en candela.

— ¿Y eso por qué..., bueno, si se puede saber, por supuesto?

—Porque allá los hay tan retrógrados como aquí, mira tú qué casualidad...

— ¿Fuiste a la Misa?

—NO, no tuve tiempo...

—Estabas con la "jevita", eh, ¿Quién es la muchacha del otro día, bueno si se puede saber?

—Siempre tú de indiscreto, ¿qué te importa eso, es la vida del profe?

—Si le importa... por supuesto... porque es mi amigo, pero esta vez no lo voy a decir, ni a él, ni a ninguno de ustedes. 143}

—Hace bien profe, si se quiere enterar, que contrate uno de los tantos periodistas que todavía andan por estas calles, ¿No creen?

—Dejen eso muchachos. Después... cuando se enteren..., que se van a enterar... sabrán el porqué del mutismo, okey.

—Y vuelve con lo mismo, profe, estás americanizado... A mí que no me jodan... Nosotros que queríamos una opinión auto-rizada de lo que ha estado ocurriendo, y ahora esto...

—Opinión autorizada... ¿Y quién puede darla?... Cristo en todo caso.

—Lo que usted considere al respecto, profe, solo eso... ¿verdad qué es suficiente caballero?

— ¿Opinión sobre qué?

—Sobre qué va a ser, profe...

—Si es de lo que hablamos hace un tiempo... creo que me equivoqué. Las expectativas muchas veces no pasan de eso...Y el azar en ocasiones tiene mucha importancia.

— ¿Cómo en este caso?

—Es cierto, por eso hemos venido...

—Pero es que yo tampoco tengo una explicación... ¿Ustedes no han estado en la calle todo este tiempo? Yo he estado en-cerrado... Aquello de lo que hablamos quedó atrás, fueron espe-culaciones en el mejor sentido...

—Es cierto, señores, nadie tiene una bola de cristal para pre-decir el futuro.

—Sobre eso sí profe, pero y esto de ahora... estamos descon-certados...

—Si son observadores. Es lo más simple del mundo muchachos.

Los de allá con sus extremos los de aquí con los suyos. Es una cuestión que aterra...

—Se ha quedado callado, concluya la frase por favor...

—Qué quieren que les diga, ¿no lo han vivido todo?

—Por favor profe... no se haga de rogar...

— ¿Quieren mi opinión?... , estoy seguro que es igual a la de cualquiera de ustedes.

—No es igual, usted ha vivido más, y además conoce al res-pecto. Por algo es doctor, ¿No? 144}

—En estos días apenas he salido de aquí... ¿Y saben por qué? Al final me di cuenta...

— ¿Se dio cuenta de qué? ¿Qué puede pasar?

—Cualquier cosa... Eso sí, nunca nada extraordinario.

—Profe está hoy del carajo..., no se lo mando a decir con nadie...

—Es así muchachos...

— ¿Se peleó con la "jevita", no?... eso debe ser... la morriña... Tómese otro trago, a ver...

—Nada de eso...

— ¿Profe, entonces todo ha sido por gusto...?

—Por gusto no, se afianzó lo que se conocía...

—Entonces no joda más y acábenos de decir su opinión...

—Es sencillo, se percibe en el aire, flota sobre cada una de nuestras cabezas, aunque no nos demos cuenta.

— ¿De qué habla? Por mi madre que no entiendo.

—De eso, de lo que hemos vivido... y ahora estoy más convencido.

—De qué, sí se puede saber.

—La realidad aquí es sui géneris. Y es más se los voy a decir para que no se anden con tantas ilusiones...

—Acabe de disparar nos tiene como en una película de sus-pense...

—Quizás y de momento no lo entiendan, es posible que deba-mos conversar más al respecto, pero en estos momentos no ten-go ánimos para hacerlo, créanme, y discúlpenme.

—Lo entendemos, pero acabe de decirnos... un atisbo profe, un atisbo.

—Me atrevo a confesar que otro cambio traumático, quizás y fuese demasiado para éste país. Los de aquí le temen, y los de allá lo azuzan. Otra revolución como la del cincuenta y nueve traería solo el caos... Las miradas, en todas las direcciones posibles, pero sobre todo en aquel que unos segundos atrás había dejado la incógnita flo-tando entre tantos. 145}

—Pero siga por favor, ¿Qué sugiere entonces?

—Lo imposible..., me temo que lo imposible... Después de eso Alexis, quedó en mutis total, y no como en el anterior que se diluyó pasadas unas cuantas respiraciones. Esta vez solo se intercambiaron miradas, mientras la llovizna de afuera amenazaba con hacerse fuerte. En el momento en que parecía se iba a reanudar el diálogo, les dio la espalda sin mirar a ninguno en particular. Apareciendo después con la botella de ron que ellos mismos habían traído, y dos de cola para ligar, que agarró en el refrigerador en el último momento. Brindaron por todo lo que se les ocurrió, hasta por el futuro, al que dieron distintos nombres, y formando una algarabía que debía haberse escuchado en el último piso del edificio; y dos cuabras más allá, de seguro. En la pantalla del televisor el avión de Air Italia calentaba los motores, bajo una lluvia pertinaz, pero nunca lo

suficientemente intensa, que se viese en algún momento el agua correr por la pista. La música y las risas fueron sustituyendo de a poco las voces, que pasaron a un segundo, o tercer plano.

Más tarde, el profe tomando la iniciativa sacó a bailar a Amarilis, y los demás, para seguir el instinto gregario a que estaban acostumbrados, lo imitaron. Solo se hizo silencio, cuando la nave aérea, ahora en la punta de la pista tomó velocidad y se elevó buscando las mismas nubes, que tanto habían atrasado la ceremonia de despedida. La tarde se hacía vieja, y la noche, y la fiesta..., estaban por comenzar.

9 de septiembre, 2012.